

SELECTA

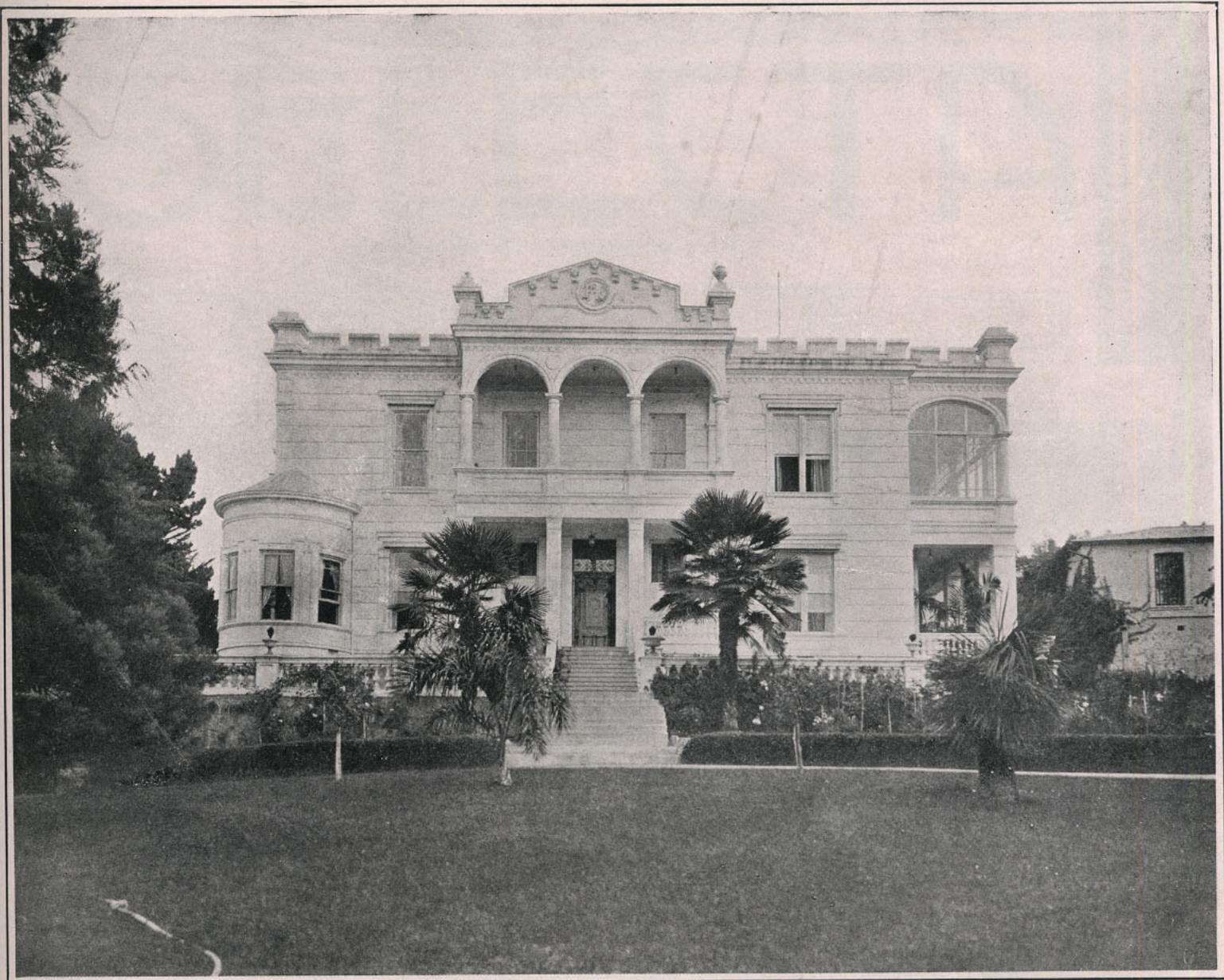


REVISTA MENSUAL

NOVIEMBRE

AÑO II-N.º 8

1 PESO



SUMARIO

| | <u>Pags.</u> | | <u>Pags.</u> |
|--|--------------|---|--------------|
| TEXTO | | | |
| Hechos y notas, Luis Orrego Luco | 294 | Las blancuras, sagradas Miguel Luis Rocuant | 326 |
| Las dos últimas obras de Alberto Insúa, Amanda Labarca Hubertson | 296 | Don Ramón Barros Luco, Fernán Ruiz | 328 |
| La pasión del juego, Anatole France | 297 | La cadena, Martín Escobar | 330 |
| El drama contemporáneo y el académico Brioux, F. Ruiz . . | 298 | GRABADOS | |
| Los descendientes de los próceres de la independencia, H. D. A. | 299 | Cabeza de estudio, A. Savini | 293 |
| Alma de muñeca, comedia infantil | 302 | La madre, escultura de C. Lefebre | 295 |
| El día de los muertos, Sombra | 304 | Claro de luna, paisaje de Troyón | 297 |
| Allá van . . . , Javier Pérez | 306 | La reina Luisa de Prusia, cuadro de J. Grassi | 301 |
| La vida es tristeza, poesía | 307 | El baño, cuadro de Hugo Balm | 303 |
| El último romance de Gabriel D'Annunzio | 308 | La cosecha del árbol sagrado, cuadro de José Aubert . . . | 307 |
| Ana Soror, Julio Lemaitre | 311 | Paisaje, Troyón | 313 |
| El matrimonio de Telémaco, J. L. | 313 | Los ciervos, cuadro de A. Schrödt | 316 |
| El escudo de Chile, M. C. B. | 315 | La encajera, cuadro de James R. Koptkins | 321 |
| Representación de Peleas y Melisande de Maeterlink . . . | 317 | Madame Recamier, célebre cuadro de Gerard | 323 |
| Variaciones sobre uno de los "Motivos de Proteo", A Bór- quez Solar | 320 | Cuadro de P. Lira | 324 |
| La Deuda y la Dote, E. Lavedán | 322 | Virgen, tricromía | 325 |
| | | Dafnis y Cloe, escultura de Arias | 326 |
| | | Paisaje, Th. Rousseau | 327 |
| | | Retrato de don Ramón Barros Luco | 329 |

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año 11
Número 8

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Noviembre de 1910

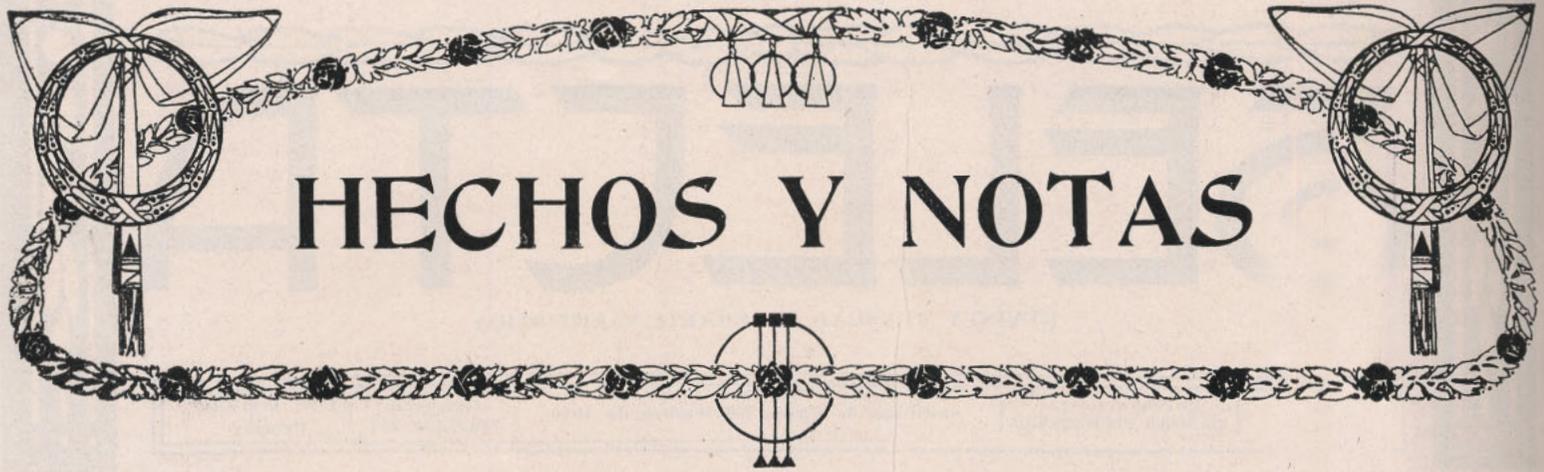
DIRECCION
TEATINOS 666

UN PESO
Precio:



CABEZA DE ESTUDIO

A. SAVINI



HECHOS Y NOTAS

EL ferrocarril transandino ha suprimido las distancias, acercándonos prodigiosamente al viejo mundo, es decir, á la cultura, á la civilización moderna, á la vida intelectual y artística, á ese soplo alado y poderoso que da alimento á los pueblos mucho más, infinitamente más que los productos materiales y mercaderías.

Desde que Cristo pronunció su palabra tan asombrosamente exacta de que "no sólo de pan vive el hombre", la humanidad reconoce las exigencias del hombre espiritual que acaso no tenga nombre, que talvez no encuentre fórmula precisa, pero que no por eso deja de obrar imperiosamente sobre las almas.

Las mercaderías nos llegan, y continuarán llegándonos, en condiciones más económicas por la vía marítima que en los pesados wagones de los ferrocarriles; por eso, materialmente, acaso no hayamos ganado mucho con los túneles de la cordillera, por el momento á lo menos. Pero, moralmente, y artísticamente, la utilidad es inmensa. A Buenos Aires, la primera de las ciudades latinas de América, acuden todas las notabilidades del arte: del canto, del drama, de la poesía, de la música, de la pintura y de la pluma. Una ciudad de un millón de habitantes necesita inmenso concurso intelectual y moral en teatros, en distracciones, en conferencias y en libros. Las notabilidades italianas, españolas y francesas, consideraban indispensable venir á Sud América á descubrir el nuevo mundo. El célebre caricaturista Cham publicó un dibujo admirable en que pintaba á Alejandro Dumas, en la época de sus viajes, sentado al pie de los Alpes, contemplando el mar, con la siguiente leyenda: "M. Dumas descubre el Mediterráneo en el año de gracia de 1865". Lo mismo han venido á hacer los numerosos conferencistas con nosotros, nos han descubierto, á los argentinos y á los chilenos.

Sin el ferrocarril, la cosa hubiera sido más difícil, pues, á lomo de mula, solamente nos hubieran cateado. Gracias á empresarios inteligentes, como mi amigo Ramón Eyzaguirre Herzl, las notabilidades europeas han cruzado los Andes y nos han traído la elocuencia admirable de Blasco Ibáñez, de Ferri, de Gaffre, de delicada poesía de Cavestany. Tanto y tan bien se han movido los activos y diligentes empresarios que hemos podido escuchar la voz admirable de la Storchio, gran cantante que nos ha creado una "Traviata" asombrosa, rejuveneciendo la música ya gastada y empapándola en tal intensidad de vida y de dolor moderno, que nos hemos sentido asombrados de ver, por primera vez, una ópera vieja transformada en ópera nueva, emocionante y encantadora.

Y gracias al transandino los grandes actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, cumplieron la palabra empeñada de visitarnos en el Centenario, trayéndonos el espléndido reflejo del arte español, y nuevas piezas como las admirables de Marquina: "Doña María la Brava" y "En Flandes se na puesto el sol". Pero nó, el sol de España no se puso en Flandes, ni cuando perdió sus colonias de América, pues España posee una mina de arte, de imaginación y de sentimiento, un instinto del colorido y de la luz, una fuerza moral tan poderosa, que surge con mayor relieve y con más inmensa vitalidad aún después de sus desastres que en las horas de los triunfos materiales.

Díaz de Mendoza y María Guerrero han tenido en Chile un éxito hasta este momento no igualado. El Teatro Municipal, con un lleno completo, les daba un éxito material no despreciable. Y los aplausos de un público emocionado y vibrante, la unión íntima del artista con el público, la comprensión de esos delicados é imperceptibles matices de sentimiento, establecieron una corriente magnética, una cadena deliciosa de sugerencias de arte. Para una grande actriz, para un actor eminente, no puede exis-

tir instinto más completo que el de la íntima comunión con su público, al sentirse comprendido y al dar cuerpo y forma definitiva y real á una de las encantadoras é ideales creaciones del espíritu, que viene á convertir en personaje de carne y hueso á una nueva creación de la fantasía.

Sí, la vida de la imaginación, de la poesía y del ensueño es la que constituye el más importante móvil, el resorte secreto del mundo. Lo material, la riqueza, el trabajo, la industria, tienen su influencia legítima y justa, pero la poesía es un elemento primordial de la vida, y la fantasía es la dueña del reino, tiene las llaves del mundo. Los hermanos Quinteros proclamaron esta misma teoría en su hermosísima obra "La Flor de la Vida". En ella se proclama la fantasía, el ideal, como esencia, como el más bello y grande de la vida humana.

Cuando vemos á la heroína, Aurea, admirablemente caracterizada por María Guerrero, ya de cabellos canos, con la blancura de las proximidades de la muerte, conmovida hondamente al ver surgir, en una música callejera, un episodio emocionante y puro de su vida, sentimos toda la verdad de esa tesis que todos, cual más, cual menos, hemos vivido en los azares de nuestra propia existencia. La canción que pasa, estremecida, vibrando en las cuerdas de un viejo violín, tiene toda la delicadeza fina y sutil de un perfume.

"Los niños tienen anhelos,
"Las mozas piden amor,
"Los hombres quieren consuelo,
"Y los muertos una flor..."

Y la voz de la grande artista parece estremecida y temblorosa, como hoja desprendida por soplo invisible de recuerdos al murmurar, al suspirar, casi, el último verso:

"Y los muertos una flor..."



En este mes de Noviembre, desde Todo Santo, los muertos queridos nos piden flores y recuerdos.

Ese día amaneció triste, nublado, como si hubiera querido la lluvia derramar sus lágrimas que no cayeron.

En años anteriores, Santiago había revestido muy distinto aspecto ese día; el sol parecía reír á carcajadas, locamente, como en la poesía de Enrique Heine, dando una prueba de la ironía que debe presidir en las cosas todas del mundo, y un nuevo ejemplo de sus contrastes que constituyen la esencia misma de nuestra alma y de la vida.

Pero el último día de Todo Santo tenía algo del invierno. Los carros eléctricos se deslizaban llenos de bote en bote, y muchas mujeres cubiertas con el tradicional manto, alargaban su modesta corona sobre la barandilla de los tranvías.

Es el dolor humilde que pasa. Y talvez los corazones de los pobres anónimos palpitan con mayor fuerza, se sienten henchidos de más grandes amarguras, de más lacerantes recuerdos, me digo á mí mismo.

Es que el padre y el hermano muertos no solamente representan para el infeliz, desamparados seres queridos que se van para no volver, alejados de los horizontes de la vida, sino también el pan, el alimento diario, la modesta casa, el hogar en donde se reunía la familia.

Muerto ese padre ó ese hermano, vinieron pobreza y enfermedades, haciéndose más punzantes los recuerdos, ó doblemente doloroso el vacío del asiento en las horas de la tarde.

Los carruajes americanos, las victorias, también pasan como en días de fiesta, al trote regular de sus caballos hackneys, pero no van á fiestas ni al Parque; acuden al cementerio. Es el dolor

del lujo, porque también sufren los ricos aún cuando los pobres no lo crean, y los sufrimientos de las clases elevadas suelen tener la ocuidad intolerable de los refinamientos nerviosos, del terrible hábito de observar y anotar el estado de las almas.

Ese dolor que se oculta detrás de una máscara de buen tono, suele tener insoportables agonías.

Baja también á la tumba la sociedad escogida y la muerte golpea á la puerta de todas las grandezas, de todas las majestades, de esas majestades á quienes, como en Portugal, suele barrer de sus tronos el cañón de las multitudes.

El Cementerio General se encuentra lleno de una perpetua romería que se oprime, sube, entra, sale, lleva flores, algunos recuerdos, un poco de sentimiento, no poca indiferencia y muchísima curiosidad. El sol quiere romper las nubes y no lo consigue. Un soplo de azahares se extiende como velo de perfumes, dulce, penetrante, exquisito, y las rosas trepan sobre las tumbas dejando caer su cortinaje verde y blanco, todo perfumado, como símbolo de paz, de eterna paz, de término final de las luchas, las rivalidades, los odios, los amores, las envidias, las maldades y los heroísmos anónimos.

Llegan las sociedades con estandartes de colores, rojos, azules, verdes, con oropeles que tienen algo de carnaval, y precedidas algunas de fanfarrias que hacen resonar los cobres de sus instrumentos. Pasa una Sociedad de Zapateros con estandarte lujosísimo, todo bordado de oro y con un cóndor que despiega las alas—como las águilas romanas. ¿Cuántas cuentas nabrán cobrado, por partida doble, esos zapateros águilas?

No muy lejos veo pasar una gorda, cincuentona, bastante pintada y llena de motivos—corresponde al tiempo que llamaban los gramáticos en mi niñez el plus-cuan-perfecto,—habría deseado

ser amada y no se resigna al estrago de los años, aún más poderoso que el de las bombas anarquistas. Esos años ni siquiera dejaron tranquila á la Venus de Milo—esa única belleza perfecta y eterna.

Por todas partes flores y más flores, perfumes y más perfumes. Y veo, con tristeza, que muchas flores colocadas, sin duda, en la mañana, se doblan ya marchitas; de tal manera son fugaces y frágiles todas las bellezas.

Más allá, por donde una columna de mármol, coronada por una hermosa estatua, eterniza el dolor y el nombre de una familia extinguida que ya nadie recuerda, en esos mismos parajes, un galán joven, con sombrero de copa ya pasado de moda, y la más pintoresca indumentaria, le hace el ojo á una hermosa chiquilla. Ella sonríe, como una imagen de la primavera que suele brotar hasta en medio de las tumbas. El amor... la muerte... el olvido... todo se mezcla allí como en el mundo.

Sigo entonces mi camino, huyendo de la multitud entregada á sus amores, á sus vanidades, á sus cariños, á sus recuerdos, para seguir un camino apartado. Siéntome poseído del horror á la muchedumbre, del hastío de la multitud.

Abandono la ciudad donde los muertos poseen palacios, con estatuas, esfinges, jardines y flores. A lo lejos diviso un campo-santo lleno de cruces de madera. Una mujer humilde, toda enlutada, llora junto á una cruz, mientras sus chiquitines juegan por el pasto. Y como la pena le ahoga el corazón, corren lágrimas por las mejillas descarnadas y flacas de la pobre madre. Al llevarse el pañuelo á los ojos, rueda por el suelo media docena de monedas que lleva en un nudo hecho en la punta... La chica salta de gusto y yo me siento dolorosamente sobrecogido por las ironías de la vida.

LUIS ORREGO LUCO



LA MADRE

ESCULTURA DE C. LEFEVRE

La Pasión del Juego

LOS jugadores juegan como los enamorados aman, como los borrachos beben: necesaria, ciegamente, bajo el imperio de una fuerza irresistible. Hay seres consagrados al juego, como hay seres consagrados al amor.

—¿Quién, pues, ha inventado la historia de esos dos marineros poseídos de la locura del juego?

Naufrajan después de terribles aventuras, y sólo pueden escapar á la muerte saltando sobre el torso de una ballena. Inmediatamente sacan del bolsillo los dados y los cubiletes y se ponen á jugar.

He aquí un cuento más verdadero que la verdad. Cada jugador es uno de estos marineros.

Tentar la suerte no es voluptuosidad mediocre. No es un placer ni una embriaguez gustar en un segundo, meses, años, toda una vida de temor y de esperanza.

Aún no tenía yo diez años, cuando el profesor M. Grepinet nos leyó en clase la fábula de "El hombre y el genio". A pesar del tiempo, recuérdola mejor que si la hubiese escuchado ayer mismo. El genio le entrega al niño un ovillo de hilo y le dice: "Este hilo es el de tus días". Tómalo. Cuando quieras que el tiempo se te deslice, tira del hilo: tus días circularán rápidos ó lentos, según hayas desarrollado el ovillo, presto ó remisamente.

Mientras no toques el hilo, permanecerás en la misma hora y estado de tu existencia.

El niño tomó el hilo; en seguida tiró de él para convertirse en hombre, luego para casarse con la novia amada, después para ver crecer á sus hijos, para obtener empleos, dinero, honores, para olvidar los cuidados, evitar sufrimientos, enfermedades sobrevenida con la edad, ¡en fin! para terminar la vejez importuna.

Vivió cuatro meses y seis días después que le visitó el genio.

Y bien, ¿qué es el juego sino el arte de experimentar en un segundo las mudanzas que el destino necesita de ordinario, muchas horas y aún muchos años para producir; el arte de sentir en un solo instante las emociones dispersas en el lento vivir de

los otros hombres; el secreto de vivir toda una vida en algunos minutos; en suma, el ovillo del hilo del genio?

El juego es la lucha cuerpo á cuerpo con el destino. Es el combate de Jacob con el ángel. El pacto del doctor Fausto con el diablo.

Se juega dinero—el dinero—esto es, la posibilidad inmediata, infinita.

Posible es que la carta que se va á tirar, la bola que rueda conceda al jugador parques y jardines, campos y bosques, castillos que erijan al cielo sus torrecillas puntiagudas.

Sí, esa bolita rodadora contiene muchas hectáreas de rica tierra, tejados pizarreños de esculpidas chimeneas, que se reflejan en las ondas del claro río; tesoros artísticos, maravillas del gusto, alhajas prodigiosas, los cuerpos más hermosos del mundo, hasta las almas que nadie creía venales; todas las condecoraciones, todos los hombres, toda la gracia y todo el poder de la tierra.

¿Qué digo? Resume mucho más que eso: todo lo encierra el ensueño.

¿Y queréis que no se juegue? Si el juego no hiciese más que conceder esperanzas infinitas; si sólo mostrara la sonrisa de sus ojos verdes, se le amaría con menos rabia. Pero tiene uñas de diamante: es terrible; cuando le place, da la miseria y la vergüenza; por eso se le adora.

La atención del peligro radica en el fondo de todas las grandes pasiones. Su voluptuosidad produce vértigo.

El placer, mezclado de temor, embriaga.

¿Habría algo más terrible que el juego? No; el juego da y toma: sus razones no son nuestros corazones. Es mudo, ciego, sor-do. Lo puede todo. Es un dios.

Es un dios. Tiene sus devotos y sus santos que lo aman por él mismo y que lo adoran cuando les hiere.

Si los despoja cruelmente, impútanse la falta á sí mismos, no se la imputan á él.

—He jugado mal,—dicen.

Se acusan y no blasfeman.

ANATOLE FRANCE



CLARO DE LUNA

PAISAJE DE TROYON

Las dos últimas obras de Alberto Insúa

Después de la serie en que aparecieron "En Tierra de Santos", "La Hora Trágica" y "El Triunfo". Alberto Insúa ha publicado dos nuevas novelas: "La mujer fácil" y "Las neuróticas" (1).

Es notoria la evolución que en ellas se ha ido esperando. Mientras en las primeras se desentendía de los problemas sentimentales para contemplar la agitación mundana al través de personajes cuya mayor actividad era la intelectual, viene ahora buscando en el escondido y frágil corazón, como si hubiese llegado á comprender que la clave de nuestros grandes conflictos provinieran de eso que llamamos sentimentalismo, cosa fútil en apariencia, pero gigante si se ve en ella el fruto de todas nuestras condiciones físicas. Ante el ojo del observador y del científico, las manifestaciones emotivas, en mayor grado que las intelectuales, se convierten en pruebas de un tal ó cual atavismo, educación ó medio, rastreando los cuales se podría llegar hasta á adivinar las causas de la mayor parte de nuestras miserias diarias.

El predominio del sentimentalismo, visto al través de las modernas teorías científicas, es el que desde hace un corto tiempo se viene evidenciando en la mayoría de los buenos escritores. Insúa, que parecía haber hallado su verdadero camino estudiando las reconditeces psicológicas de un Alfredo Sangil, lo ha abandonado, tal vez momentáneamente, para seguir en este de la novedad. Y yo no me alegro mucho del cambio, porque aquellas primeras obras llevaban un sello más característico de una fuerte y robusta personalidad, que estas dos últimas que sólo son variaciones en el "leit-motiv" del día.

Claro está que variaciones originales, variaciones que nos permiten apreciar al mismo tiempo que otra faz de su talento, otra faz también del doloroso problema.

Las figuras principales de sus dos últimos romances son las mujeres, y porque á ellas las estudia, á veces con cariño, otras con indiferencia, y otras, por fin, con mal oculto rencor, es porque me he decidido á escribir esta crónica mucho más ligera de lo que Insúa merece.

El título mismo de "La mujer fácil" dice su argumento. Es la historia de un tipo que cree ver en la mujer amada el amor y no la ligereza, la pasión y no la lujuria y que concluye con el dolor de un enorme desengaño. Tiene escenas crudas, pero que eran necesarias para la verdadera comprensión del problema, escenas demasiado detalladas en que los mismos menudos hechos van diciendo con desnuda verdad qué clase de ruines almas se albergan en los cuerpos adorables. La obra entra resueltamente en el campo del erotismo; no podía ser de otro modo puesto que si describe un individuo obsesionado de amor y muchachas desequilibradas á causa de quién sabe cuáles malsanas herencias, no podía eludir la descripción de las manifestaciones eróticas, en las cuales, más que en cualquier otra, se acusaba el desequilibrio. Y esto es



EL ARTE CLASICO.—ESTATUA GRIEGA

precisamente lo que salva á la obra de caer en la vulgaridad, es el mayor mérito de ella. La observación de la mujer está hecha con talento, y la agrupación de los personajes, sus amistades y sus inclinaciones, hábilmente escogidas. La novela no resulta pornográfica: es dolorosa y amarga: nunca sabremos en los problemas sensuales dónde concluye el bien y dónde principia el mal; no sabremos tampoco si la chiquilla de quien admiramos la belleza, sólo esconde podredumbre en el corazón.

Más dolorosa, pero menos cruel es "Las Neuróticas", que bien pudiera creérsele un complemento del libro anterior, ó por lo menos, la continuación de la serie. Hay en ella menos erotismo crudo, más filosofía, más ciencia también, se ve más á las claras el por qué de esta nueva senda en que marcha Insúa.—Las mujeres,—dice,—purgan hoy la falta de una civilización que desviando y aherrojando sus instintos, pretendió hacer de ellas otros seres de lo que naturalmente podrían ser. De aquí que sólo podamos encontrarnos ahora con neuróticos, histéricas ó neurasténicas que

van viviendo su vida dolorosa, cuyos rumbos é instintos ignoran. Juguete de sus nervios, la joven de hoy, no sabe ella misma qué anhela con ansias enfermizas. Debamos,—dice,—compadecerlas; la culpa no es de ellas, ni de sus madres sobre las cuales pesó el mismo duro yugo. Cumplen los obscuros designios de la especie y están fatalmente regidas por sus leyes implacables. No las insultemos; compadezémoslas.

Nadie que se haya preocupado de ahondar en esta psicología de la mujer moderna, puede negar la verdad de la tesis de Insúa. Acogiéndola, él la ha llevado á su obra, dando á ésta, con tal influencia, el sello de una humana realidad. La actuación de la mujer se estudia en el libro, bajo el lente de una moral determinista, que no menciona pecados ni caídas, sino medios insalubres y taras atávicas. Ciertamente es que con esta base se llega á encontrar natural la inmoralidad y justificables las trasgresiones á las leyes sociales.

Melita, Herminia y Esther de "Las Neuróticas" son tres buenas muchachas, con más ó menos prejuicios y educación de todas las señoritas; á cada una va burlando la vida y antes de llegar á la vejez, llevan á cuestas su fardo de desengaños. La vida misma se encargará también de colocar de nuevo la máscara de superficialidad y risa banal que el dolor hizo caer de sus rostros y de nuevo las volveremos á encontrar tal vez, en paseos y salones, parlotando de modas ó discutiendo recetas de pastelería. ¿Quién adivinará lo que ocultan sus ojos reidores?

Con todos estos caracteres, Insúa se acerca al ideal de una novela que aspire á dar una verdadera representación de la vida de la mujer moderna, esa novela que tantas deseamos hoy, que señale con precisión y verdad sus desfallecimientos y sus dolores y sus grandes esperanzas en un porvenir mejor; que no se limite á señalar sus desvergüenzas y sus oprobios, sino que, descubriendo en la nueva generación, los tesoros de energía que está aportando, se adelante un poco hacia la mujer que viene y la presente al mundo. Tal novela aún no está escrita. ¿Quién sabe si de Insúa la recibiremos!

AMANDA LABARCA HUBERTSON

(1) Esta última, editada elegantemente por la nueva casa editorial "Renacimiento" de V. Prieto y Cia. (Princesa 77—Madrid).

El Drama Contemporáneo y el Académico Brioux



El académico Brioux

Acaba de penetrar á la Academia Francesa una personalidad tan nueva como vigorosa, el ya célebre dramaturgo Enrique de Brioux, que ha transformado, por decirlo así, el teatro francés contemporáneo. Corresponde, hasta cierto punto, al espíritu de su patria y de su raza, tanto como Ibsen, en el norte, ó Suderman en Alemania. Es la expresión de un estado nuevo de las multitudes, un estado angustioso y de hondo escepticismo, en presencia de los gravísimos problemas que ahora se acumulan en torno nuestro y que exigen inmediata solución si no queremos que la sociedad contemporánea marche precipitadamente hacia el abismo.

Ya Dumas hijo, el espiritual escritor del "Demi-Monde" y del "Hijo natural", había trazado la nueva senda dramática, abandonando la trama de intriga por los problemas más graves y serios de la vida actual. Ya, en siglos anteriores, el gran Molière, había tomado para sí el estudio de los tipos inmortales del avaro, del misántropo, del snob, del hidalgo pretencioso y del ridículo, de las falsas literatas, y del don Juan de pega: era la reproducción exacta de las pasiones humanas en lo

que tienen de más verdadero y de más hondo, pasiones eternas é invariables, á pesar de todos los esfuerzos de poetas y de moralistas. Brioux, ya no solamente estudia esas pasiones y esos caracteres, sino, también, lo que aún es más importante, las situaciones mismas que los producen, el germen escondido de la sociedad en que vivimos. Sus dramas de "Maternidad", "Los Averriados", y las "Tres hijas de Dupont", han producido la más honda emoción en la sociedad francesa, han llamado vivamente la atención hacia las heridas candentes de un nuevo estado social. El público ha discutido, colectivamente esos problemas, y ha buscado la solución que el autor trataba de indicarle.

Como alguien ha dicho, con razón, desde la muerte de Ibsen, Brioux nos parece como el autor de más vuelo en Europa, al occidente de Rusia. Y en este género de comedia, tan fiel que nos vemos obligados á llamar tragicomedia, en este género que no es solamente una entretención, sino también una historia y crítica de la moral contemporánea es, sin lugar á discusión, el más grande autor dramático que la Francia haya producido en los últimos tiempos.

Desde luego, ha venido á romper con los antiguos moldes trágicos de las piezas en que todo parecía marchar al desenlace en forma ordenada y correcta, por medio de una intriga que terminaba generalmente en suicidio ó matrimonio, es decir, ha concluído con la catástrofe trágica y con el desenlace feliz. Sus dramas son, simplemente, verdaderos trozos de vida, el telón ya no cae sobre un héroe muerto, sino en el punto mismo en que la vida lo sorprende, en el punto necesario para poder sacar de él una lección honda y sana, para ver, de súbito, ampliados los horizontes de la vida.

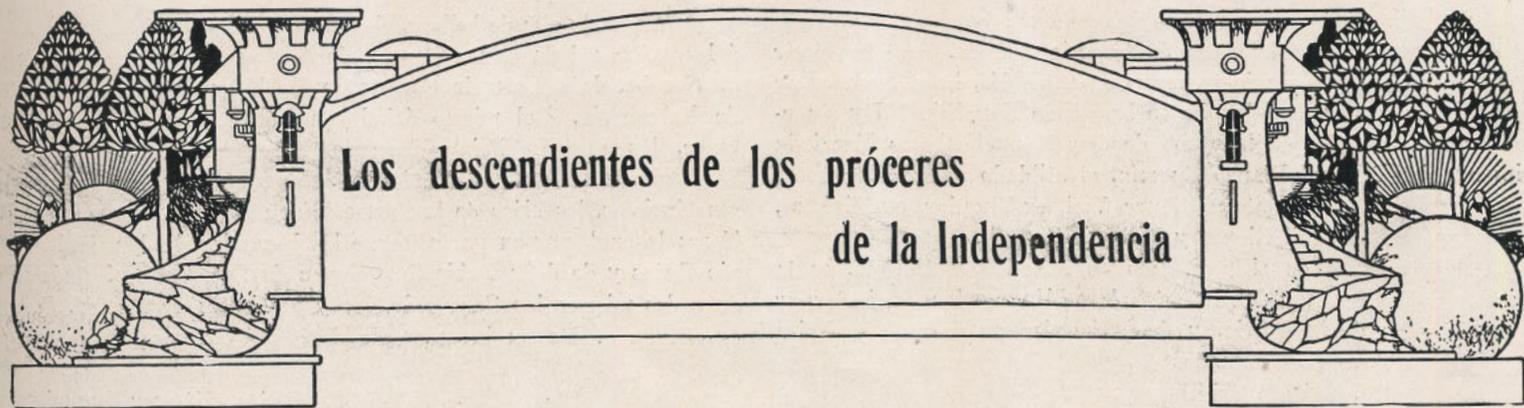
Brioux se presenta provisto de estudios y de enseñanzas científicas, de igual manera que Emilio Zola, decidido á plantear su problema, dejándolo germinar en el espíritu de los espectadores, retirándose en seguida. Su fondo es, en realidad, dramático, casi trágico, de nebulosidades oscuras, de esas que no dejan la disposición de espíritu alegre y feliz, fácil, é indulgente con ironía, que es el verdadero criterio de la comedia moderna. Por el contrario, como señalaba un crítico, parece que os sintierais en una disposición de espíritu inquietante, la de que os encontrarais mezclados á un asunto que será menester que resolváis de una manera ó de otra.

A diferencia de Echegaray, Brioux no inventa conflictos, sino que los toma del medio ambiente, los recibe hechos de la sociedad misma, va cogiendo sus hilos de la trama de la vida, en una serie de casos generales, no de casos aislados, hasta llegar á constituir, por decirlo así, una especie de ley moral. El conflicto que inspira su genio ha de ser grande y poderoso, uno de esos que remueven profundamente las conciencias y que muestran abismos. Dumas padre, decía en ocasiones, que para escribir una novela, bastaba con seguir al primer hombre que halláramos al paso y que con seguridad era actor espectador en algún drama; Brioux no se contenta con eso, sino que liga entre sí, todos los pequeños acontecimientos de la vida ordinaria, estableciéndonos la relación verdadera que entre ellos existe. De esa manera obtiene una obra viva y movida. Acaso por eso, un célebre crítico inglés ha dicho que Brioux no es propiamente un dramaturgo, sino más bien un panfletista, un luchador del boulevard, á la manera de los antiguos profetas hebreos, que con su palabra conmovían á las muchedumbres y les enseñaban el verdadero camino.

Ha sido un verdadero triunfo para él su entrada á la Academia Francesa, y esto indica una profunda variación en la manera de preciar los distintos factores en la sociedad moderna.

F. RUIZ





Los descendientes de los próceres de la Independencia

Este artículo es una obra de reparación.

Durante el Centenario se ha escrito y hablado hasta la saciedad sobre los próceres de 1810; pero no ha habido ni una palabra ni una línea para recordar á los hijos de esos mismos próceres.

Y esto es injusto; porque, aunque estamos en una República democrática, la nación tiene siempre el deber de honrar á los héroes en las personas de los herederos legítimos de sus glorias.

Y los de los nuestros son tan poco nombrados, que no hace mucho le oía á un distinguido escritor afirmar, con asombro, "que en cien años se habían extinguido las familias de los Padres de la Patria..."

El escasísimo tiempo de que hemos dispuesto nos ha impedido hacer averiguaciones sobre la señora nieta de O'Higgins, residente, según nuestras noticias, en la ciudad de Lima. Sábese que el glorioso general tuvo una hija, doña Rosa, y un hijo, don Demetrio, del cual vendría la dama mencionada.

Más feliz ha sido, en esto, su rival Carrera, de trágica memoria. Numerosos han sido los miembros de su familia que, posteriormente, han figurado en la política, las letras y las armas. Aparte de don José Miguel Valdés Carrera, sobrino del héroe, que fué Ministro de Estado en tiempo de Balmaçada, recordamos en este momento á los señores don José Miguel Carrera Fontecillas, y sus hijos, don Ignacio Carrera Pinto, muerto gloriosamente en la Guerra del Pacífico, y á don Luis, único varón sobreviviente que lleva el apellido de su abuelo. Viven, además, don Carlos Lira Carrera, actual director de Correos, y don Ambrosio Valdés Carrera, distinguido autor de varias obras históricas; los cuales son miembros de largas familias que todos conocen.

De los numerosos hijos que dejó don José Gregorio Argomedo no queda, en la actualidad, más que un biznieto directo, el eminente poeta don Bernardo Argomedo y Urzúa, cuyo retrato damos. Por otra parte, la herencia intelectual de este ilustre Padre de la Patria

ha marcado su huella en sus sucesores durante el siglo de vida libre que acaba de transcurrir. Además de varios que han sido Ministros, Senadores y Diplomáticos, nos bastará citar el nombre, célebre en toda América, de don José Antonio Soffia y Argomedo. Pertenecen también á la misma familia el antiguo y docto profesor de la Uni-

versidad, don José Antonio Lira Argomedo y la respetable matrona, doña Tadea Lira de Contreras, hermana del anterior.

El Ministro Zenteno, que tuvo la honra insignie de redactar el acta de nuestra Independencia, fué padre del eselarecido periodista, diputado, Ministro y Diplomático don Ignacio Zenteno y Gana, del cual, si no nos equivocamos, descien- de la familia Zenteno Valenzuela. Por otro lado, vienen del mismo tronco los Casanova Zenteno y don Francisco Ugarte Zenteno, Ministro de la Corte Suprema y Senador por Santiago. Al nombrar á este ilustre hombre público, nos viene á la memoria un incidente poco conocido de su vida y no resistimos al deseo de referirlo á nuestros lectores. Siendo el señor Ugarte Zenteno Fiscal de la Corte de Apelaciones, acusó en forma violenta á la Corte Suprema y entonces se vió el extraño espectáculo de un litigante que no encontraba juez en toda la República: no podían ser-

lo los jueces ordinarios, porque eran inferiores al Fiscal; no podían serlos los Ministros de Apelaciones por ser sus iguales y también estaba impedida la Corte Suprema, puesto que era parte en el juicio. Se tuvo que acudir al recurso extraordinario de constituirse la Corte de Apelaciones en Tribunal Supremo; y, acaso por primera vez se le dió en todo la razón á un enérgico acusador contra el más alto tribunal de la nación. Un hijo de don Francisco Ugarte casó con una señora Contreras Lira-Argomedo, de donde viene la familia Ugarte Contreras, que figura en nuestra sociedad.

Damos aquí un retrato de la bellísima hija del general Blanco Encalada, doña Teresa Blanco de Echeverría, y sentimos no dis-



DOÑA MARIA DEL CARMEN ALCALDE DE CAZOTTE

poner de más espacio para dedicar algunos recuerdos á su brillante actuación en la Corte del Segundo Imperio francés. Bástenos decir que su hija, doña Eugenia Echeverría de Valdés, lleva ese nombre por haber sido llevada á la pila en brazos de Napoleón III y Eugenia de Montijo. De un hermano de don Manuel Blanco Encalada vinieron don Manuel Blanco Cuartín, el atildado y águdo redactor del "Mercurio", don Ventura Blanco Viel, ex-Senador, ex-Ministro, y las familias Villamil Blanco y Villamil Concha.

Célebre, no solo en el país, sino en América y Europa, es la poetisa doña Mercedes Marín de Solar, hija de don José Gaspar Marín, Padre de la Patria, y de la heroica patriota doña Luisa Recabarren. Tuvo por hermanos a don Ventura, filósofo ascético notable, muy afamado en su tiempo, y á don Francisco, que murieron solteros. En cambio, los hijos de los dos matrimonios de la señora Marín, forman una verdadera colonia en nuestra sociedad. A ella pertenecen doña Amelia del Solar de Claro, que, como su madre, ha dado nuevo lustre á su nombre con una delicada y fecunda cultura literaria; las familias Vial Solar, Vial Espantoso, Belén Solar, Recabarren Solar, Claro Solar, Espejo Varas, Varas Marín y Yoacham Varas. La familia Claro Solar puede enorgullecerse, además, con la ascendencia de don Luis de la Cruz, al cual, como Director Supremo en ausencia de O'Higgins, cupo la honra de jurar el primero la Independencia de Chile.

Celebróse hace ya algo más de medio siglo, un matrimonio en extremo interesante, llamado, por una periodista de ingenio, la reconciliación entre los hijos de Caín y Abel, cuya descendencia hemos de señalar con especial cuidado, por tratarse de uno de los hombres más eminentes de aquel tiempo: es el enlace de doña Pabla Martínez de Rozas y Salas (sobrina de don Juan) con don José Joaquín

Rodríguez de Zorrilla, hermano del obispo... ¡Son nombres que no necesitan comentarios!

De allí salieron don Joaquín, Senador y Ministro, don Manuel, que tuvo dos hijas, don Máximo, de larga familia, doña Carmen, doña Mercedes y doña Juana Rosa. Estas familias no se han extinguido. Llevan el mismo apellido, en primer término, los Rodríguez Nissen y los Rodríguez Echeverría; y en segundo, los Arlegui Rodríguez, hijos de don Juan de Dios Arlegui y de doña Francisca de Borja Rodríguez, de los que proceden los Arlegui Huidobro, los Covarrubias Arlegui, etc., y los Díaz Rodríguez, hijos de doña Mercedes y de don Clemente Díaz Correa de Saa, de los cuales vienen las familias Díaz Arrieta, Walker Díaz y Besa Díaz. Por otras ramas, están emparentados con el mismo prócer los Rozas Claro, Rozas Ariztía, Vicuña Rozas, etc.

Sabido es la grande influencia que en el primer período de la Revolución, ejerció entre los patriotas, el aristocrático y hospitalario salón de don Juan Agustín Alcalde, Conde de Quinta Alegre. Herederas del cetro de la belleza y la elegancia fueron sus hijas, que tan lucida y numerosa descendencia han dejado en nuestra sociedad. A mediados del pasado siglo brillaba como estrella de primera magnitud doña María del Carmen Alcalde, esposa del Cónsul General y Encargado de Negocios de Francia, don Enrique Cazotte. Y parece que el divino don de la hermosura fuera ajeño á los pergaminos de esta ilustre familia, porque hasta en los nietos y biznietos, pueden observarse las huellas de la ley de herencia; y aún hoy para

dar la idea más alta de belleza, elegancia, y gran tono, basta nombrar á las señoras doña Laura Cazotte de Antúnez, doña Teresa Cazotte de Concha, doña Carmela Cazotte de Valdés y doña Isabel Cazotte de Echeverría. Del mismo árbol son los Larraín Alcalde y, por tanto, los Larraín Prieto, Larraín Echeverría, Walker Larraín, Iñiguez Larraín, etc. Del Conde de la Conquista quedan sus numerosos biznietos, los hijos de la ilustre señora doña Emilia Herrera de Toro; la cual, por su parte, reúne las herencias de don José Antonio Rojas y de doña Pabla Jara Quemada de Martínez. Cuéntanse entre los mismos los Correa de Saa y Toro, Correa Ariztía, Correa Roberts, etc. De un hermano de don José Antonio Rojas vienen

las familias Rojas Luco, Bezani-lla Rojas, Hübner Bezanilla y varias otras. Del mismo prócer, por línea femenina, desciende directamente don Jorge Beauchef. Todos los Aldunate Bascuñán, entre los que se cuenta don Santiago, actual Ministro Plenipotenciario en Italia, proceden del general don José Santiago Aldunate Larraín y de doña Mercedes Toro Valdés. De las familias que estos caballeros han formado recordamos en este momento á los Aldunate Echeverría, Aldunate Peña y Donoso Aldunate.

Del general don Ramón Freire proceden los Freire Valdés, Però Freire, Freire Lyon, Covarrubias Freire, etc. Al igual que la señora Herrera-Martínez de Toro-Gusmán, doña Rudecinda Cerda-Eyzaguirre de Rodríguez reúne en su persona tres familias de lo más ilustre: en primer lugar, los Cerda, provenientes del mayorazgo don José Nicolás, alcalde ordinario del Cabildo en 1810, hombre de gran fortuna y poderosa influencia; después, los Eyzaguirre, entre los que se cuentan su abuelo don Agustín, Presidente de la República el año 26, y sus tíos, don José Alejo, que renunció á la mitra por humildad, y don Ignacio Víctor, uno de los sacerdotes

más sabios de la Iglesia chilena; y por último, la familia de su esposo, descendiente en línea recta del Ministro Rodríguez Aldea.

Como se ve por esta incompleta reseña, hecha, casi toda, de memoria entre las familias conocidas, lejos está de agotarse la descendencia de los próceres de la patria. Antes, al contrario, las familias se han ido multiplicando en modo extraordinario y, como lo hemos visto, todas han sabido conservar con honra las tradiciones de valor, cultura é integridad de sus antepasados y muchas las han abrigado con nuevas glorias.

H. D. A.

NOTA.—Es probable que este artículo contenga errores, y seguro que se le puedan señalar omisiones de importancia, con lo cual puede desde luego asegurarse que no dejarán de levantarse protestas. Al fin de prevenir situaciones enojosas, rogamos á las personas que tengan datos que añadir ó faltas que rectificar, se sirvan hacerlo por carta al autor, asegurándoseles que, si valen la pena, se juntarán las más interesantes á fin de darles publicidad.

En casa de don Carlos Irrarrázaval hay un espléndido retrato de doña Teresa Blanco de Echeverría; y en la de don Alejandro Fierre una fotografía de don Ignacio Carrera Pinto.



DOÑA MERCEDES MARIN DEL SOLAR



LA REINA LUISA DE PRUSIA

CUADRO DE J. GRASSI

ALMA DE MUÑECA

Comedia infantil para ser representada en un teatro de juguetes.

PERSONAJES:

PEPITA, 8 años.—EMMITA, 7 años.

La escena representa un "hall" con ventanas al fondo, por donde se ve el cielo iluminado de una tarde de estío. Al levantarse el telón, Pepito juega con soldados de madera, Emmita, junto á una de las ventanas del fondo, con coquetías de mujer, termina en ese instante el tocado de una de sus muñecas, y la coloca junto á un marinito que está sentado, con sus ojos inmóviles de cristal.

Escena única

PEPITO. (Mirando satisfecho su correcta línea de soldados).—Emmita...

EMMITA. (Acercando su muñeca al marino).—¿Qué quieres?

PEPITO.—Estoy cansado de jugar á esto. ¿Y tú?

EMMITA. (Juntando más aún la muñeca al marino).—¿Yo?... Yo no puedo hacer que hagan las paces mi Luisa con el marino. Como pelearon ayer tarde... pero creo que ahora se pondrán amigos... El marino es el más enojado...

PEPITO. (Sonríe al oír hablar á su compañera de aquel disgusto imaginario, y haciéndose el hombre á los siete años, se acerca á ella para observar aquella reconciliación que le parece divertidísima).—¿Pero no seas tonta! ¿Cómo crees que se va á poner bien con Luisa cuando el marino es un mono, un mono de trapo, y la muñeca, una mona!...

EMMITA. (Convencida de lo que dice).—Es que tú no sabes, Pepito: ayer, cuando los dejé solos, sobre la mesa de costura de mamá, mientras yo fuí á tomar té, deben haber peleado. Fíjate que los encontré separados, cuando yo los dejé juntos y el marino tenía cara de enojo.

PEPITO. (Con expresión incrédula).—¿Bah! Mentira. ¿Pero fué cierto eso que dices?

EMMITA.—¿Te lo juro! ¿Te acuerdas cuando vino á jugar conmigo Martita y traje aquel payaso con traje de seda amarillo?

PEPITO. (Interesándose).—Sí. ¿Y qué hubo? EMMITA.—Bueno, Luisa parece que se enamoró del payaso. Como era tan elegante y tan gracioso y movía las manos y la cabeza. El marino los vió, y si no pegó á Luisa, debe haber sido por prudencia... (Con misterio). "Por prudencia", como dice á veces papá á mamá después que vuelven del teatro...

PEPITO. (Como mistificado por aquella historia de amor tan bien contada por su amiga).—Pero entonces tú crees... Entonces los muñecos tienen vida como nosotros... andan como nosotros... y se enojan también?...

EMMITA. (Con convencimiento profundo).—Sí. ¿Pero entonces tú no sabías?... Mira, una vez el payaso de Martita que duerme en una misma caja con la Olga, la muñeca rubia se enojó con ésta, porque tal vez debe haberlo molestado durante el sueño... y al otro día, cuando Martita los sacó para darles desayuno, la Olga tenía el peinado deshecho y los vestidos en desorden y rotos algunos encajes; y los vestidos eran de un resto

de seda de un traje de baile de la mamá de Martita, ¿crees ahora?...

PEPITO. (Queda en silencio con la vista fija en los muñecos, como si aquella historia de la Olga y del payaso transcurrida en la caja en que dormían, escendiera en su corazón de niño resplandores vagos, auras de un despertar no muy lejano. ¡Vaya! ¿Era posible aquello! Entonces no eran monos como creía... entonces ¿eran como él?... Nó... Entonces... ¿Era como el papá... Como la mamá... Y aquel payaso de traje de seda y aquella Olga rubia, dejaban en su alma una dulce niebla de incoherencias, todo un mundo de gratas intimidades incomprensibles que guardó la caja...) (Después de un instante de intensa vida. Tomando á la muñeca Luisa i al marino).—Pero... no puedo creerte... ¿no ves que son muñecos?... (Mira fijamente las pupilas de cristal azul del marino, como tratando de descubrir en ellos qué conducta ha usado para con Luisa, si, acaso ha sido tan cruel como el payaso... Y pregunta, ingenuo, muy despacio).—¿Tienen también una misma caja?...

EMMITA.—Nó. Luisa tiene una cama preciosa, regalada por mamá el día de su santo. El marino duerme colgado... como ha dicho papá que duermen los marineros en los buques.

PEPITO. (Cogiendo ahora á la muñeca Luisa, observando con curiosidad cariñosa, palpa los encajes del cuello, del corpiño, examina con detención su falda de gasa transparente, y levantando con delicadeza la orla del vestido, mientras mira á su amiga Emmita, muy pálida, muy emocionada, pregunta de nuevo).—¿No es de trapo entonces? (Alzando un poco más la faldilla)... Es rosada... y tiene medias...

EMMITA. (Interrumpiéndolo).—Sí; tiene medias caladas, y de seda! Y un vestido de gasa, muy elegante. ¿Ves?

PEPITO. (Como si pensara en otra cosa, repite las palabras).—¿Muy elegante! ¿Pero no tienes miedo que el marino se lo haga pedazos?...

EMMITA. (Lanzada nuevamente al ensueño).—Nó. Mi marino es muy bueno y no se portará mal con Luisa.

PEPITO.—¿Entonces el payaso se portó mal con la Olga?...

EMMITA.—Sí. Ese payaso es malo. Siempre que jugamos "á las visitas", se portaba mal. No es bien educado. En lugar de dar la mano, llega abrazando á mi Luisa, y á todo el mundo.

PEPITO.—Pero abrazar no es malo. Ya ves tú como mamá se abraza con las amigas que llegan y se dan besos también. (Después de una pausa).—El payaso ¿besa también?

EMMITA.—No sé. Nunca lo he sorprendido besando.

PEPITO. (Riéndose y pegándose en las piernas en actitud de burla).—¿Pero si todo es mentira!... ¿Pero si todo es mentira! ¿Es que me quieres engañar! Los monos no tienen vida...

EMMITA. (Con grave seriedad).—¿Entonces tú no sabes que todas esas cosas las hacen cuando nosotros no los miramos?

PEPITO. (Vuelve á pensar).—¿Ah!... Las

hacen á escondidas... deben ser cosas malas... por que la señora que me enseña silabario, dice que todos las cosas que los niños hacen á escondidas, son malas...

EMMITA. (Con malicia ingénuo en que parece despuntar la primera encantadora coquetería de la mujer).—No lo creas...

PEPITO. (Piensa de nuevo, como intrigado por otro problema que no le ha resuelto su amiga).—Las muñecas deben de tener mucha confianza entre ellas. Fíjate que el payaso y la Olga, lo pasan juntos... y creo que recién se conocen...

EMMITA.—Sí: hace muy poco tiempo. El payaso se lo compraron á Martita en la Pasea, ni un mes hace siquiera.

PEPITO.—Y nosotros no somos así. Fíjate que yo te conozco tanto tiempo, y que ahora estás alojada en casa, y mamá siempre me dice que cuando tú aya te esté vistiendo, no éntre nunca á tu dormitorio...

EMMITA.—¿Y como yo entro á tu pieza?...

PEPITO.—¿De veras! Y yo nó, á la tuya... ¿Por qué?...

EMMITA. (Coge á la muñeca Luisa y estirándole su brazo de madera rosa, hace que le dé la mano al marino).—¿Ves? ¿Pepito! ¿Ves como Luisa se puso bien con el marino? (Afecta en sus cortos años una gravedad de mujer, llena de firmeza y sutileza, mostrándole á Pepito los muñecos abrazados).

PEPITO.—¿De veras! (Esta frase la dice maquinalmente, con sus grandes ojos claros de inocencia agrandados, no sabe por qué desfile de visiones desconocidas para él). Mira... ¿Quieres que juguemos nosotros á los muñecos; pero sin monos, siendo nosotros ellos?...

EMMITA.—¿Ya está!

PEPITO.—Bueno. Que yo sea el marino y tú la muñeca Luisa... y que nos ponemos bien... (Tiende los brazos para abrazarla, y ya cuando la tiene junto á su pecho, Emmita, le dice con mimo inocente).

EMMITA.—Mejor que yo sea la Olga, la muñeca rubia... y tú... el payaso... (Esto lo dice refugiada en los brazos de Pepito, con su cara sonriente y aguda de muñeca fina).

PEPITO. (Admirado).—¿El payaso!... Pero no dices tú que ustedes no quieren al payaso?...

EMMITA. (Siempre entre los brazos del niño).—Nó. ¿Era por broma! A mí y á Martita nos parece el más simpático de todos...

PEPITO. (Resignándose á ser el payaso y como recordara la historia de éste con la rubia Olga...).—Bueno, yo seré el payaso... (Y abraza á Emmita con ternura, la junta á su cabeza y busca inocente sus labios, sus ojos que se adormecen, en donde más tarde han de reflejarse quién sabe cuántas visiones de amor... pero sin poder explicarse el ensueño de aquella caja-alcoba del payaso y la rubia Olga... el dulce misterio de aquel trajecillo de seda en desorden...)

Telón lento, (mientras Pepe y Emma se miran curiosos y ávidos de vida al fondo de sus ojos inocentes...)



EL BAÑO
CUADRO DE HUGO BALM

Sección Norte-Americana de la Exposición de Bellas Artes del Centenario

Día de los muertos

"¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!"

BECKER

I

Ardiente, dorada, risueña, está la tarde primaveral.

Pequeñas nubes, de blancura deslumbrante, coronan los altos cerros que cortan el espacio, formando vaporosas guirnaldas de copos de nieve.

El cielo, en su superficie profundamente azul de lago dormido, refleja las bellezas de la tierra.

Lánguidamente se arrastra la brisa, suspirando entre los árboles; viene cargada con los aromas que ha robado á las flores; vaga inquietud despierta su paso por selvas y praderas, su perfumada estela todo lo envuelve en tibio hábito de amor.

Lleno está el aire de esos mil murmullos misteriosos, que flotan en las tardes por los campos, cual tierna melodía, despertando en nosotros el recuerdo de ensueños olvidados, el deseo de ilusiones nuevas, la necesidad de vivir, de amar, para refundirnos con ese mundo vibrante que palpita en derredor nuestro.

Suavemente cuchichean entresí, las hojas de los álamos, y juega el agua del arroyo que entre las piedras corre con rumor de labios que se besan...

II

De súbito cae sobre la risueña campiña siniestro silencio; todo enmudece; y por la llanura se extiende un vaho de tristeza que nubla la alegría de la tarde primaveral.

Mi sollozo inmenso ha traspasado la atmósfera, un sollozo que crece y se prolonga en el espacio, acallando todas las melodías, apagando los murmullos que flotan en el aire, las misteriosas voces de la tierra, los cuchicheos de los álamos, los tiernos besos de las aguas. Bajo el cielo sereno y sonriente, cual promesa de paz y de dicha, la naturaleza llora.

Arrastrada por la extraña sugestión del dolor, que despierta en el corazón ajeno el mismo sentimiento, vienen á unirse á este primer sollozo, otros sollozos que crecen, se dilatan, muriendo allá lejos, en tristes lamentos.

Entre ellos distingo vibrantes voces de hombres, á quienes suprema angustia arranca lágrimas; gritos desesperados de mujer, clamando al cielo, agobiados por pesares que no pueden cargar, sus frágiles hombros; gemidos débiles y argentinos de inocentes y abandonados niños, agotados cruelmente por la vida que no comprenden; estertores ásperos y cascados de ancianos, que lloran con el profundo cansancio de la existencia que abandonan, todas las esperanzas muertas, todas las dichas soñadas, que jamás se realizaron.

Voces de esposos, de amantes, de madres y de hijos, que lloran,—y que llorarán siempre; hasta la eternidad, desventuras sin nombre,—todas estas voces se confunden en un sollozo gigante, en un solo lamento extraño, que en este día de las tristezas infinitas, las sonoras gargantas de las campanas derraman sobre las ondas del aire. Y esta fúnebre y desgarradora melodía de lágrimas, sube cual una plegaria de dolor y de reproche, hacia esa región misteriosa donde se oculta el implacable destino, que azota sin tregua á la humanidad, sin jamás responder á su angustiado: "¿Por qué?"

III

Cada uno de esos sollozos me relata la historia de un sér que se ha ido, dejando como único paso, un nombre sobre fría lá-

pida de piedra. Y todas esas almas, hoy mudas, sintieron la dulzura de los ensueños, la sed de las ambiciones, el mareo de las grandezas, la locura del placer, el vértigo de la pasión, el dolor, el llanto y la alegría.

¿Dónde están esa fuerza inconmensurable que vibró en esas almas; esa misteriosa fuerza del hombre que, con el solo poder de su voluntad, arrastra las multitudes y domina las naciones; ese poder para el bien y para el mal, para amar y odiar y para crear las más bellas cosas de la vida?

Las campanas me responden con sus melancólicos tañidos, que se apagan lentamente y mueren en la nada.

... Hoy es el día de los muertos, de los recuerdos, de lo que fué y que jamás volverá á ser...

El día de hoy despierta emociones intensas, aún en el corazón más insensible.

La atmósfera está impregnada de ese extraño perfume frío, húmedo, único perfume de lágrimas, que despiden las flores de los muertos.

Tristemente se apaga el día; las campanas han cesado de cantar las amargas historias de vidas ya pasadas... ha llegado la hora en que todos acuden pensativos y sombríos, á la ciudad de los que duermen.

Silenciosos grupos avanzan por la blanca carretera, destacándose los negros mantos que envuelven á las mujeres; todas llevan frágiles ofrendas, para sus amados. La brisa pasajera arranca de ellas, una que otra alba hoja, ésta tiembla un instante en el aire, cae después á tierra, para morir mutilada entre el polvo del camino.

IV

También sigo la larga procesión que se dirige al cementerio, situado sobre verde colina, sombreado por altos cipreses, que arrullan á los que duermen, con suaves elegías.

Por las calles tortuosas y angostas de humildes fosas, como por las anchas avenidas de soberbios mausoleos, afluye un oscuro torrente humano. Oyese incesante murmullo de apagadas voces, de ayes lastimeros, de quejidos y largos sollozos. Pero pronto ese eco de vida, es ahogado por las melodías de muerte, que en suaves ondas suspiran entre los sepulcros, y penetran al corazón, oprimiéndole con angustia desconocida, sellando los labios, haciendo lentos los pasos, sumiendo el espíritu en profunda meditación; la muerte, atraviesa las multitudes, sacudiendo las entrañas con su horrible certidumbre...

Sólo aquellas almas mortalmente heridas, al besar la fría losa que cubre al sér amado, sienten la voluptuosidad de la muerte, la poderosa sugestión del descanso, y sus oídos cerrados á goces terrestres, inmateralizados por el sufrimiento, advierten misteriosas voces del más allá, llamados de acentos queridos, cargados de promesas de paz: "Ven á reunirme conmigo, tú, que aún batallas con las miserias de la existencia; ven, no sabes cuán dulce es el dormir sin sueños, en la eterna quietud, sin presente, sin pasado, sin recuerdos ni sonrisas, pero también sin lágrimas.

V

Pero esta impresión del vértigo de la muerte, es fugaz, como todo aquello que hiere el sutil tejido de nuestro espíritu y nos abandona, dando paso á otras emociones. La muerte que hemos sentido en esta hora pasar por nosotros, rozar nuestros cuer-



HERMANAS DE CARIDAD
Cuadro de Peter Kalman

pos con su aliento de nieve, huye tan lejos, que imposible nos parece llegue jamás á nosotros. La sangre helada un momento corre y bulle nuevamente en los senos, prestando brillo á los ojos, suave y apacible expresión á los labios, calor á las mejillas y la vida reconquista su imperio sobre las almas.

De entre los diversos grupos que se forman al rededor de las tumbas, sube animado susurro, aquí y allá alegres risas que parecen agujerear la dormida atmósfera, repercuten cristalinamente entre los sepulcros; parejas de enamorados se pierden entre las sombras de los cipreses; apasionados acentos pronuncian palabras de ternura y juramentos de eterna fidelidad, que acaso hacen temblar á los que duermen.

VI

El sol descende al ocaso, llevándose junto con la luz, las piagarias de los piadosos peregrinos de los recuerdos. En homenaje á los que descansan ha concentrado en sus postreros rayos todo su esplendor; amorosamente besa los blancos túmulos, cubriendo su desnudez con regio manto de oro y las cimas de los oscuros cipreses, que semejan gigantes y enlutados cirios, se encienden en el fuego del cielo y derraman extraño fulgor. En la penumbra del agonizante crepúsculo todos abandonan la silenciosa morada de los suyos, la angustia de la separación apodérase de los corazones, que durante unas horas han vivido unidos á los que amaron; un estremecimiento, un inmenso escalofrío corre de cuerpo cuerpo, y en el amargo instante de las despedidas, brotan de los labios quejidos y suspiros.

Abrazada á la tumba del hijo que llevó en sus entrañas, alguna madre quedóse atrás, cubriendo su helado techo con frescas flores, impulsada por el dulce instinto materno: "Para que no sienta tanto frío".

VII

También me arrastró la corriente, y turbada por el dolor y el misterio de la muerte, me detuve en el umbral de la Gran Puerta por el cual tendré que pasar cuando haya terminado mi faena terrestre; una fuerza desconocida, mayor que mi voluntad, me impidió salir, algo me sujetaba allí, un deseo insensato de velar con los que reposan... pero, crugieron los goznes de la puerta y una voz que me llamó á mí misma, me dijo: "Ya es hora de cerrar". Y agregé, como penetrando mi deseo: "Nadie puede pasar aquí la noche, los muertos deben estar solos".

Sin responder, me alejé; juntóse pesadamente la reja de hierro, cerróse la llave con áspero chirrido y los muertos quedaron solos... solos en su estrecha cárcel, en la desolación tétrica de las sombras que los envuelve en sudario de crespón, solos en la tristeza profunda de la noche.

VIII

Solitaria avanzó por la obscura carretera que alumbran débilmente empañados faroles; pareceme poblada de sombras y cuando un turbio reverbero ilumina el rostro de algún transeunte que cruza mi camino, creo ver su pálido semblante, inundado por ese dolor, que cual el escalofrío de la muerte, ha atravesado esta tarde el corazón de la humanidad. Sí. ¡Hoy día se llora un pesar universal! ¿De qué ojos no brotan lágrimas al evocar algún sér querido que se fué y cuyo abnegado afecto jamás volverá á endulzar nuestra existencia, á las esperanzas que con él murieron, uniendo así con precioso hilo de perlas, el recuerdo del pasado, al dolor del presente?

Y si hay seres dichosos que conservan á su lado á todos los que aman, ¿cuántos llevarán secreto luto, por un sér adorado, por un afecto querido, por lo mejor de sí mismos, que ha muerto para siempre en su alma?

¡Ah! de todas las angustias, es esta la más atroz! El supremo dolor no está en la muerte del cuerpo. Impotente es el destino para separarnos de aquellos que nos arrebató... Unidos á ellos vivimos en espíritu y la consoladora fe en la eternidad de la vida, nos habla de una reunión futura, en una región de luz y de paz...

La verdadera, la única muerte, es aquella que arranca sin piedad de nuestro pecho nuestros afectos, nuestras esperanzas, nuestros ensueños, hasta nuestra fe en la vida, y convierte el alma en abandonada y solitaria tumba, sobre la cual jamás se depositará una flor, ni tampoco caerá una lágrima...

IX

En la soledad de mi pieza, me asalta el anhelo loco de volver nuevamente al campo santo; pero las palabras del panteonero vienen á mi memoria, y me he quedado en el balcón, bebiendo ansiosa, la hermosura de la noche.

Lentamente se ilumina el horizonte de plateada claridad, magistralmente se desliza la luna sobre las diáfanas nubes, derramando desde lo más alto del cielo, una luz triste y fría; ella hoy no baña la tierra con su embriagadora caricia, hoy sus llorosos y apagados rayos, sólo aparecen alumbrar la misteriosa mansión de allá arriba.

En la dormida atmósfera nocturna, creen mis oídos aún sentir la vibración melancólica del lamento de las campanas.

Un dolor inmenso abraza mi pecho, dolor punzante, tortura sin nombre, que estremece las fibras más ocultas de mi sér, sed insaciable de silencio y de reposo... un sollozo que anuda mi garganta, se escapa de mis labios, sollozo que se lleva toda la amargura del alma... hacia allá arriba extendiendo mis brazos, á donde otra vez mi espíritu me transporta.

X

¡Qué extraña blancura! ¡qué dulce sociego! ¡qué augusto silencio! ¡qué paz! ¡qué descanso!

Los misteriosos efluvios del luminoso astro caen sobre los sepulcros, dejándolos húmedos de lágrimas. Las flores amorosamente enlazadas agonizan sobre las blancas losas, esparciendo su perfume de lágrimas.

Los fúnebres cipreses se mecen suavemente, cayendo de su obscuro ramaje, tupida lluvia de perlas.

Y en las tumbas bañadas en el extraño encanto de esta hora, envueltas en vapores de plata, semejan ciudades fantásticas, entrevistas sólo en sueños!

La peligrosa sugestión que irradia ese sociego sereno y profundo, esa mágica belleza me envuelve... No sé qué melodía, ténue, como un suspiro, sube de entre las tumbas y me arrastra hacia ellas, no sé qué deseos me impulsan á reposar mis ardientes sienes sobre aquellos fríos mármoles, no sé qué voces desconocidas y confusas me llaman á alejarme del calor del combate de la lucha sin fin, del sufrimiento todos los días renovado...

¡Oh! el reposo eterno de los que duermen!

XI

Aterrada he juntado mi balcón para así alejar de mis ojos esa luz tranquila y luminosa que me trae la visión seductora del sociego infinito que en vano busca el alma sobre la tierra.

Y con profundo y triste desaliento murmuré: "Los que allí duermen, no son los que están solos, solos están aquellos en quienes ha muerto lo mejor de sí mismos y que lloran á través de la vida, el cadáver del corazón encerrado en el pecho."

SOMBRA

Noviembre, 1907.



ALLA VAN...

INEDITA

PERSONAJES

EL POETA, EL FILÓSOFO, EL DESCONOCIDO

Se encontraron en el largo camino...

EL POETA.—¡Y bien! Tu eres el Filósofo. Te suponía un sér extraño.

EL FILÓSOFO.—¡Y tú? Tu eres el Poeta. Te suponía un sér menos simple.

EL POETA.—Menos simple.

Cierto. Escucha, soy más simple de lo que te imaginas. Simples son el aire, la lluvia, un rayo de sol, la fragancia de una flor, el aliento de una virgen, la sonrisa de un niño, los ensueños del hombre, el gemido de una alondra, el vuelo de una mariposa, el azul de los cielos, el mar inmenso, el río que corre bullicioso, las quietas aguas de un lago en cuya superficie plateada se retratan un girón de nube y el verdor del bosque. Todo lo bello, todo lo excelso, todo lo inconfundible, es simple; la nota cristalina, la música de mis versos, las naderías de tus lucubraciones...

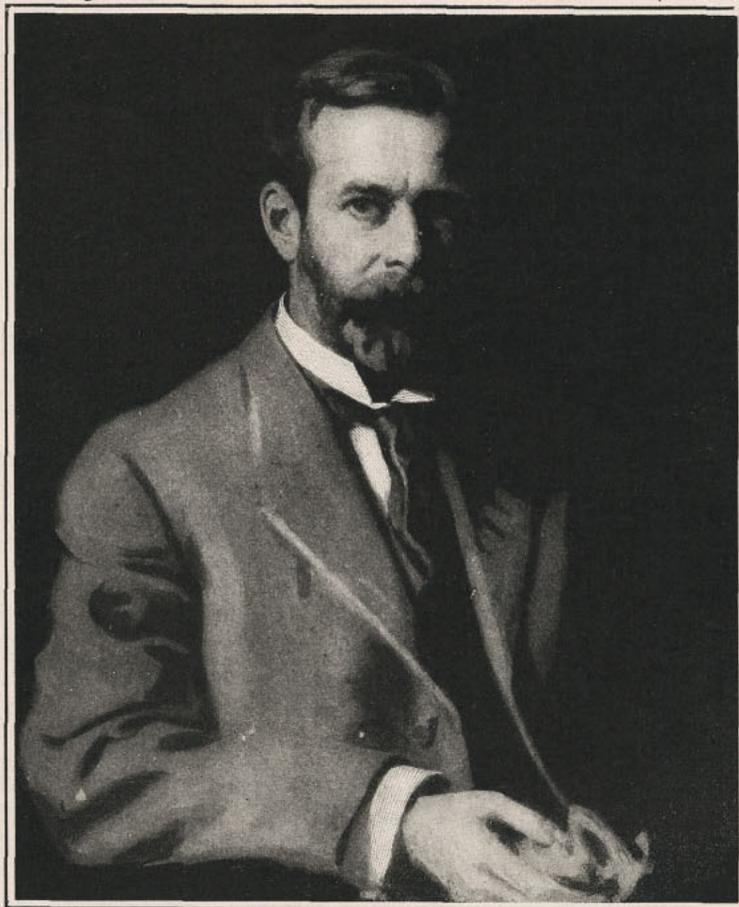
EL FILÓSOFO.—¡Naderías, dices! Pero, ¿sabes tú acaso, ha embriagado alguna vez tu espíritu la satisfacción de imaginar siquiera el mundo de fenómenos que nos rodean ni sus leyes, las razones y causas que constituyen este infinito que recorremos, ó la más ligera certidumbre de nuestro principio y fin inexplicables? ¿Qué sabes de este anhelo, de este empeño incesante que me guía en el sendero de la investigación y del mejoramiento? ¿Cuál es tu dogma? ¿Cuál tu doctrina ni tu ciencia?

¿Eres metafísico, espiritualista, positivista, psicólogo, qué cosa eres?... ¡Eres solo un empírico audaz! Has adulterado las formas múltiples de la Quimera para vivir pegado al fango de la Tierra y soñar que acaricias las estrellas; eres torpe navegante que ansía llegar y se obstina en cerrar los ojos para no ver la

luz del faro que conduce al puerto... ¡Eres el Poeta!...

EL POETA.—¡Sí, soy el Poeta! Mi alma es generosa é inquieta. Mi corazón es noble, revoltoso y á veces impotente; gime, blasfema y á veces ora. Entre un ideal infranqueable y esta tierra de luchas, de tristezas y de lágrimas, por mi naturaleza exquisita, soñadora y vibrante, siento, sufro; concibo, gozo y lloro más profundamente que los otros séres. Amor, ironía, amargura, irradiaciones de genio, dolor inmenso la rueda agonía, encuentran en mi instrumento sensible, yo los siento más que los otros hombres. Ruiseñor de la humanidad, apóstol y profeta, canto, leo y percibo á un tiempo mismo en lo Ignoto sus más grandes y bellas resplandecencias. ¡Soy el único intermediario entre el Hombre y la Divinidad!...

EL DESCONOCIDO.—No perdais las horas... ¡Andad! ¡Andad!...



RETRATO DE LOZADO YOFT, POR R. CLARCKSON
Sección Norte-Americana de la Exposición de Bellas Artes

Y los tres siguieron el largo camino. Y los espacios y los tiempos repíieron: ¡Andad! ¡Andad!...

JAVIER PEREZ

EL TEATRO PARA TODOS

El Congreso de Educación Popular de Bruselas, abordando con perfecta selección todos los problemas de la *post escolaridad*, desde la preparación de las futuras madres de familia para su augusto estado hasta la regularización de las horas de visita en los museos, tenía forzosamente que comprender en su programa al teatro como medio educativo, y si algo choeca es que el tema no haya interesado más á los congresistas y que el *rapporteur*, hombre de tanta autoridad que dirigiendo el Teatro de la Moneda está al frente del primero de los teatros belgas, no haya encontrado para el problema más solución que la de instituir y fomentar sociedades cooperativas para el goce del placer estético que el teatro proporciona.

Conociendo un poco la psicología de las multitudes, sabiendo ú observando cómo las sensaciones multiplican su intensidad al contagiarse y cuán excelente medio de contagio es el ambiente teatral, ningún otro puede ser tenido como superior al arte escénico para educar, para dominar y aún para arrastrar á las multitudes: la idea vertida en el libro, recogida por el lector único en soledad propia á la reflexión, quizás marque más honda huella en los espíritus hondamente meditativos y analíticos; pero la idea viva en la escena llega más pronto y más reciamente á lo más, entra á la vez por la vista y por el oído, llega al cerebro por distintas vías con la plasticidad enorme de lo vivido y forzosamente ha de determi-

nar reacciones infinitamente más enérgicas en las muchedumbres, que la idea aportada por cualquier otro vehículo, presentada por cualquier otro medio de expresión. ¿Cómo siendo así los educadores no atienden más cuando de obras post escolares hablan al teatro?

El director de la Moneda y los otros congresistas que han tratado el tema, deberían haberse fijado en la fórmula alemana del "teatro para todos", realizada antes que en parte alguna en el Teatro Municipal, administrado directamente por el Municipio de Fribourg, en Brigau, en que, según las acertadas frases de Edgard Milhaud, "se encuentra satisfecho el ideal de cultura estética y al mismo tiempo un ideal social y moral".

En el teatro de Fribourg, en Brigau, hay cuatro tarifas distintas para cuatro clases de representaciones: de gala, con precios aumentados, con precios ordinarios y con precios reducidos, y aún por si eso era poco, hay funciones para niños con precios mitad de los reducidos y funciones populares en que la localidad más selecta del magnífico teatro, cuesta medio marco (tres reales próximamente). En esas condiciones, un estudiante, un soldado ó un obrero, para los cuales hay precios especiales, puede pasar su soirée en un gran teatro presenciando un espectáculo selecto por veinte céntimos de franco próximamente, en lugar de pasarla en la taberna, en la cervecería ó en el *benjant*, lo que representa una elevación estética, social y moral admirable.



LA COSECHA DEL ARBOL SAGRADO

CUADRO DE JOSE AUBERT

LA VIDA ES TRISTEZA

—La vida es la tristeza!...
 —Y ya los libros todos asiló mi cabeza.
 —Huyamos allá abajo.
 —Huyamos allá abajo.
 —Sobre la mar salada
 —Las aves giran ebrias en pálida bandada;
 —Las aves giran ebrias de sacudir el vuelo
 —Entre la espuma ignota y el inmutable cielo.
 —Ni á aquel jardín antiguo que reflejaron ojos
 —Amados para siempre.
 —Ni los destellos rojos
 —De mi vetusta lámpara sobre el papel vacío;
 —A quien bajo la noche resguarda su blancura.

—Ni un niño que los senos á su robusta madre
 —De joven hermosura con avidez atrapa.
 —Nadie en el mundo, nada
 —Alegrará á mi espíritu que se empapa
 —El amargo zumo del piélagos.
 —Yo partiré!
 —Tus mástiles
 —Erige con presteza, ¡oh! buque
 —Y leva el ancla
 —Con rumbo hacia una exótica
 —Feliz naturaleza.
 —Un tedio desolado por ávidos anhelos
 —Aguarda los adioses que mandan los pafueles

—Quien sabe si esos mástiles
 —Alargaron un día
 —Sus dedos á los náufragos
 —Entre la mar bravía.
 —A los desnudos náufragos
 —Sin mástiles,
 —Sin mástiles,
 —Ni fértiles islotes de verdes cocoteros.
 —¡Oh, corazón!
 —Escucha las voces de alegría
 —Que dan los marineros!

G. VALE NCIA

EL ULTIMO ROMANCE DE GABRIEL D'ANNUNZIO

"Forse che si, forse che no...."

(Arreglado especialmente para SELECTA por A. Bradomin)



A novela de este título, de publicación reciente en Europa, continúa dando margen á los elogios más entusiastas de la prensa europea á la personalidad del insigne lírico italiano. El exquisito prosador francés, Gaeton Rigueot, nos da un juicio extenso del romance danunziano que condensamos para los lectores de "Selecta", ofreciendo al mismo tiempo uno de los más brillantes y delicados fragmentos de la obra.

En uno de sus últimos romances, nos dice Rigueot *Notre Cœur*, Maupasant nos mostraba á un viejo escultor examinando con una alegría física y amorosa una estatuita, acariciándola exquisitamente con sus gruesos dedos que conocían todos los secretos de la belleza. Esa complacencia que experimentan las manos artistas, me figuro que debe ser perfectamente conocida por el poeta D'Annunzio y en la hermosa página de Maupasant se puede encontrar la imagen de su genio, el más plástico que haya actualmente en el



Retrato de Gabriel D'Annunzio

mundo y que hace de él como un gran amante de apasionados dedos, gustando palpar tanto un objeto de precio como el misterio de las cosas vivas. Hay en él una sensualidad estética, una voluptuosidad de arte casi frenética en donde el tono se levanta naturalmente hasta á aquel de su extremada sensibilidad nerviosa. De allí nace, en el tiempo presente, el carácter único de su obra y su poder de expansión en las razas latinas. En efecto, por la magnificencia de su imaginación, por su facultad verbal que en su idioma alcanza á lo maravilloso, por la aplicación constante de los procedimientos y del tono de la poesía al romance, y también, es necesario decirlo, por cierta irrealdad de figuras de que él gusta, por la indecisión de su composición, y aún más, por gustar de los extremos y de perversidad, como también por la concepción cuasi sagrada que él se hace del poeta, parece muy cerca de nuestros grandes románticos; él es como ellos, un lírico. Pero allí termina la semejanza. Musset exclamaba:

"¡Ah! ¡frappe-toi le cœur: c'est là qu'est le génie!" "¡Ah! ¡Golpéate el corazón: es allí donde está el genio!"

Gabriel D'Annunzio parece no haberse jamás golpeado el corazón para hacer brotar de él un sollozo de desesperación ó rebelión. Su genio está en sus ojos que todo lo ven, en sus manos que palpan, en sus nervios que vibran y se estremecen al unísono del mundo. Sus más bellos poemas, sus páginas más turbadoras no han sido escritas en habitación cerrada, á la lumbre de una vela, ni en una noche de abandono. Hay en su inspiración alguna cosa de triunfante y superior. No es una palabra vana la que dice al llamarse "el animador". El cree en la voluptuosidad y en la pasión; si canta el dolor no es para hacer una apología burguesa, ni para consolarse. Lo canta porque lo ama, como á todo lo que es palpitante bajo el cielo, porque él es la vida, la vida la más loca, la más llena, porque es el más activo estimulante de los nervios mortales, la conmoción más profunda de la naturaleza humana. Por oposición á aquel de los románticos franceses que fué sentimental, el lirismo de Gabriel D'Annunzio es un lirismo sensual.

De allí el carácter más sobresaliente de una obra á la vez monótona en su fondo y tan variada en su forma. En los poemas de Gabriel D'Annunzio, en sus romances, en sus cuentos, un tema único: la voluptuosidad, la pasión exasperada, el odio mortal de los amantes, el triunfo de la muerte. Pero ese tema único, con qué riqueza, con qué poder de renovación, qué invención plástica, Gabriel D'Annunzio de una á otra obra ha sabido cambiar las modulaciones. Allí reside su originalidad profunda y verdadera; su imaginación de romántico tiene sus raíces vivas en su sensualidad de artista. Su canto frenético y perpetuo, él ha cantado en todo tiempo, en todos los hogares, en medio de todas las decoraciones, entre todos los ruidos, dándole como acompañamiento todo el tumulto de la vida; orquetándose con la palpitación universal.

No nos sorprendamos de que el afebrado amante de todas las formas expresivas, enamorado en otro tiempo sobre todo de los antiguos, guste hoy de los modernos y se los pida prestado para ensanchar su vasto poema de amor y de muerte, sus figuras y sus símbolos. Gabriel D'Annunzio es actualmente un parisense festejado á quien no escatimamos nada de nuestras complacencias y alabanzas que tenemos reservadas para las celebridades extranjeras. Goza en la actualidad de la moda más turbadora que la gloria, parece gozarse entre nosotros y su permanencia en el momento de la aparición de su libro, explica quizá el sentido y el título. Gabriel D'Annunzio por el mundo busca imágenes, no podía dejar de encontrar en el presente, tanto como en el pasado, y es por eso que acaba de escribir en su último romance el canto admirable de la nueva ala y de la heroica aviación.

"Forse che si, forse che no"... Divisa escrita sobre los viejos muros, palabra fatídica, enigma del amor, de la vida y de la muerte, de la lucha y de la victoria!... Isabel Inghirami, hermana de todas las otras heroínas de D'Annunzio, su mayores en belleza, astucia, ingenuidad y artificio, ardor frenético, busca el infinito en el amor, se arroja á las peores complicaciones, renovadas de la pasión antigua, y termina en la demencia, por haber tratado de franquear los límites de la sensualidad humana.

A pesar de que ha inspirado á D'Annunzio algunas de sus páginas más intensas y locas, no es, sin embargo, este personaje frenético que representa la novedad de la obra.

Paolo Tarsis era un constructor de alas; figura del héroe moderno, uno de esos que saben á ciencia severa que todo es juego en la vida, que la sola ganancia es la muerte y que luchando contra las fuerzas ciegas que componen la antigua fatalidad aseguran la victoria y libran al hombre. Es en la creación de los largos pájaros, en medio de los hilos de acero y de las aletas del freno que encontró á Isabella Inghirami. Hasta entonces, antiguo oficial de sumergible, después viajero por el mundo, hombre de acción y de experiencia, no había conocido como ternura de su fuerte corazón que la noble amistad de Julio Cambasio, su compañero de siempre, su hermano de aventuras y de heroísmos transformado como él en constructor de alas. Entonces se elevaban juntos cada uno sobre la gran garza que había realizado su genio. En los aires se encontraban y cruzaban cambiándose alegremente el grito familiar y triunfal. Sublimes émulos, allí donde el uno llegaba, quería llegar también el otro, lo que el uno hacía, debía hacerlo el otro mejor todavía: siempre más alto en el cielo!... Y la multitud entusiasmada aclamaba sus nombres á cada ascensión. Así en su garza mecánica toda energía, toda voluntad, como si los hilos de acero hubiesen sido la prolongación de sus nervios, las manos sobre las palancas de la maniobra, tendido, estirado, formando casi por el esfuerzo desmedido por vencer la forma de la flecha, del dardo, de todo lo que vuela; Paolo Tarsis no había adorado esta

soledad serena, este haz del aire, templa serena, como decía el poeta antiguo, cuando conoció en Isabel de Inghirami todo el tumulto de la pasión. ¿Quién triunfará en el corazón del aviador? ¿Continuará la gran garza de llevarlo victoriosamente al cielo? ¿Lo retendrá la mujer dolorosamente en la tierra?

La muerte de su amigo en un día de triunfo, el día del vuelo más alto, lo deja momentáneamente más solo y más desamparado ante el amor, quizá más fuerte en el fondo: el amigo no ha marcado allá arriba el punto heroico que es necesario pasar, y no será siempre allí en los aires el piloto invicible para conducir al sobreviviente á la suprema victoria? Si se separa primero del aeródromo en donde se tiende y reposa la Ardée, al aparato volador, si intenta hacer ascender á su amada, la ilusión de su amor no sabría, sin embargo,ocular á Paolo la realidad de su esfuerzo y de su deber sobrehumano. De sufrimiento en sufrimiento, de abominación en abominación, habiendo arrojado á la mujer mentirosa y doliente, la injuria que la enloquece, vuelve en sí á la lucha, á la muerte, á la sombra de su amigo. Una hermosa mañana todos los mecánicos rodean la garza. Tranquilo y fuerte, Paolo examina el motor, la hélice. Nada ha dicho de su secreto ni de su resolución: toma su lugar, su vuelo y se va hacia el mar... ¿Dónde?... Es el desierto del ciclo y de las aguas. Según el querer del motor que zumba armoniosamente ¿cuánto tiempo le queda aún de vida? El espacio, el tiempo, ¿qué es todo eso para este hombre perdido en tan grande soledad á merced de tales fuerzas? De repente aparece algo: ¿la tierra quizá? He aquí que el aviador que no quiere morir; sus manos se aferran de las cuerdas queriendo vencer. Como en otro tiempo se extiende, se estira, de adelgaza, se hace como una flecha, un dardo, alma de su pájaro. El aparato se rompe, el gaz le quema sin piedad un pie, lucha, trata de bajar y victorioso, vivo, no pensando más que en su quemadura, moja su pie en el mar.

Tal es el sencillo y épico personaje, tan diferente de aquellos en los cuales se complacían en otro tiempo, del que Gabriel D'Annunzio ha formado el centro luminoso de su libro. Pero con un arte de una riqueza y precisión extremas no ha querido que su dibujo fuese iluminado solamente por la aventura pasional de Paolo é Isabella; entre ellos dos, al lado de Julio Cambasio, el amigo fraternal, ha colocado á la virgen del silencio, que es quizá la figura más nueva y conmovedora de toda la obra.

Vana, es la hermana menor de Isabella, tiene la cara estrecha y como sin carne, color aceitunado, toda una delgadez espiritual en su cuerpo. Un día sobre el techado de la Ardée, durante el ensayo que precede al vuelo, como atraída por el viento de la hélice en movimiento, ella empujó una tela y se encontró frente al hombre que apenas conocía, Julio Cambasio, amigo de Paolo, y que como él, antes de explorar el cielo, había recorrido toda la superficie de la tierra. Y este encuentro es la hora del Destino. Vana, como una indiecita de Madura, cuya imagen fatídica había conservado impresa la memoria del viajero, llevaba un manojo de rosas amarillas en la cintura. Sacando una, se la dá á Julio Cambasio que va á partir: será la primera vez que él llevará una flor al cielo. La lleva tan alto, tan alto que es la muerte que corona la victoria. Pero con el cráneo triturado bajo el motor de su pájaro roto, el héroe ha conservado el tallo de rosa amarilla. Sus despojos mortales fueron colocados en el galpón, sobre una camilla donde dormían los mecánicos. Paolo afligido y sin lágrimas, en la noche solitaria, vela bajo la tienda, como un guerrero de Homero. De repente, en la noche de la llanura aparece una mujer: Vana. Va á depositar á los pies del muerto el resto de las rosas amarillas. Paolo la introduce en la tienda. El episodio es admirable.

Entonces vió ella vacilar las cuatro llamas funerarias en la sombra vacía. El galpón que ella recordaba haber visto ocupado por la armazón de las alas blancas, le parecía de una extensión espantosa y subterránea como una catacumba. ¿Dónde estaba el gran ángel deslumbrador que se agitaba sobre las vigas? Ella cerró los ojos, vaciló como las llamas de las antorchas, abandonada por sus fuerzas, incapaz de dominar su espanto. Sentía las manos de Paolo que la enderezaban y deseaba perderse en él, no volver en sí.

—¡Vana! ¡Vana!

Sacudíala ligeramente llamándola en voz baja, y ella al oír su nombre pronunciado por ese dolor, fué poseída de una dulzura tan divina que empezó á llorar sin ruido. Y él amaba esas lágrimas silenciosas que bañaban su sequedad, como si hubiesen sido lloradas por él...

Ella entonces amó con amor sublime al inanimado, porque la otra lo amaba y lo miraba á través de sus lágrimas, y lo vió de una belleza que no había visto en un rostro vivo, y recogió la imagen en la profundidad de su memoria para conservarla: y fué viuda de la sombra.

Pero no se vive con los muertos. La virgen del silencio no pudo callar siempre y no pudo llevar su cilicio sin que su carne joven no se ofendiera y revelara por momentos. Rival de Isabella, quería vencerla; pero su destino es más fuerte que ella, la encierra y la

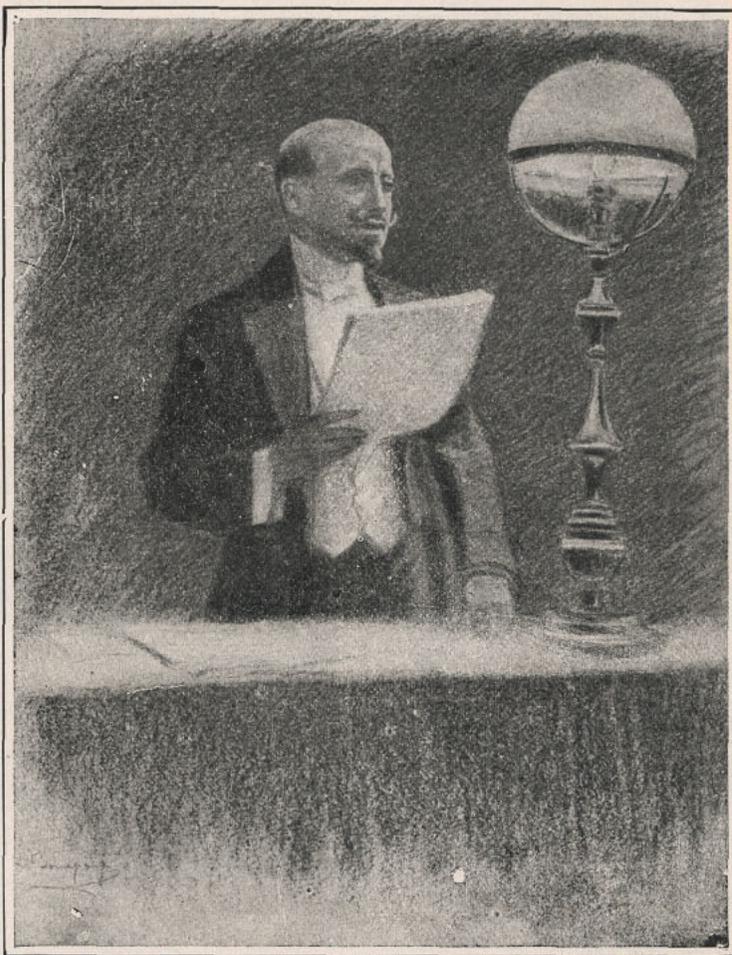
protege en su pureza. Ella no tomará cerca de Paolo el lugar de Isabella, al contrario, será rechazada y desconocida de Paolo: pero habrá disipado la ilusión de Paolo, librado al amante del amor. Ella habrá sido el secreto y necesario auxiliar del héroe, porque habrá sido la virgen que tiene derecho á llevar sus rosas amarillas sobre los pies reunidos de los muertos.

¿Conviene, después de esto, buscar en ese libro una orientación nueva de Gabriel D'Annunzio?

Estética y plásticamente el esfuerzo hacia lo nuevo y mejor, está manifiesto, y él es uno de los más felices, uno de los más conmovedores que haya hecho todavía el escritor, el que más ha intentado en cada una de sus obras nuevas, de renovarse.

Pero, ¿sucede lo mismo moral y físicamente?

Primero, cuando se trata de un artista y de un creador de imágenes, como Gabriel D'Annunzio, ¿no es una abstracción bien peligrosa el querer considerar sus ideas morales ó filosóficas independientemente de la forma sensible que él les ha dado, ó más bien que ellas han tomado espontáneamente en su sensibilidad é imaginación? Para mí, habiendo acabado de leer "Forse che si, forse che no"... no me he asegurado del todo del sentido que es necesario darle á ese libro, ni del que acabo de darle más adelante. Si duda, al mirar las cosas en conjunto, parece que Gabriel D'Annunzio ha querido netamente, esta vez, exaltar la voluntad, el esfuerzo,



Gabriel D'Annunzio leyendo su trabajo sobre "El dominio del Cielo"

las facultades activas y heroicas, levantarlas sobre la pasión que tiende también á acercarse á una moral más en uso, buscando la plenitud de la vida, no en el mayor grado de placer, sino en el más grande valor. Siempre pronto á conquistar el universo para dar á la vida su precio, él indicará solamente que se la posee mejor por su pensamiento que por su sentido, puesto que es más fácil á un hombre construirse alas solamente que comprender el corazón triste de una mujer.

—¿Cuándo,—exclama Isabella, en el umbral de la locura,—cuándo, en fin, el amante no será más un enemigo estúpido, sino un hermano perspicaz?

El instinto más fuerte, más fuerte que el amor, es aquel de la vida llena, triunfante del vuelo que quiere ser el más alto vuelo, aquel que ha embargado á Paolo, á punto de morir, en medio del mar. Sí, todo eso se encuentra en el romance de Gabriel D'Annunzio, pero eso se encuentra casi á pesar suyo, por la fuerza de su

tema, de su genio lírico, por la belleza y la emoción de sus imágenes, de sus símbolos, pues cambiando esas imágenes y esos símbolos todo cambiará con ellos. Qué otras formas de vida unan ese genio todo plástico y la vida con sus otras formas de expresión tomará otro sentido. Hasta nueva orden, admiremos solamente al magnífico glorificador de la aviación, pero no nos fiemos demasiado de sus lecciones.

“LA CAIDA DE ICARO”

Haciendo ondas y describiendo círculos se remontaba la “Ardée”, el areoplano de Icaro. De onda en onda, de círculo en círculo iba dilatándose el ruido; de instante en instante perdía toda su violencia; fué como el de una agramadera, como el zumbido de un enjambre en su colmena, cual los rumores campestres que arrullan los ensueños, cual los cantos que se alejan, como los cantos que alejándose abren el infinito de la tristeza y del deseo: pareció que se azulaba como la máquina, como el hombre; calló al fin siendo perceptible para solo uno.

La multitud estaba suspensa, en asecho, con el alma en las pupilas, conteniendo el aliento. La disminución gradual del ruido creó en ella una tan fuerte ilusión de alejamiento que sus ojos se engañaron. El hombre parecía haber ascendido ya á una altura incalculable, estar enteramente separado de su especie, solo, cual no lo estuvo jamás ninguno, frágil como no lo fué otro, fuera de la vida, como un difunto. El espanto de lo desconocido se apoderó de todos los corazones.

—¡Basta! ¡Basta!—decía el terror.

—¡Más, más todavía!—gritaba el espasmo, ávido de otro espasmo.

—¡Basta! ya estás demasiado arriba, ya das vértigo.

—¡Más!... Sigue, toca al menos al borde de esa nube.

—¡Basta! Un soplo puede matarte, una nada; un hilo que se desate, una chispa que se interrumpa.

—¡Más aún! No cedas. Donde tú estás llegó ya otro hombre, es necesario que tu sobrepases ese punto, que conquistes un nuevo cielo.

—¡Basta!... ¡Ah!... ¡Vas á caer!

—¡Sigue! La muerte te admira.

De todos los pechos brotó una exclamación para el intrépido, pues se izaba sobre el árbol, preparado para eso, la señal blanca de la gloria. La “Ardée” hendía un cielo nuevo.

—¡Ya venciste! ¡Basta!

—¡Sigue todavía más!

El espasmo de la multitud era como la pulsación incesante de una fiebre unánime que se había comunicado al aire insensible hasta llegar á esas alas de hombre. La unanimidad sublime y salvaje era como un elemento que se hubiera mezclado al elemento, y alterando así la naturaleza hubiera creado un modo imprevisto de existencia.

—¡Más todavía! ¡Más!

Parecía que la antigua ley no podría, después de ser vengada, que pasado ese límite desaparecía el peligro, que por su exceso de audacia, el hombre quedaría indemne y libre. Ya el aparato no era más que una flecha suspendida por encantamiento en el pálido cielo. El instante era eterno. Nadie podía pronunciar una palabra, la multitud vivía en el mito, como si allí donde se fijaban las miradas de sus pupilas hubiese de aparecer á cada instante una nueva y brillante constelación.

—¡Ya descende!

El encanto se rompió. Esta palabra fué dicha primero en voz baja, después en clamores desiguales.

—¡Baja!

La flecha iba agrandándose, mostrando la máquina voladora; debajo surcaba el aire algo brillante y opaco que relucía ligeramente en la sombra. Quizá fué así la primera flecha caída al mar de la espalda de Icaro.

Pronto dejóse oír un grito de terror.

—¡La hélice! ¡Un remo de la hélice!

El terror se propagó en la multitud, difundíendose no de voz á voz sino de cuerpo á cuerpo.

Como se descoloraba la nube, palidecía la multitud: una sola palidez fija en la suerte del hombre con lo blanco de innumerables ojos en las órbitas alargadas.

—¡Cae!

Las voces, los rumores tenían una resonancia sobrenatural, no en el aire sino en el alma.

—¡Se cae, se cae!

Nadie gritó más, ninguno respiraba. Toda esa humana agonía tuvo una sola faz convulsa, una sola mirada que iba bajando. Ella vió oscilar las alas del hombre, inclinarse á uno y otro lado en un balance loco; vió cabecear, encabritarse el largo eje á los golpes del timón, durante algunos instante equilibrarse en una tentativa de vuelo plano, dar esperanza de salvación, después, repentinamente privado de todo sostén, precipitarse, caer con la rapidez del peso muerto, tocar el suelo con un choque que en el silencio del alma pareció un trueno.

Ningún grito, ningún gesto. Todo quedó inmóvil durante algunos instantes, todo se parecía á esa aglomeración de telas, á ese montón blanquecino, á ese gran sudario funeral que se veía á diez pasos de la columna romana. No era ya el resplandor del crepúsculo sino el fulgor del acontecimiento que iluminaba los seres y las cosas. La llanura tenía el aspecto de un océano, las nubes fueron un cielo de mundos, el cielo como diamante, impenetrable. El reino de las fuerzas eternas fué restaurado.

Después se oyó el galope de los caballos que venían, en seguida se precipitó la multitud sobre la arena, ávida de ver la sangre, de mirar la carne desgarrada. Sobre el gentío que salvaje se empujaba y luchaba por presenciar el atroz espectáculo quedaron solas la columna y la estatua, las dos criaturas inmortales del obrero efímero que aunaba de belleza el invencible orgullo del hombre. Las alas de bronce vencidas por las alas de lienzo.

—¿Está muerto? ¿Respira? ¿Tiene abierto el cráneo, las piernas cortadas, el espinazo roto?

Las lúgubres preguntas iban comunicando á todos el horror del espectáculo. Rechazada por los caballos la multitud ondulaba en tumulto. Las bestias sudorosas, pateaban relinchando. Los más curiosos se arrastraban, para ver, bajo el vientre de los caballos, otros se quedaban oprimidos entre espuela y espuela.

Cuando hubieron separado los pedazos del maderamen, levantado las telas, desenredado las cuerdas, apareció el cuerpo inerte del héroe. El occipicio adherido á la masa del motor, de tal manera que los siete cilindros erizados de puntas le formaban una especie de aureola terrible, llena de tierra y de yerba ensangrentada; los ojos enormemente abiertos y fijos; la boca tranquila sin ninguna contracción, en señal de agonía mostraba unos blanquecinos dientes; de la sien cortada por un hilo de acero, cual con una navaja, corría un arroyo purpurino que bañaba la oreja, el cuello, la clavícula. Un médico al inclinarse sobre el pecho para escuchar el corazón, que no latía ya, sintió contra su mejilla la frescura aterciopelada de un pétalo de rosa...

GABRIEL D'ANNUNZIO



ANA SOROR

Al margen de "La Eneida"

CUANDO lanzó al amante fugitivo la última imprecación, Dido hundió el puñal en su pecho y cayó de espaldas sobre la enflojada pira.

Sus acompañantes, sorprendidos, prorrumpieron en lamentaciones intensas. Al ruido que se produjo, su hermana acudió.

—Ah, exclamó, con que me has engañado! Me dijiste que anhelabas quemar el retrato y los demás recuerdos del troyano, y has aprovechado mi ausencia para subir sola á este lecho de muerte... ¡Ay! El golpe que te ha herido á mí misma me mata, y á su pueblo, y á tu senado y á tu ciudad... Pero dadme agua para que yo lave su herida, y si un postrer suspiro vaga aún por sus labios, que mi boca lo recoja... (Eneida, IV.)

No bien pronunció tales palabras, Ana hubo de ascender por los escalones de la pira; estrechó á su hermana entre sus brazos y restañó la sangre que brotaba de la herida.

Dido respiraba todavía. Ana la hizo transportar á su alcoba. Una vieja egipcia, conocedora de las virtudes de las plantas y de sus bálsamos, curó á la desdichada reina. Y, en toda la ciudad, ofreciéronse sacrificios á los dioses por su alivio.

* *

Tras de quince días de extrema languidez y de vida vacilante y como suspendida, una mañana Dido abrió los ojos, miró en derredor y dijo:

—¿Dónde estoy?

—En tu casa, en tu palacio de Cartago, respondióla su hermana. Eres bella, eres joven, eres reina y vives, lo cual no es poco.

Dido quedó por algún tiempo con la mirada extraviada. De pronto acordóse y estalló en llanto.

—¡Ah! dijo, ¿por qué no me has dejado morir?

Ana le respondió:

—Porque la vida es un gran bien y la condición de todos los demás bienes.

En seguida hizo traer algunos ligeros manjares.

—¿Para qué? dijo la enferma.

Consintió, sin embargo, en comer, y no lo hizo de mala gana. Se la instaló luego en una terraza, de cara al mediodía, desde la cual se contemplaba la ciudad y el puerto. Pareció gozar del sol y del aspecto jubiloso de la joven capital. Señalaba los templos y los demás edificios. Se la regalaron flores. Las consideró atenta, y hubo de acariciarlas con sus dedos pálidos. Miró volar los pájaros y huir las velas sobre el mar. Tornaba á hacer el descubrimiento infantil de la vida.

* *

Algunos días más tarde, habiendo recobrado las fuerzas, recorrió en litera, con su hermana, las calles de Cartago. Interesóse por las construcciones nuevas. Las aclamaciones de la turba la conmovieron.

—Tengo, ciertamente, dijo, algunas obligaciones con mi pueblo.

—Tal es la verdad, respondió Ana. En dedicándote á tus funciones de reina, olvidarás bien pronto tu aventura. Nada tuvo ella, en el fondo, de extraordinario; no extrañaba la razón de tu deseo de morir.

—Muy fácil es hablar, hermana mía; bien se advierte que no has amado.

—Te equivocas, dijo Ana. Estabas demasiado absorta para darte de ello cuenta; pero no fuí insensible á las galanterías de Acate, el confidente del jefe troyano... En el fondo del valle desierto, donde la tempestad nos sorprendió y dispersó á los cazadores, había dos grutas. Vosotros entrasteis en una; yo me refugié en la otra con el fiel Acate... Era él amable y, sin embargo, ya ves como me he consolado... Toma ejemplo de mí, hermana.

—Pero tu Acate era un hombre sin prestigio. Apenas si me acuerdo de sus rasgos. No vivía una vida superior.

—¡Oh! replicó Ana. ¿Era, pues, Eneas, tan irresistible? Tenía siempre á los dioses en los labios y tan sólo hablaba de sus infortunios... Más semejaba un sacerdote que un rey.

—Tú no entiendes de eso, respondió la reina. Los hombres piadosos y melancólicos tienen, á veces, extrañas seducciones.

—Cuando se es tan serio, tanta mayor culpa se tiene de haber faltado á la buena fe y de conducirse con las mujeres como el común de los mortales.

—Tienes razón, en verdad; incalificable fué su conducta.

—Felizmente no te hizo todo el mal que hubiera podido hacer. Supongo que le hubieses dado tu mano: ello habría equivocado á la guerra con Iarbas.

La reina pareció en soñar un instante y dijo:

—¿Iarbas?... ¿Qué es de él?

—No lo sé... Pero lo que sí te aseguro es que merece el nombre de galante... Tiempo há le rechazaste cuando pidió tu mano...

—Había jurado ser fiel á Siqueo, mi primer marido.

—Y no mantuviste tu palabra, porque los humanos somos pobres juguetes de la fatalidad... Iarbas podía vengarse. Podía haber aprovechado tu enfermedad para invadir tus Estados... Y creo, á pesar de todo, que no te odia... ¿Quieres que tome informes?

Dido rehusó indignada semejante proposición.

—¡No me hables nunca de Iarbas! exclamó. ¡Más de un crimen hay en mi triste vida!

—Exageras, dijo Ana.

* *

No obstante, Dido volvió á experimentar la alegría de vivir. Ocupábase de sus atavíos y del gobierno de su pueblo. Visitaba las construcciones empezadas y alentaba á los obreros. Pasaba á menudo revista al pequeño ejército. Reunía de continuo su Senado y sometíale innumerables proyectos de ley. Estaba contenta de ser reina.

Un día dijo á su hermana:

—¿Y Iarbas?

—Me prohibiste que le hablara, dijo Ana. Pero pienso que, si quieres afirmar tu reino y asegurar á tus Estados la tranquilidad y la vida, no dispones de recurso mejor que el de una leal alianza con el rey de los numidas. Dudo tan sólo de que él conocía tal alianza en forma que no sea la matrimonial.

—Se equivoca lamentablemente si creen dominarme, respondió la reina. Sin embargo, no carecen de verdad tus observaciones. Sería conveniente, en todo caso, que yo conociera las secretas disposiciones del rey de los numidas. Ana querida, fuiste tú, año, mi infatigable mensajera. ¿Querías acercarte á Iarbas y preguntarle?...

—Lo he hecho ya, dijo sencillamente Ana.

—¡Ah! exclamó Dido un tanto sorprendida.

—Iarbas te ama aún y no fríamente, como el otro, sino con un amor verdaderamente africano. Está pronto á desposarte. Mas, si todavía rehusas, ju'vo que quemará tu ciudad y degollará á sus habitantes. Es capaz de hacer lo que dice.

—¡Es un hombre! respondió la reina. Lo que propone, digno me parece de reflexión... Y no es que yo le ame...

—No es necesario... Iarbas me ofrece la mano del capitán de sus guardias, que es su mejor amigo.

—¿Se trata de otro Acate? dijo la reina sonriendo.

—Si tú quieres... ¡Tan sólo me inspira sentimientos apacibles!... Pero sucede, hermana mía, que nuestro buen tiempo pasó... Sabemos ahora que el amor acarrea más dolores que regocijos. Vale la pena entregarse en brazos de la aventura cuando se está en la plenitud de la fuerza, y cuando falta más tiempo por vivir del que se ha vivido... Te aproximas á los cuarenta y tan sólo soy un año menor que tú. Acaba de extinguirse lo último de nuestro fuego (fué más brillante el tuyo; pero yo tuve también el mío). Ahora nos toca ser razonables, y de consiguiente, felices sin exceso, aunque con menor riesgo...

* *

—Pero... ¿y mi leyenda?—objetó Dido.

—¿Tu leyenda?

—Imagino la opinión que los hombres tendrán de mí y las narraciones que de mi ventura han de hacer. Las mujeres obtienen la gloria, no por los sentimientos moderados, tales como los tuyos, sino por los desordenados impulsos de su corazón y por sus actos locos. Si se sabe que he sobrevivido á la huida de mi amante y que tomé estado, quedará deshonrada á los ojos de los siglos.

—No te inquietes, respondió Ana. Hecha está tu leyenda. Los troyanos creen en tu suicidio, que les halaga. Sus poetas lo cantarán. De tí el porvenir conservará tan solo los ardientes gritos, tu brazo extendido hacia el mar, la herida de tu seno, tus extraviados ojos y tus labios de color violeta... Y ha de ignorar que pasaste dulcemente la segunda mitad de tu vida en este hermoso suelo, cuya contemplación constituye el placer más grande y el cual los muertos no tornarán á ver.

* *

El matrimonio de Dido con Iarbas, y el de Ana con el capitán de los guardias, celebráronse el mismo día.

Dido fué dichosa. Su felicidad apacible la hizo indulgente para con Eneas. La práctica de la realeza movióla, además, á comprender mejor la "razón de Estado", y, en consecuencia, la virtuosa traición del hijo de Anquisis.

—No le odio ya, murmuraba. Tenía sus dioses, su deber y su destino, como yo tengo los míos... Por lo demás, puedo confesarlo: mi encuentro con él, nuestros amores y su huida, se me aparecen como acontecimientos muy lejanos, que apenas me interesan. Sucede que mi cuerpo no es ya el mismo; que mi sangre, lentamente renovada después de la enfermedad, no es la misma que el troyano hiciera arder y que esparcí en la pira funebre.

* *

Un mercader fenicio, que venía de la costa itálica, donde hiciera algún comercio, arribó cierto día á Cartago.

Dido le mandó llamar, interrogóle y supo que el rey de los troyanos guerreaba con los pueblos del Lacio con triste fortuna.

—¡Pobrecillo! exclamó ella. Cuando le volváis á ver, amigo mío, decidle que Dido no ha muerto; que se casó con el rey de los numidas y que ha sabido portarse á maravilla. Decídselo. Quiero que lo sepa. Es esencial.

—Pero, ¿y tu leyenda? dijo Ana.

—¿Mi leyenda?... prefiero la historia, repuso la reina volviéndose hacia el robusto Iarbas.

JULIO LEMAITRE



EL MATRIMONIO DE TELÉMACO

ACABABA de cumplir Telémaco los veinte años. Sus padres soñaban con casarle; mas no era fácil encontrar una mujer en la comarca, pues todas las jóvenes—princesas de Zante, de Zacinto y Dulichios eran hermanas ó primas de los pretendientes matados por el magnánimo Ulises, y temíase que se hicieran rogar para entrar en la familia.

Ulises acordóse entonces de Nausicaa, de su gracia y de su buen genio. Era á los padres de Nausicaa á quienes él debía haber vuelto á ver su patria. "Y aún recuerdo, dijo, que el rey Alcino, creyéndome célibe, quiso que fuera su yerno. Un poco maduro para su hija era yo; y estoy persuadido, sin embargo, de que me hubiese aceptado por marido. A mayor abundamiento, mi querido hijo, hallaría ella en tí un otro yo, más joven, más nuevo y grato á la contemplación. Quizá no esté aún casada. Si en mí crees, no bien los vientos sean favorables, equiparás un navío é irás á visitar al rey Alcino en la isla de los Faacios".

—Con mucho gusto, dijo Telémaco.

Y sucedió que el mismo día, un mensajero de Menelao, rey de Esparta, desembarcó en el puerto de Itaca, y viniendo al encuentro de Ulises con algunos presentes, le dijo:

—He aquí el mensaje que me encargué de entregarte. El rey Menelao y su mujer Helena guardan el mejor recuerdo de tu hijo Telémaco. Próximamente recibirán en su casa al rey y á la reina de Faacia, de los cuales fuiste huésped, y á su hija Nausicaa. Si placiera á tu hijo volver á Esparta, él encontraría allí á tan amable moza. El rey Menelao no me dijo más; pero, si Telémaco acepta su invitación, podrá aprovechar el bajel que aquí me indujo.

—Todo está muy bien pensado, respondió Ulises, y reconozco la sabiduría y benevolencia del ilustre rey Menelao.

—Padre mío, dijo Telémaco, partiré mañana por la mañana.



Telémaco fué muy cordialmente recibido por el rey Menelao y por la divina Helena. Cuando una sierva le hubo lavado y perfumado, y cuando sació el hambre y la sed:

—¿Dónde está? preguntó la princesa Nausicaa.

—Todavía no se halla aquí, repuso Helena. Pero le aguardamos para dentro de algunos días, con sus nobles padres.

Telémaco, por más que fuese bien educado, no pudo disimular su decepción y su tristeza. Helena, que era buena, se dedicó á consolarle y á distraerle. Hacíale sentar á su lado en la mesa, y en el jardín donde gozaban del fresco, y bajo el pórtico donde se reunían para asistir á las danzas y á toda suerte de ejercicios de fuerza y destreza. Buen cuidado tenía ella de que, durante las comidas, el aeda Demódocos tan solo cantara las aventuras de Ulises; y, mirando á Telémaco, le sonreía en los más bellos episodios del poema. Experimentaba á menudo la más viva admiración por la irreprochable Penélope. En ocasiones, sentada cerca del hogar, cuando hilaba la purpúrea lana, rogaba á Telémaco que la ayudase á devanar el huso. Y complaciase en contarle las escenas más interesantes del sitio de Troya, omitiendo, sin embargo, las relativas á París.

Helena tenía treinta y cinco años. Su belleza un tanto marchita, aparecía más seductora. Sus miradas dijéranse más profundas que las de las otras mujeres, y su voz más penetrante y de más suaves inflexiones. Mostrábase seria de ordinario; pero llena de una completa y segura gracia.

Una tarde dijo á Telémaco:

—El navío que conduce á los soberanos de Faacia y á su hija, ha sido avistado á la altura de Pylos. Un carro les aguarda en el puerto. Estarán aquí mañana.

—¡Ya! exclamó Telémaco.



Nausicaa estaba en la flor de su primera juventud. Pero tal ventaja es de ordinario menos apreciada por los jóvenes que por los hombres maduros y experimentados. Telémaco apenas hizo caso de la princesita. La dió gracias por cuanto hiciera en favor de Ulises; mas no encontró otra cosa que decirle.

Tan sólo en Helena pensaba. La imagen de Helena turbaba sus noches. Después de Teseo, después de Menelao, después de París, después de Héctor, después de tantos otros héroes, él

experimentaba, sobre todo, el encanto devorador de la tranquila hija de Leda.

La frialdad de Telémaco hacia Nausicaa fué, al cabo, advertida por el rey Alcino y su mujer Aretea. Parecióles que el hijo de Ulises tardaba demasiado en declararse. Menelao atribuía lentitud semejante á la timidez de ambos jóvenes, y decía:

—¡Paciencia! El tiempo todo lo hace. Díome el tiempo á mi mujer.



Pero Helena había adivinado los secretos sentimientos de Telémaco y le llamó aparte y le dijo:

—No te comprendo, hijo mío. Nausicaa es la heredera de un rey poderoso y rico, al que tu padre debe mucho. Es joven, bonita, sensata, virtuosa. Sabrá dirigir tu casa. Tu padre ha podido verla; lava ella misma su ropa, cosa que no gustan de hacer las hijas de reyes—tal es la corrupción de este siglo.—Ella te ama, en fin, y yo sé que, no queriendo confiarse á su madre por orgullo, llora a menudo por tu causa en el regazo de su buena nodriza Eurymeduza. ¿Por qué afliges con tu frialdad á tan amable muchacha. ¿Y por qué rehusas la dicha que los dioses te prepararon?

—Te lo diré, dijo Telémaco, puesto que deseas saberlo. La que yo amo...

—No hables, hijo mío, interrumpió Helena. No ignoro que eres, como tantos otros, víctima de un maléfico encanto que de mí emana á mi pesar. Mi triste gloria ha turbado tu espíritu. Sí, yo soy aquella por la que miles de hombres perecieron y por la cual tantas madres, esposas y prometidas han derramado lágrimas á torrentes... Todo ello, sin duda, no deja de tener algo de halagador; pero, desde hace largo tiempo, desconozco el orgullo. No quiero yo causar la desdicha de ningún hombre. Estoy saciada de aventuras. Mi único anhelo es el de llevar vida apacible y tranquila cerca de mi Menelao, al que debo grandes compensaciones. En verdad que bastante se ha hablado de mí, y, por lo demás, ahora soy ya vieja...

—¿No es cierto!

—¿Qué quieres tú, entonces?

—Robarte.

—Muchas veces me han robado ya. ¿No experimentas frialdad al pensar, hijo mío?

—Al contrario.

—¡Ah, desdichado, desdichado! Pero, dime ¿Adónde me conducirás?

—Traigo consigo doce talentos de oro y poseo una rica propiedad de mi madre en la isla de Zacinto.

—Así, pues, no tendrías empacho en arrebatar la mujer á tu huésped.

—No lo haría por odio y, después de todo, otros antes que yo, lo hicieron. Obedezco á un Dios más fuerte que mi virtud.

—Pero, ¿si mi marido equipara sus naves para ir á recobrar-me?

—No se renovará la guerra de Troya. Por lo demás, ¿qué importa?

—Me importa á mí, que deseo morir tranquila. Vamos, deja en paz á la que hartó viajó ya. Nausicaa está intacta...

—No me gusta.

—Se consume de tristeza.

—Es necia.

—¡Ay, hijo mío, bien reconozco que es el duro amor, el dios siniestro el que te posee, porque te has vuelto malvado! ¡Vete! ¡Vete! Cansada estoy de hacer brotar el crimen en el corazón de los hombres.

Y Helena, al decir esto, le dejó, yendo á meditar en los vastos jardines del rey Menelao.



Allí encontró llorando á Nausicaa, en un apartado montecillo. La joven se echó en sus brazos.

—Reina, gimí, es por tí por quien yo sufro, y por ello recorro á tí, que eres bondadosa y prudente.

Narró, con entrecortadas palabras, su amor por Telémaco, y como el ingrato encantador la parecía no obstante su desdén, y el ensueño que concibiera de una vida dichosa y bella con él, allá, en la isla clemente de Faacia, "donde ya me veía, suspiraba,

esposa amada y madre fecunda, y toda entera consagrada á él á quien yo amaría con el primero y único amor de mi vida".

Al escuchar tales palabras, arrugóse el entrecejo de Helena, y hubo de ensombrecerse su pura frente. Mas todo fué cuestión de un instante.

Ambas pasearon largo rato por el jardín; y era ahora Helena la que hablaba....



Por la noche buscó Helena la manera de hallarse á solas con Telémaco en un rincón del pórtico.

—Mentí, le dijo en voz baja. Te amo. Ráptame.

—Lo esperaba, respondió simplemente Telémaco, y todo está arreglado para el caso. Retuve, en Pylos, un navío equipado para la partida. Te aguardaré mañana en el puerto á la hora del crepúsculo.

—Allá iré, dijo Helena, con una de mis siervas.



...Caía la noche. Telémaco, de pie en el muelle, vió aproximarse á dos mujeres encubiertas, de las cuales una parecía joven y esbelta y marchaba con ligero paso.

—¡Ah, se dijo, qué apariencia de juventud! Helena sola, entre las mortales, tiene este andar de diosa.

Vino hacia ella. Ella puso un dedo sobre sus labios, por encima del velo. Ayudóla él, silenciosamente, á embarcarse con su criada, y la condujo al puente, donde un suntuoso lecho estaba preparado.

Alejóse el barco de la playa. Telémaco intentó alzar le velo de la viajera. Le rechazó ella dulcemente, murmurando: "¡Mañana!"

Comprendió él semejante pudor, y fué á tenderse cerca de popa, donde durmió mal, bajo las estrellas indiferentes.

A la aurora tornó al puente para espiar el despertar de Helena, y reconoció á Nausícaa y á su nodriza Eurymeduza.

La moza, sentada en el lecho, le miraba con un poco de temor, queriendo sonreír é implorando con sus ojos húmedos.

Sobrecogió á Telemaco violenta cólera:

—¡Ah, exclamaba, buena broma para un ingenuo! No sabía yo que en tu país fuese costumbre que las doncellas honestas corrieran tras los hombres y les tomaran por sorpresa. Yo no te amaba, Nausícaa; mas ahora, ¿qué sentimientos pueden moverme hacia tí?

Nausícaa estalló en lágrimas.

—No fui yo, balbuceaba, fué Helena quien así lo quiso. Fué ella quien me aseguró que era necesario y que todo concluía bien. Y mucho tiempo resistí antes que obedecer.

—¿Helena dices? ¿Helena? Pero, entonces...

La cólera de Telémaco se volvió súbitamente contra Helena. Mas como la divina hija de Leda se encontraba lejos y no podía pegarla, dirigióse de nuevo á Nausícaa.

—La aventura es estúpida, dijo. Porque en resumen, ¿qué voy á hacer de tí?

—No lo sé.

—¿Y si te tratase como cautiva, puesto que así te has ofrecido?

—No lo harás, porque no eres vil. Además, mi nodriza sabría defenderme.

—¿Y si tornase á Pylos y te dejara en tierra para que fueras befa de las gentes?

Nausícaa llevóse la mano al corazón, y llamando: "¡Nodriza! ¡Nodriza! se desvaneció.

En tanto que Eurymeduza la prodigaba sus cuidados, Telémaco examinaba á la jóven. Se apercibió, por la vez primera, de que, siendo menos bella quizás que Helena, era, sin embargo, más fresca y encantadora. Luego, tanta debilidad y á la vez tanta cándida audacia, tan confiado é intrépido amor, poco á poco le emocionaron profundamente.

Cuando Nausícaa volvió en sí y miró los ojos de Telémaco, comprendió que no la desleñaba ya. Levantóse á medias y hubo de caer en brazos del hijo de Ulises, diciendo:

—¡Sálvame, amigo, y hazme tu mujer, puesto que no hay otro medio de salvarme!

Y Telémaco, enlazado por sus brazos frescos, sintiendo junto á sí el juvenil cuerpo suplicante, se confesó vencido:

—Iremos, dijo, á Itaca, y te presentaré á mis nobles padres... Pero la divina Helena se burló indignamente de mí.

—Yo la perdono, dijo Nausícaa, riendo á través de sus lágrimas.

JULIO LEMAITRE





El Escudo de Chile

HISTORIA Y LEYENDA

EN el limpio azul del cielo infinito revuela el Rey de los Aires.

Sus alas casi inmóviles se extienden majestuosas sobre el inmenso continente de alturas y abismos insondables y sobre la mole deslumbrante de blancuras, ora mates, ora brillantes, de sus nieves y hielos eternos, immaculados.

El cóndor gigante de la grandiosa montaña, desdeñando el mundo tangible, trata de sondear los mundos desconocidos. Encara al sol su atrevida mirada y pretende sorprender el secreto de los astros inaccesibles.

El cóndor es un gran soñador.



A lo largo de las pendientes boscosas del valle verdeguante trota el veloz habitador de la llanura. Despierto los sentidos, la nariz al viento, olfatea á su olorosa y buena nodriza la Tierra, que pródiga le ofrece cada día nuevas sorpresas. Goza con las hierbas y las flores, y á la grata sombra de los árboles goza á su modo del dulce calor del sol.

El Huemul es positivista.



De tiempo atrás la hermosa ave y el gracioso cuadrúpedo han hecho pacto de amistad, sobre la base de un igual amor á la madre Naturaleza, amor exclusivo y apasionado que cada uno según sus instintos le profesa.

Cuando el cielo se oscurece y blancos penachos envuelven las cumbres, cuando los monstruos de granito se estremecen y lanzan fuego y llamas, destrozándolo todo á su paso, el gran Cóndor descende majestuoso y el Huemul sube á su encuentro. Los dos buscan abrigo bajo una misma roca, y desde la altura miran con desdén á la triste gente semi-desnuda que se agita entre las dos fantásticas culebras, árbitros de sus destinos. (Cai-car-vilu infla las olas destructoras, la buena Treg-treg levanta caritativa los cerros salvadores).

A la verdad los dos amigos se preocupan poquísimo de los escasos hombres desparramados allá abajo, y observan negligentes los afanosos tragines de aquellos animales, apenas más grandes que ellos. Tantas idas y venidas les parecen excesivas para aquellos seres infelices.

¡1492!

La penetrante mirada del Cóndor divisa tres casi imperceptibles puntos que aparecen en el horizonte, tres pequeños objetos que flotan sobre las olas y que parecen arrastrados por una voluntad.

Las tres carabelas de Colón arriban por el norte.

¡1520!

Las primeras nieves han tendido su manto immaculado. El sol fatigado hierre con sus rayos oblicuos los altos glaciares. De nuevo el Cóndor observa, entre las blancuras de prismas irizados, á lo largo de los canales glaucos que silenciosamente se entrelazan, deslizarse furtiva otra pequeña cosa que evita con arte los escollos, cuya triste vegetación arroja aquí y allá pesadas manchas opacas.

Magallanes reconoce los canales del sur.

¡1536!

Algunos hombres de hierro, montados en bestias desconocidas, seguidos por largas filas de infelices encadenados que se doblan al peso de enormes cargas, miserables peregrinos que dejan sembrada de cadáveres la impracticable ruta y la nieve manchada por siniestros rastros de sangre. El Cóndor celebra su festín con prolongados y lúgubres graznidos.

Almagro penetra al valle de las Turquesas.

Fugaces visiones que rápidas se borran: los navíos se pierden en el horizonte; los esqueletos blanquean el desierto; los extranjeros con sus extraños animales vuelven grupas hacia el norte.

¡1541!

Mas, he aquí que de la llanura surgen ruidos inusitados: el hierro golpea la piedra, los árboles seculares caen pesadamente, y las selvas derribadas se transforman en ciudades; en ellas se oyen poderosas voces; sus agudas notas hieren el aire; formidables detonaciones se elevan hasta el cielo.

El pequeño Huemul ve un león prodigioso que recorre la llanura; el gran Cóndor percibe los reflejos deslumbradores del astro amigo sobre los pechos invencibles.

Valdivia y sus 150 compañeros emprenden la conquista de Chile...

Mudos de sorpresa, nuestros dos filósofos vagamente comienzan á mirar con respeto al hombre.

—No sabe correr; pero ha domado un cuadrúpedo que corre como el viento.

—No puede volar; pero ha aprendido á caminar sobre las olas. ¿No llegará también un día en que conquiste el aire?

—Lleva en su mano el relámpago que todo lo abate á sus plantas.

—Lanza el rayo que nos espanta hasta en las altas cumbres de nuestras montañas. Y ese León á quien sigue, es á nuestro débil y pequeño Puma, lo que la pálida Luna al Sol meridiano.

—¿Conocemos al hombre? ¿No lo habremos juzgado demasiado pronto?... Observemos...

Atisban. Ven los rápidos y sangrientos asaltos; la prolongada y heroica resistencia. Las gentes semi-desnudas saliendo de su apatía, se arrojan por millares sobre algunos seres á quienes ningún golpe derriba. Ven el hierro y el fuego hender los aires; ven surgir de las cenizas un árbol desnudo, siempre el mismo, sombrío y fatídico, sin ramas ni follaje, al pie del cual se prosternan hasta los seres más feroces. A su sombra intangible cambian el curso de las aguas, la tierra se cubre de nueva vegetación; exquisitos capullos de flores se desarrollan; racimos de bermejas frutas brillan entre la uniforme y primitiva verdura.

Aquellos seres se entremezclan en una lucha sin tregua. Sobresalen entre ellos dos hombres cuyos brazos llegan casi al cielo; imposible el uno, está sentado sobre el horrible madero del suplicio; el otro, abierto el pecho, se deja arrancar el corazón palpitante. Y de esas dos sangres de mártires brotan dos ríos que lentamente se deslizan hacia el porvenir. Razas hostiles que se abrazan y se unen para criar, á su pesar, mientras se combaten, un pueblo nuevo, valiente y libre; las naciones se vigorizan con la lucha y degeneran con el bienestar.

El práctico Huemul, curioso y escudriñador, se maravilla ante el más débil de aquellos seres, que, desnudo y sin defensas naturales, sabe arrancar á la naturaleza y á los animales mismos los productos más extraños, ya para cubrir su desnudez, ya para compensar su debilidad; sér para quien las estaciones parecen no existir, pues sabe guardarse del frío y del calor, protegerse contra el sol y el agua, comer aún cuando el suelo seco ó helado le rehusa el sustento.

El gentil cuadrúpedo trata de comunicar su entusiasmo á su amigo el gran soñador.

Este es más excéptico. Su juicio es más elevado. Su mirada penetrante, acostumbrada á las grandes líneas, no se detiene en los ínfimos detalles de los vulgares intereses. Para él el conjunto es lo más importante.

Pues bien, él ha visto destacarse algunas altas figuras, él ha creído ver salir relámpagos del corazón del hombre. Pero ¡hace tanto tiempo que los gigantes han desaparecido!... Y el gran León se ha adormecido tal como el pequeño Puma. Sólo permanece el débil y triste rebaño humano, cuya frente se inclina hacia la tierra.

El idealista, un momento abstraído, vuelve en sí, y, lenta, pesadamente, se remonta á sus alturas.

Recobrada su tranquilidad (jamás mira impunemente hacia abajo), á su pesar, repetidas veces, inclina de nuevo la cabeza; vuelve á sentir que vibran las ondas aéreas, que otra vez flamea el relámpago en la mano inteligente.

¡1789!

Hacia el norte luce un astro desconocido...

¡1804!

Unas águilas monstruosas despliegan sus alas bronceas.

¡1806!

Al pie de la elevada cordillera, en la llanura de "Las Lomas" fraternizan los dos ríos de sangre paralelos y se confunden en un torrente majestuoso.

¡18 de Septiembre de 1810!

Sus procelosas aguas transportan una débil barca tripulada por siete resueltos pilotos...



(El Cabildo y la Junta de Gobierno preparan la patria chilena)

¡13 de Febrero de 1812!

Al impulso imperceptible de oculta máquina, en un viejo árbol brota una nueva hoja que el viento arrebató como un torbellino. (Camilo Henríquez publica "La Aurora").

¡Mayo de 1812!

Una enorme sombra encorvada atraviesa la montaña; un prolongado alarido de tristeza infinita rasga las soledades.

Alzándose en los estribos de un corcel furioso, desde el fondo del valle, un sér sobrehumano le responde con un grito vibrante: "O vivir con honor ó morir con gloria"...

(Martínez de Rozas muere desterrado en Mendoza; O'Higgins se bate en el Roble).

La frágil barca, juguete de las olas, baila sobre las aguas. ¿Naufragará aquel precioso germen de próximas grandezas?

Nó... una sombra atrevida pasa y repasa furtiva, escalando



los picachos, deslizándose por las pendientes, pegándose á las rocas. Va á despertar al gran león dormido.

(Manuel Rodríguez viaja entre Santiago y Mendoza).

Los dos interesantes espectadores del drama colosal atienden anhelantes. Ven destacarse sobre la nieve una silueta vigorosa y nítida. Inmóviles, emocionados, siguen con la vista al astro rutilante. Este, con gesto soberano, arrebató una Estrella al mundo inaccesible, y con mano segura arranca un jirón del firmamento para guiar su ejército. Sordos galopes resuenan en las altas cumbres.

(San Martín atraviesa los Andes para dar la libertad á Chile).

El gran León, sorprendido, corre por la llanura, levantando un torbellino en su carrera. La pequeña barca ha desaparecido; el río, embravecido, se precipita sobre el enorme fantasma del pasado, que huye lleno de pavor hasta el otro lado de los mares; el torrente desencadenado con ímpetu irresistible, tiñe de púrpura el trozo de cielo azul, símbolo del porvenir.

Bajo el mágico pabellón, el Cóndor percibe de nuevo los reflejos del astro amigo sobre un haz de corazones invencibles. ¡Los ha reconocido!... Aquellos hombres que siguen á la Estrella y le tienden los brazos, son los hijos de los gigantes desaparecidos.

Los observadores ya no se hablan, sienten un mundo sobre sí. Cada uno lleva en su pensamiento una visión diferente: el gran soñador piensa en los grandes efectos; el pequeño positivista ha descubierto las pequeñas causas.

Mas, ¿qué ha sucedido? La hermosa silueta se ha recostado sobre la nieve en medio de un silencio de muerte. El astro á quien cautivó parece remontarse á la inmensa bóveda—dos hijos de la tierra intentan en vano detenerla.

¡Ay! el eterno pesimista se indigna; el hombre no ha sido creado, decididamente, más que para arrastrarse. ¿Por qué pretende llegar hasta las estrellas?

—La carne es perecedera, murmura el humilde optimista; pero el hombre á quien tú desprecias sabe á veces vencer.

—¿Y eso qué importa?

—¿No ves que sufre?

—Es un malvado.

—¿Y le ves luchar!

—No tiene ningún ideal.

—Sí, tiene la estrella.

—Se le escapará.

—¡Detengámosla al pasar!

Por eso es que abandonando el azul infinito, desertando la agreste montaña, el Cóndor majestuoso y el agraciado Huemul, en un doble sacrificio voluntario, se inmovilizan en actitud rendida para sostener las cinco mágicas puntas que simbolizan la felicidad y la grandeza de las naciones: Verdad, Bondad, Desinterés, Trabajo, Perseverancia...

M. C. B.

Santiago, 18 de Septiembre de 1910.



LOS CIERVOS

CUADRO DE A. SCRODT

Representación de PELEAS Y MELISANDE de Maeterlinck

EN LA ABADIA DE SAINT-WANDRILLE

Hace pocas semanas, el periódico parisiense "Le Figaro", publicaba el siguiente fragmento de una carta que á su director había escrito la eminente actriz Georgina Leblanc de Maeterlinck:

"El año pasado, cuando acaricié la idea de hacer revivir *Macbeth* en la Abadía de Saint-Wandrille, pude contar, gracias á usted, desde luego con el apoyo del "Figaro"; éste tuvo confianza en un proyecto que contrariaba bastante las costumbres teatrales, quiso amablemente proteger un pensamiento que parecía un tanto aventurado y su fidelidad me aseguró la aprobación de los espectadores.

"Muchos de éstos tuvieron, además, la bondad de animarme á una nueva tentativa y confieso á usted que no opuse gran resistencia y que no vacilé mucho tiempo en la elección de la obra, porque pocas se prestan á este género de realización. Y si he tardado tanto en hablar de ello, á usted, por supuesto, antes que á nadie, ha sido porque he querido antes trabajar y darme cuenta de las impresiones que podría producir, en la Abadía, un espectáculo absolutamente distinto del que nos ofreció *Macbeth* el año pasado, es decir, un drama esfumado de misterio y velado de amor.

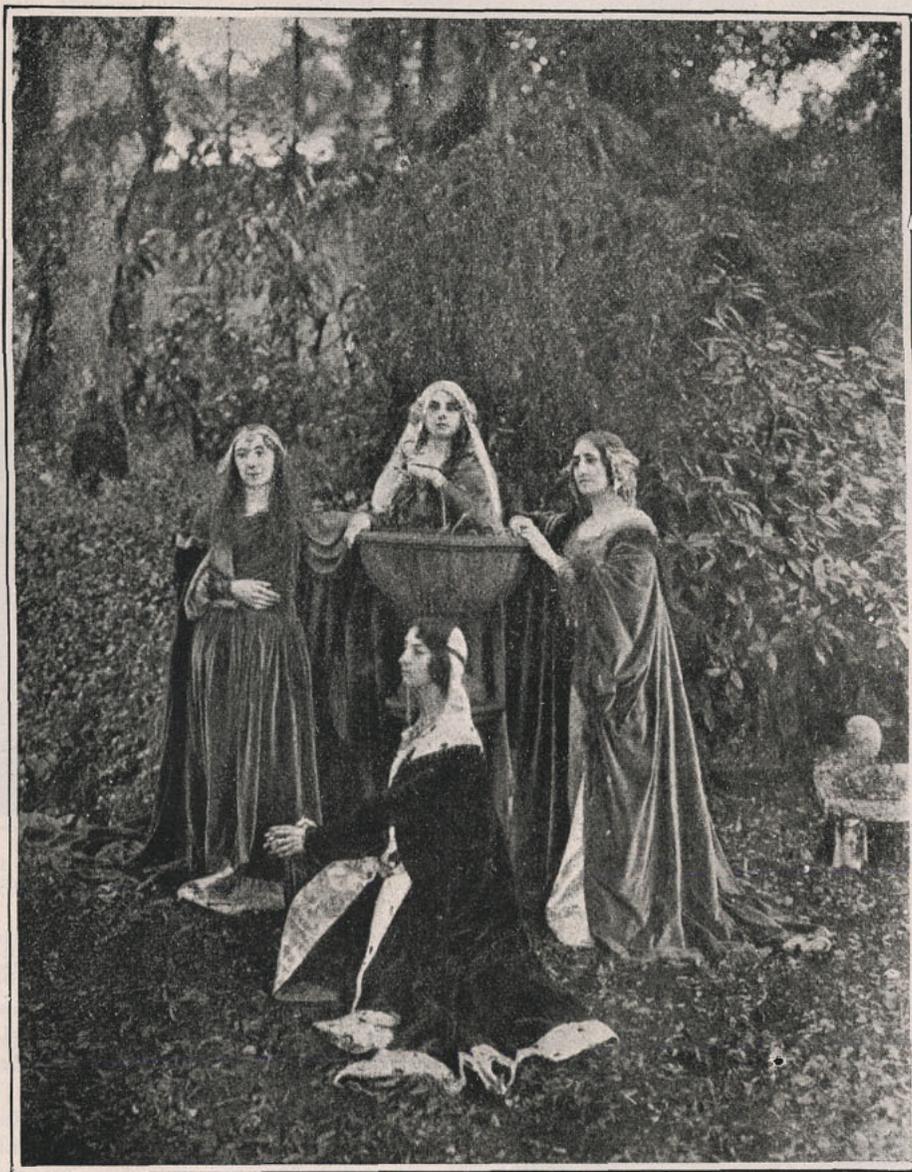
"¿Sería verdaderamente razonable no probar la suerte que la casualidad ha puesto tan extrañamente en mis manos, haciéndome encontrar aquí los lugares exactos que Maeterlinck había evocado en otro tiempo, cuando escribió *Peleas y Melisande*?

"Este curioso hallazgo nos sorprendió desde el primer momento de nuestra llegada á Saint-Wandrille y sorprende á cuantos visitan toda la Abadía. Y si no comencé por hacer revivir desde luego en ella *Peleas*, fué porque Maeterlinck, movido por un sentimiento fácil de comprender, se opuso formalmente á ello. Pero ahora, no puedo dar un paso dentro ó en torno de la abadía sin encontrar el bosque profundo en donde Golaud halló á la princesita, la fuente de mármol en la que Melisande perdió su anillo, la gruta, la torre, los subterráneos, los largos corredores, las silenciosas estancias y la vieja fuente junto á la cual ha de morir *Peleas*..." La ilustre artista ha realizado su pensamiento y en la noche del 29 de agosto último ofreció á un número limitadísimo de es-

pectadores, treinta y cinco, una representación única en la histórica abadía de Saint-Wandrille, de la hermosa tragedia *Peleas y Melisande*, de su esposo el delicado poeta y genial dramaturgo Mauricio Maeterlinck.

No describiremos los lugares en donde se desarrollaron las escenas de la obra, porque ya lo decimos cuando se representó allí, el año pasado, *Macbeth*; en cuanto á la representación, copiaremos algunos de los párrafos que á ella dedica el cronista de "Le Figaro", Jorge Bourdón, uno de los pocos escogidos que asistieron á aquella solemnidad artístico-literaria.

"Suenan cuernos de caza al través del bosque; tiemblan las hojas, y el sol, antes de ocultarse, atraviesa las ramas con un último rayo que pinta de oro rojo las hojas muertas. Dos hombres de arma, á caballo, siguen un camino y desaparecen. De pronto, oyen- se en el oquedal débiles gritos de terror, y por la larga y ruda pendiente, una doncella rubia, casi una niña, bellamente vestida, desfilza asustada, perdida, temblorosa, agarrándose á los árboles, hasta que al fin, extenuada, vencida, da, sollozante, vencida, cae desplomada junto á un arrollo, abrazada al tronco de un pino. Pasa en aquel momento un jinete, cubierta la cabeza con una cimera; va de caza y también se ha extraviado en el sombrío bosque, alejándose de sus gentes. Inquieto ante la noche que se aproxima, oye los gemidos de la princesita que ha dejado caer en el arroyo su corona de oro; y he aquí como Golaud encontró á Melisande.



Grupo de princesas junto á la fuente

"Poco después nos hallamos bajo los tilos. En el fondo de la alameda y en un hemisiclo que forman los árboles, una virgen de piedra inclina sobre su hijo Jesús su frente dolorosa. Un rumor de hojas muertas nos hace volver la cabeza: es la reina Genoveva que se acerca acompañada de Melisande, esposa ya de su hijo Golaud, y seguidas de sus damas de honor, todas ellas vestidas con ricos trajes que las hacen aparecer sucesivamente ante nuestros ojos como creaciones de un Memling, de un Botticelli y de un Fra Angélico...

"Ahora estamos en la fuente de los ciegos. Un surtidor de piedra cuyo centro es un cono de musgo viejísimo del que sale un chorro de agua. Allí se encuentra Melisande y Peleas, que en



Golaud llega al castillo conduciendo á Melisande

torno de aquel surtidor se persiguen riendo; en aquella agua sumerge ella sus cabellos de oro, que son "más largos que sus brazos", y deja caer el anillo que le diera Golaud. Y secando su cabellera mojada por el agua del estanque, Melisande, que empieza á sentir el amor, elabora su primera mentira.

"Después Melisande está en su oratorio; es de noche. Melisande espera el regreso de Golaud; Peleas hállase junto á ella contemplándola; ella se deja contemplar á sus grandes ojos, "más grandes que la inocencia", que sólo durante la noche se cierran; sus grandes ojos, envueltos por el calor de aquel himno sin palabras, miran no sabemos qué, talvez su alma, acaso nada. El murmura: "¡Melisande!" y ella suspira: "¡Peleas!" Ella está sentada bajo una especie de dosel de moaré plateado que tiene reflejos de oro y reflejos de cielo; á sus piés, en un jarro de plata, cuatro azucenas; por la ventana baja entra una luz azul. Peleas y Melisande, los dos palpitantes, ambos confundidos en un solo ser, permanecen silenciosos.

"Llaman á la puerta y los dos se sobresaltan. "¡Entrad!" dice Peleas con voz ahogada. Es el pequeño Yniold, á quien reprenden por haber "asustado á madrecita", y que responde con dulzura: "¡Si no he dado más que un golpecito!" A poco se oyen pasos pesados; es el paso torpe del corpulento Golaud, tan corpulento que Melisande, la primera vez que lo vió, lo tomó por un gigante. Yniold ha traído una luz y distingue en el rostro de su madrecita y en el de su tío huellas de lágrimas; sí, hace un momento, en la obscuridad, Peleas y Melisande lloraban; lloraban silenciosamente, como gota á gota cae el rocío, y no decían que lloraban ni se les oía llorar.

"En medio del negro muro de una vieja torre aparece iluminada una ventana con vidrieras de colores; Melisande asómase á

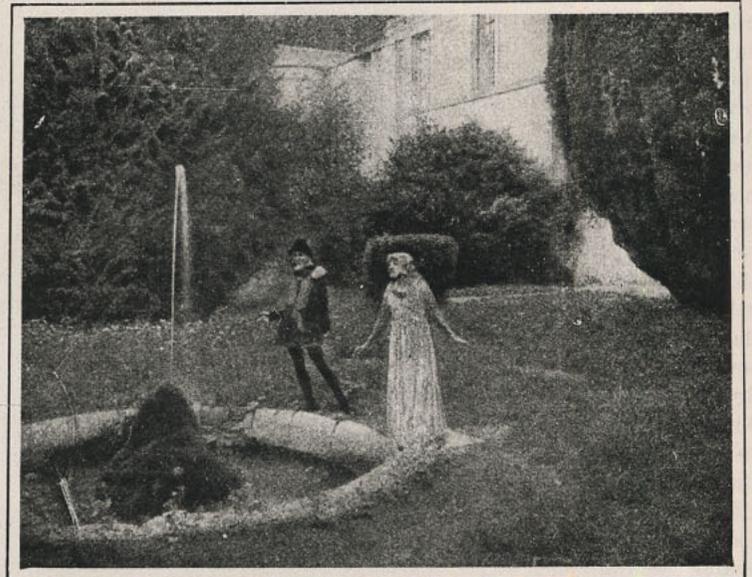


Yniold descubre huellas de lágrimas en los rostros de Peleas y de Melisande

ella y canta. Peleas, que la acechaba, se acerca subiéndose á una piedra; pero ésta es demasiado baja y los labios ávidos del mancebo sólo alcanzan la punta de los cabellos de Melisande; los coge, los acaricia, se envuelve en ellos y siente que entre sus dedos viven: "Se estremecen, se agitan, palpitan en mis manos como pájaros de oro; y me aman, me aman mil veces más que tú". "Besando tus cabellos te beso á tí toda y en medio de sus llamas ya no sufro". Y en el más apasionado lirismo brota el arranque de amor más suave que pueda mecer el alma casta de una princesita rubia, ingenua, temblona como Melisande.

"Mas no tarda en surgir el drama. Debajo de aquella misma ventana está Golaud, enamorado, celoso, brutal y torpe, Golaud, ya vencido, porque tiene en las sienes y en la barba algunas canas, al paso que Peleas tiene la edad de Romeo. Golaud ha sentado sobre sus rodillas al pequeño Yniold y le interroga, pero ¡con qué angustia, con qué precipitación, con qué torpeza grosera, impaciente y conmovedora por su misma brutalidad! Lo levanta hasta la altura de la ventana. ¿Qué ve? ¿Qué hacen? ¿Qué se dicen? ¿Adónde van sus miradas? ¿Dónde están sus manos? ¿Hállanse junto al lecho? ¿Que hable, que hable, Yniold! Golaud, en su fiebre, no sabe á punto fijo qué es lo que preferiría averiguar; pero quiere averiguar algo, sea lo que sea, aunque fuese el mal, y casi desearía de parte de Yniold una invención diabólica que le diese una certidumbre. Más el pequeño Yniold tiene miedo, quiere bajar, marcharse, se escapa de su padre, huye, y Golaud se aleja con la cabeza baja y el corazón trastornado.

"¡Al fin sabe! ¡Al fin, al fin! Escondido entre los árboles ha sorprendido el beso de Peleas y Melisande, su primer beso, aun-



Peleas y Melisande junto al surtidor en donde ésta ha dejado caer el anillo de Golaud

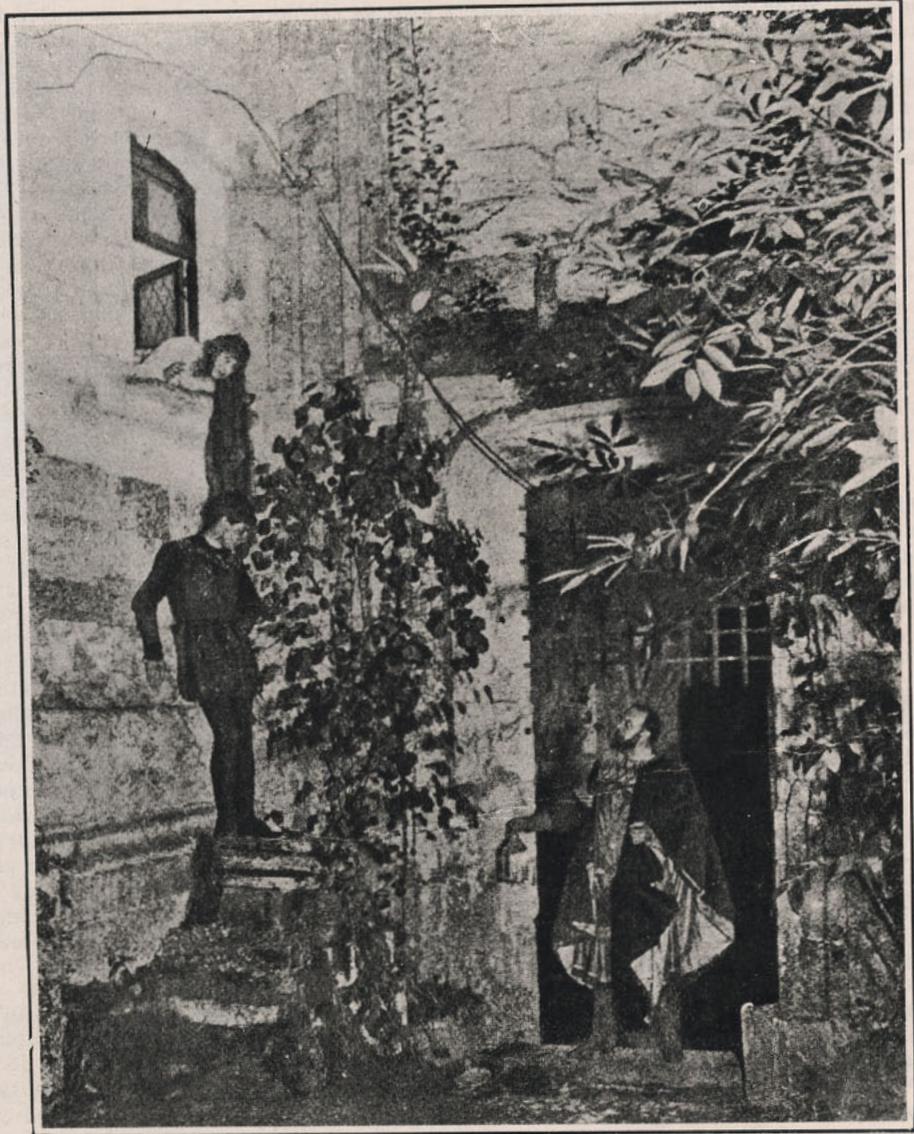
que él ignora que sea el primero. Con su daga ha matado á su hermano y Melisande, á su vez, también va á morir. Su lecho está instalado en el extremo del gran salón de la abadía; iluminan su estancia altos candeleros de siete brazos unos, otros de tres; en la pared, una fuente de cobre encarnado, junto á un humilde jarro con flores.

"Arkel se inclina sobre la princesita rubia que fué el último sol de su noche de viejo; el médico interroga el corazón de Melisande; Golaud, en un rincón, gime porque ha matado...

"Melisande va á morir y no lo sabe; cree todavía en los bienes de la vida, en la esperanza, acaso en el amor, del que muere sin haberlo conocido; y sin embargo la muerte está allí, muy cerca, en la puerta acechando. Golaud, queriendo por última vez arrancarle el secreto que ella no puede decir, porque ella misma lo ignora, acaba de matar, sólo con lastimarla, aquella pequeña alma, y cuando Melisande expira, las siete sirvientas, que han entrado de puntillas, cubren con un lienzo el delicado rostro de juventud y de oro y corren las cortinas de terciopelo, en tanto que la melancólica, amorosa y penetrante música de Gabriel Fauré parece el último aliento de Melisande que sube al cielo de los bienaventurados.

"El año pasado, en una noche de este mismo mes, habfa revivido entre los muros de Saint-Wandrille *Macbeth*, el viejo drama; hoy ha elegido aquel sitio *Peleas y Melisande*, el misterio ardiente y patético de un poeta apasionado. Esas dos veladas, que la decisión común de Georgina Leblanc y Mauricio Maeterlinck ha querido que fuesen únicas y que no se repetirán, serán siempre el orgullo de Saint-Wandrille. Merced á la diferencia de las obras, la voluntad que las ha realizado ha hecho, á pesar de la identidad de medios, dos manifestaciones que no pueden ser comparadas entre sí.

"Una y otra fueron incomparablemente bellas, pero la fascinación de *Peleas y Melisande* no tiene igual; jamás obra alguna literaria fué de tal manera restituida con su alma propia, en su ritmo íntimo con eso que se llama su atmósfera; nunca el genio de un creador tuvo á su servicio, en el mismo grado, el genio de una intérprete; nunca la expresión teatral se identificó mejor con la expresión verbal; nunca la vida realizada se amoldó hasta ese punto al poema de la vida. Y tengo el convencimiento, al terminar estas notas improvisadas, de no haber expresado sino muy sumariamente, muy imperfectamente, la emoción intensa que durante tres horas sintió un auditorio escogido".



Golaud sorprende á Peleas besando la cabellera de Melisande

Variaciones sobre uno de los "Motivos de Proteo"

DE JOSE ENRIQUE RODO

Motivos de Proteo es, sin duda alguna, uno de los libros más interesantes que se haya publicado en los últimos tiempos en lengua castellana. Es de una elegancia suprema en el decir, de un resplandeciente aticismo, de una deleitable armonía frasística y de una claridad de concepto filosófico, aún en el más hondo pensar, que revelan y afirman elocuentemente la existencia de un raro ingenio, honra del Uruguay y de la raza hispano-americana. He leído ya una vez esta bella obra. Y al tener noticia de que su autor nos visitaría en las fiestas de nuestro primer centenario, me formé yo el propósito de hablar en síntesis sobre tal libro; pero apenas recorridas una docena de páginas, uno de los "Motivos" me disuade de mi primer intento, me lleva á una sostenida meditación y me obliga á darle, desde el momento, libre curso á la pluma mía. Y es este **Motivo** aquel que dice del dolor de la vida que, próxima á su fin y acabamiento, ve que fué inhábil para la acción, fuego fatuo que se encendió vanamente. Tal sentimiento, dice, "¿quién lo ha expresado como Ibsen, ni dónde está como en el desenlace de *Peer Gynt*, que es para mí el zarpazo maestro de aquel formidable oso blanco?—*Peer Gynt* ha recorrido el mundo, llena la mente de sueños de ambición, pero falto de voluntad para dedicar á alguno de ellos las veras de su alma, y conquistar así la fuerza de personalidad que no perece. Cuando ve su cabeza blanca después de haber aventado el oro de ella en vana agitación, tras de quimeras que se han deshecho como el humo, este pródigo de sí mismo quiere volver al país donde nació.—Camino de la montaña de su aldea, se arremolinan á su paso las hojas caídas de los árboles. "Somos, le

dicen, las palabras que debiste pronunciar. Tu silencio tímido nos condena á morir disueltas en el surco". Camino de la montaña de su aldea, se desata la tempestad sobre él; la voz del viento le dice:—"Soy la canción que debiste entonar en la vida y no entonaste, por más que, empujada en el fondo de tu corazón, yo esperaba una seña tuya". Camino de la montaña, el rocío que, ya pasada la tempestad, humedece la frente del viajero, le dice:—"Soy las lágrimas que debiste llorar y que nunca asomaron á tus ojos: ¡necio si creíste que por eso la felicidad sería contigo!" Camino de la montaña, dícele la hierba que va hoyando su pie:—"Soy los pensamientos que debieron morar en tu cabeza; las obras que debieron tomar impulso de tu brazo; los bríos que debió alentar tu corazón". Y cuando piensa el triste llegar al fin de la jornada, el "Fundidor Supremo"—nombre de la justicia que preside en el mundo á la integridad del orden moral, al modo de la Némesis antigua,—le detiene para preguntarle dónde están los frutos de su alma, porque aquellas que no rinden fruto deben ser refundidas en la inmensa hornaza de todas, y sobre su pasada encarnación debe asentarse el olvido, que es la eternidad de la nada.—"*Peer Gynt*! *Peer Gynt*! tú eres legión de legiones", dice al terminar Rodó.

Mas, lo íntimamente doloroso es que muchos de estos *Peer Gynt*, no tienen redención, como la tuvo el de Ibsen por la fe, por la esperanza, por el amor de mujer, sobre todo, por el amor de Solvej. Van por los senderos de la vida con un hirviente turbión de pensamientos que pugnan por encarnarse en severas palabras de sinceridad, de ruda, de guerrera ó de egregia prosapia.

Se consumen en esterilidad porque les falta la "áspera virtud", que es el valor en el decir de Emerson; y esto es así porque no están seguros con firmeza del propio valer: no tienen confianza en sí mismos. Y estando humanamente dotados para ser los guías de los demás, con una fuerza de facultades insignes para una labor provechosa, viven constantemente subyugados del temor á todo eso que conocen que es bajísimo y ruin, y contra lo cual quisieran revelarse en una violenta sacudida. ¡Oh! cómo se ven los caminos de la montaña llenos de hojas marchitas que se hacen polvo en los surcos, y que eran esas santas palabras valerosas que debieron ser pronunciadas para dicha de los demás y de uno mismo!

Vivir sólo de intenciones y de propósitos laudables para el alma futura, no es un noble vivir. La acción, el golpe, el filo del hacha que atierra arbustos y avienta encinas es lo que necesitamos cada día y cada hora. De otro modo no se habrían levantado en el riñón de los antiguos impenetrables bosques araucanos, esas hermosas ciudades que decoran las altas negras chimeneas y ciñen, como con el cinturón de las Gracias, los mares de oro de sus trigales esplendentes. Demás está decir que el que tiene su diamante oculto por la turba, y no es él mismo su lapidario, hábil para pulirlo y, en acabándole, deslumbrar con su brillo y fastuosa policromía á la muchedumbre, demás está decir que es el defraudador de la Naturaleza que en un largo y paciente trabajo fundió en los ocultos crisoles y, talvez, por debajo de los siglos, esa riqueza de la cual le hizo depositario. ¿De qué te vale tu tesoro, entonces, varón pusilánime? Ve que así con tu inercia y tu silencio alientas el impertinente croar que hay en el tremedal, cuyas verdosas aguas puedes tú cambiarlas para convertirlo, de inútil y estéril que es, en abundosa tierra de promisión. Puedo también decirte que tu mayor vergüenza debe nacer de tu tolerancia para con la turpitud. Tú eres el amo y con tu complacencia te haces esclavo de tus esclavos. Hay que recordar á los escitas: Volvían á su país después de un largo guerrear y, ¡sorpresa de las sorpresas! se encontraron con que sus esclavos se habían adueñado de sus tierras y creyéndose señores le salían á rechazar con las armas en la mano. Cuando los verdaderos amos se apercebían ya para darles combate, uno de ellos (debió ser un Ulises escita) dijo á los otros: —Dejemos las armas y empuñando los látigos salgámosles al encuentro. Al vernos de esta guisa reconocerán su condición.—Siguióse el consejo, y los esclavos al reconocer á sus amos que venían con los látigos, arrojaron las armas y huyeron despavoridos unos é imploraron gracia otros... Sí, látigo, látigo es lo que necesitan.

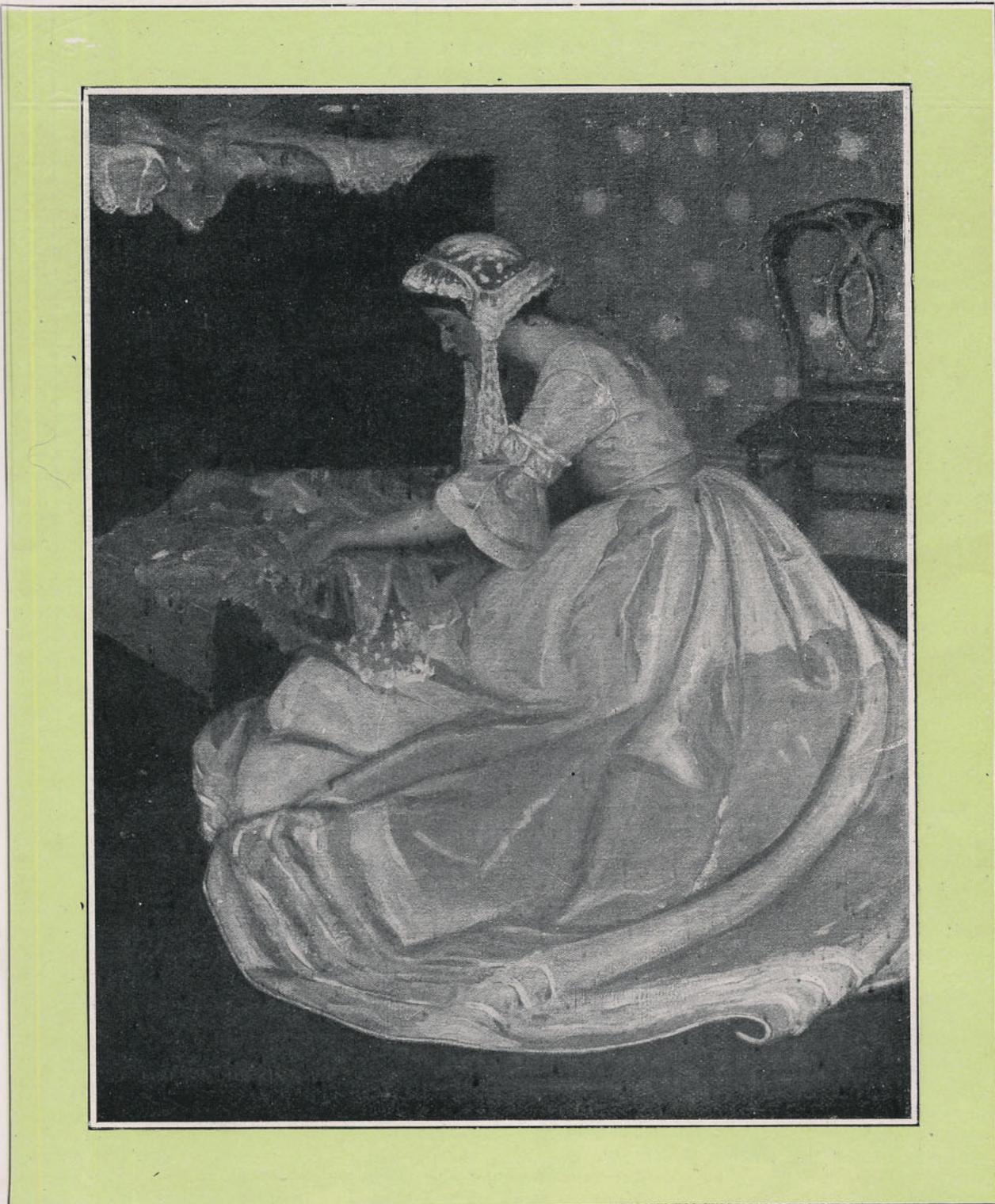
Pero también hay que pensar en el dolor del hombre que se consume en el silencio, que no entona la canción que está en el cogüelmo de su corazón palpitante; que no vierte las lágrimas de que están perhinchidos sus ojos, que no hace las obras que esperan los impulsos de su fuerte brazo. Yo me imagino el dolor de un águila. Y ésta águila es así: Está mucho tiempo en su montaña, mucho tiempo; mira con incógnitas ansias las más altas cumbres de los Andes, que horadando las nubes abren sus gigantescas flores de nieve por encima de ellas; traspasa con su mirada el azul infinitamente distendido, infinitamente; tiene la sed del sol, enorme rosa ígnea, y contempla, para su mayor tormento, los rastros luminosos que han dejado las que volaron, otras águilas, antes que ella, hasta llegar al sol. Ella sabe que también podría alcanzar tan alto; pero ¿qué fuerza desconocida es la que le retiene y le impide soltar el vuelo arriba? ¿Es que ha gastado todos sus empujes en columpiarse con las abiertas alas sólo en el puelche cordillerano? Águila de la montaña, ¿qué dolor tan grande es el que te taladra cuando piensas que acaso no te resolverás jamás á soltar tu vuelo arriba, hasta la enorme rosa ígnea?

Consideremos ahora una vida que fracasa después de haber sido toda ella dedicada al continuado ejercicio de las más nobles energías, de los más denodados valores y de las más santas arrogancias; consideremos el fracaso de una vida que ha ido diciendo por todas partes sus altos pensamientos, cantando la magnífica canción de su valeroso corazón, haciendo las obras de su brazo, y que después de haber visto la inutilidad de sus esfuerzos, con todo el dolor de su vencimiento, dirige su vista, turbia y atribulada, hacia nueva empresa que realizar. Miremos, sí, miremos á ese altísimo, á ese santísimo don Quijote, flor y nata de toda gallarda acción, que no quemó sosegadamente la cera y pábilo de su vivir, ni vió florecer de plata la negrura de su cabello en las calmosas veladas de la casa solariega, sino que fuese en campaña para restablecer sobre la tierra el reinado de la justicia. ¿Os acordáis? El caballero de la Blanca Luna lo ha vencido Don Quijote molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro

de una tumba, exclama:—"Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra". Después de esto deberá retirarse á su lugar y estarse en él un año sin buscar las aventuras. Su vida queda desde tal momento trunca, sin objeto. Se apodera entonces del ánimo del noble andante, la tristeza, que ya no le dejará más, sino hasta su día penúltimo. Parémonos á meditar aquí en los dolores de esta vida caballeresca, toda ella acción y discurso, empleada, cada hora y cada minuto, en buscar ocasiones para desfacer entuertos y vengar agravios, despreciadora de toda vil acechanza y de ofensoras pedradas, impedida, de improviso, para seguir adelante en su misión restauradora, cuando está más llena de entusiasmos y con más bríos su brazo y con más resolución la voluntad; y en el punto y momento en que parece avicinarse la victoria, la anhelada victoria, la que merece su fe, la victoria que ya ha ganado por sus pensamientos, por sus palabras, por sus obras. Su vida trunca por el azar, fracasada. ¿Qué extraño es entonces que pidiera adoloridamente la muerte el noble caballero? Piensa entonces en una nueva empresa, quiere hacerse pastor. Pero por debajo de esta nueva intención se adivina cómo le agujonea el tormento de la derrota. Sabe bien él que no es cosa fácil y hacedera cambiar esa su condición, cuyo descanso es el pelear, por la pacible y sosegada pastoril. Y así, por este modo, discurriendo vanamente por no dejar traslucir el pesar de su vencimiento, marcha camino de su lugar, preñado de la muerte que lleva en su seno; así, marcha á morir. A una vida fracasada, no obstante haber sido ella larga y continuada acción de bondad, no le resta sino morir. Peer Gynt tiene salvación; don Quijote no tiene sino que morir. Es que don Quijote es de Arriba y Peer Gynt es legión de legiones.

Hay que fijarse también en que el personaje ibseniano se redime de su vida vana y fútil por el amor de mujer, lo mismo que el libertino y calvatrueno don Juan del drama zorrillesco. Así Fausto salvado por el amor de Margarita. Más, cuántos que atraviesan la vida como un interminable Sahara donde nunca florecen las rojas rosas del amor. Ved: los días de este hombre se consumen estérilmente; no tiene quien le aparte de la senda de su inutilidad; no ve una sonrisa de mujer; no hay para él seno de mujer en que recline su cabeza loca. Talvez por esto no se enciende su palabra. Si le falta este poderoso impulso, el amor de mujer, origen y causa de todos los heroísmos, de todas las abnegaciones y bellezas de la vida ¿qué mucho que la de él vaya adormilada, inhábil para la acción, sin voluntad y sin valor? Yo le miro á solas con sus meditaciones hondas que se dice en su alma con una voz muy queda, perceptible para él sólo:—Ven aquí, alma tímida, y digámonos todo sin engañarnos. La hora es propicia. En esta noche de religiosa calma como una gran golondrina que durmiera con las alas abiertas, ni el gran Fundidor nos oye. Apenas si pasa un soplo sobarde en la arboleda. Sólo el cielo de los aires está puntuado de innumerables estrellas. El fino arco de la luna está brillante de tristeza. Yo sé que tú eres poderosa, pero que te aturdes con tus quimeras; que te falta el grande estímulo: el amor de mujer. No profanes esa santa palabra cuando ruedas por los abismos de tu soledad entre las falsedades del bermellón. Amor de mujer, el que ennoblece, que purifica, que hace amar la gloria, que da fuerzas para conquistar el mundo, ese, ese es el que te falta. Porque no lo tienes no asombras con tu energía y no haces más que soñar, indiferente á todo, hasta de la oruga á quien parece mal el vuelo del cóndor, y no dices tu canción que está inquieta por salir de tu corazón á tus labios; porque no tienes ese amor estás humildemente yerta, sin fe y sin esperanza, y te escudas con tu indiferencia y tu timidez. Y cuántas veces no habrás pasado rosando la felicidad sin saberlo. Acaso á la vera del camino Solveig te está esperando con su canción de cuna en los labios; porque, redimida, habrás nacido entonces como un niño. En el día aquel se te iluminará la vida con resplandores que no conocías, la tierra te sonreirá con su más alegre sonrisa y el cielo te cobijará paternalmente, porque ya estarás hecho para la verdad. Qué fuerte serás para el trabajo y cómo será fecunda tu persistente acción. Irás derramando por toda tierra, estéril ó productora, tus pensamientos y tus palabras, y no te saldrán, camino de la montaña, á turbar tu paso, ni las hojas secas, ni el viento, ni el rocío, ni la yerba que hollará tu pie. Alégrate, pues, alma mía, ten fe y ten esperanza de que no será menester la muerte para ser tú hecha de nuevo, sino redentor amor de mujer, únicamente.





LA ENCAJERA
CUADRO DE JAMES R. KOPTKINS

(Sección norte-americana de la Exposición de Bellas Artes del Centenario)

La Deuda y la Dote

El General Dujarroy, 62 años.
Magdalena, su hija, 25 años.

En el jardín del viejo hotel de la división, en provincias, muy lejos de París.—Magdalena se dispone á coger rosas, por la mañana, y no bien comienza á hacerlo, preséntase su padre, de medio uniforme, con botas, dormán y képi.

Magdalena.—Llegas justamente á tiempo para que te dé flores.

El General.—Sí.

Magdalena.—¿Hiciste un hermoso paseo?

El General.—Sí.

Magdalena.—¿Pudo Mirabelle pasar sin miedo el puente de hierro?

El General.—No.

Magdalena.—Sí... No... ¡Mira qué manera de responder! ¿Qué es lo que tienes? ¿Acaso te disgustaste con tu ministro civil?

El General.—No del ministro; se trata de tu hermano.

Magdalena.—(Vivamente). Ha jugado.

El General.—Es un canalla. No tiene nada en el pecho... ¡Ni tanto así de corazón!

Magdalena.—¡Oh, habla! Ponme al corriente.

El General.—Lee. Acabo de recibirla. (La da una carta).

Magdalena.—(Tomándola). ¡Ah, Dios mío, no conseguiremos vivir tranquilos!

El General.—¡Jamás! ¡Quiere mi muerte y la conseguirá!

Magdalena.—No hables así.

El General.—Lee.

Magdalena.—(Leyendo). "Vesoul, 17 de junio... Mi querido papá"...

El General.—(Que rabia por dentro). ¡Ya te daré yo tu papá!...

Magdalena.—Ten cuidado: no vayan á oírte tras del muro del jardín.

El General.—Me es igual.

Magdalena.—Diríase que á mi lado sientes enojo.

El General.—Tienes razón. Te beso. (La besa). Eres linda. ¡Si no te tuviera!... ¡Voto á...!

Magdalena.—No blasfemes.

El General.—Ciertamente, para nada sirve el blasfemar. Pero siquiera alivia.

Magdalena.—(Que lee). "Mi querido papá: va usted á maldecirme y tendrá razón. Estoy caído, pero le juro por mi honor..."

El General.—¿Quieres callar?

Magdalena.—¿Por qué?

El General.—No, no es á tí: es á él á quien me dirijo. Se atreve á hablarme de honor... ¡Ah, perfectamente, perfectamente, señor mío!

Magdalena.—(Continuando). "...que es la última vez..."

El General.—Ya la conocemos...

Magdalena.—"...y que no volveré jamás á tocar una carta.

El General.—En el término de ocho días, quizá...

Magdalena.—"...no será bastante mi vida para expiar mis faltas..."

El general.—Frasas... Asquerosas frases hechas... Nada sincero...

Magdalena.—(A su padre). Si es que vas á interrumpirme á cada palabra...

El General.—Perdóname. Achácalo todo á la cólera. ¡Vamos, callaré!

Magdalena.—(Reanudando su lectura). "...Sucedió que tuve la debilidad de tornar, ayer, al círculo de cazadores. ¡He jugado! Al principio comencé por ganar al rededor de diez mil francos..."

El General.—¿Naturalmente!

Magdalena.—"...Después los perdí. Continué jugando y perdí, y seguí perdiendo siempre... En fin, que á estas horas debo veinte mil..." (Se interrumpe).

¡Su! (Se hace gran silencio, durante el cual un pájaro canta en un árbol).

El General.—¡Eh! ¿Qué dices tú de todo esto, pobrecilla?

Magdalena.—¿Qué grande es su culpa!

El General.—Tienes un soberbio hermano. Continúa. Quiero que leas hasta el fin.

Magdalena.—(Emocionada). Es que... no puedo...

El General.—¿Lloras?

Magdalena.—Sí... Estas cosas son superiores á mis fuerzas...

El General.—¿Vaya! ¿Enfermarte tú por estas tonterías?... No llores, que por mí puedo responder: tengo los ojos secos y el corazón también...

Magdalena.—No es lo mismo: tú eres su padre...

El General.—Para mi desgracia. Y ahora ¿eres tú la que se conmueve por él?

Magdalena.—No. No solamente por él. Por tí, por nosotros...

El General.—Cese tu llanto, ¡bah! Estoy furioso; pero, en el fondo, no hago bilis; he tomado ya mi partido.

Magdalena.—¿Qué partido?

El General.—Antes termina. Ya te lo diré después.

Magdalena.—(Prosiguiendo su lectura). "...Sé que no tiene usted esa suma, mi pobre papá, y, sin embargo, le pido de rodillas que la consiga, cueste lo que cueste..."

El General.—¿Eh! ¿Qué fácil!

Magdalena.—"...¡Va mi honor de por medio y el de usted también!..."

El General.—¿Nunca! ¿Qué torpe! ¡Yo estoy por encima de todo eso, gracias á Dios! ¡Ah, fresco estaría si mi honor, á mis años, mi honor que se ha acreditado á fuerza de rudas pruebas, estuviera á merced de las bellaquerías de ese bribón!... ¡A fe mía que si lo que dice no fuera lamentable, sería gracioso!

Magdalena.—(Continuando)... "Si usted no encuentra ese dinero, mi carrera acabó, y destruída está para siempre. Como usted no lo desea, estoy seguro de que intentará lo imposible. Espero. Las dos personas á quienes debo los susodichos veinte mil francos, trece mil á una, un magistrado; y siete mil á la otra, un negociante, me prometieron aguardar hasta el martes próximo por la noche. Ahora es

viernes. Le suplico una vez más que haga un esfuerzo, y, al mismo tiempo, le pido perdón. No hay un minuto que perder. Su desolado y arrepentido hijo, que se regenerará para siempre.—Pablo".

El General.—¿Qué opinas?

Magdalena.—Estoy atónita. ¿Qué vamos á hacer? ¡Veinte mil francos! Pero, ¿no los tienes?

El General.—No. Y si los tuviera, sería lo mismo, porque no le daría diez céntimos.

Magdalena.—¿Y eso lo dices tú!

El General.—Si fuese esta la primera vez que le sucedía, se podría intentar algo... dirigirse á los amigos... procurar... ¡Pero, no! No hallaría... No conozco á nadie, ni tú tampoco... ¡Veinte mil francos!

Magdalena.—Busquemos.

El General.—Jamás tuvimos un céntimo. ¡Esa es todavía mi preocupación! Nada tenía tu madre; nada tengo yo.

Magdalena.—Tenfais algo mejor.

El General.—¿Qué?

Magdalena.—Un grande y profundo afecto.

El General.—¡Oh, no es el afecto el que da la comodidad de la vida!

Magdalena.—Pero da la felicidad.

El General.—¡No por mucho tiempo. puesto que la perdí! ¡Como la echo de menos aún!

Magdalena.—Y yo también.

El General.—Mas, al menos, ella no vio estas inmundicias. Hubiera sido muy desgraciada; ¿no lo crees? ¡Su Pablo!

Magdalena.—¡Oh, sí!

El General.—Bien está donde ahora se halla, en el cementerio de Mostaganem, la cual la llevamos ocho años hace... ¿te acuerdas?... Una mañana de invierno...

Magdalena.—Sí... sí... Me parece ver el sitio en que reposa, á la izquierda, entrando...

El General.—Cerca de una pequeña palmera. ¡Canalla de muchacho!

Magdalena.—¿Espera! Creo que he encontrado...

El General.—¿Qué cosa?

Magdalena.—Dinero... El recurso que buscábamos...

El General.—No busques, no. Ya te dije desde el principio que mi partido está tomado. Es muy sencillo; él se las entenderá como pueda, el muy pillo; no quiero ocuparme de nada.

Magdalena.—Sin embargo...

El General.—De nada.

Magdalena.—Pero su carrera, sus galanes...

El General.—Poco me importan.

Magdalena.—Reflexiona, papafito.

El General.—Calla. Soy el amo.

Magdalena.—Sí. Lo eres; pero no en este momento de tí mismo. La cólera te hace proferir cosas que no piensas y que lamentarías si las pusieras en práctica.

El General.—¿No veo peligro alguno!

Magdalena.—Sí. Te conozco. Acuérdate



MADAME RECAMIER

CELEBRE CUADRO DE GERARD

de todos los sacrificios que hiciste por Pablo, cómo le has amado y cómo le quieres aún, á pesar de todo.

El General.—Se acabó. No le quiero más. Es un extraño.

Magdalena.—¡Vamos!

El General.—Puede morir. No es ya mi hijo.

Magdalena.—¡Oh, no digas eso!

El General.—Si estuviéramos en campaña, y él se encontrase á mis órdenes, le enviaría sin vacilar á que dejase la piel en el puesto que creyera más peligroso, y lo haría expresamente con el deseo de que no pudiese escapar...

Magdalena.—¡Perfectamente! Estamos de acuerdo. ¡Le sigues queriendo, ya lo vez! ¿Qué soldado irritado no diría otro tanto, á propósito de su hijo? Le quieres y le perdonarás.

El General.—No. Mucho tengo ya que sentir de él.

Magdalena.—Le perdonarás... más tarde... algún día...

El General.—No.

Magdalena.—Puesto que yo he hallado un medio...

El General.—Es inútil. Ya sabes mi decisión.

Magdalena.—Déjame.

El General.—No.

Magdalena.—Te diré...

El General.—¿Con qué objeto?

Magdalena.—Te diré cuál es ese medio.

El General.—No quiero conocerlo.

Magdalena.—Parece que tienes miedo?..

El General.—¿De ese tu recurso?

Magdalena.—Sí... Algo como si adivinaras...

El General.—¡Absolutamente! ¿Cómo piensas que imagine dónde puedes encon-

trar veinte mil francos? ¡Veinte mil francos nosotros!

Magdalena.—Los tenemos, sin embargo.

El General.—Pero yo no puedo disponer de ellos.

Magdalena.—Yo sí.

El General.—No vayas más lejos.

Magdalena.—Es mi dote.

El General.—Basta. De esto era, justamente, de lo que no quería oírte hablar. Por ningún motivo. Esos veinte mil francos son tu dote, y provienen mitad de tu madre, mitad de tu abuela; son para tí, nada más que para tí, para tí sola. Y tú tienes necesidad de ellos, más que nadie. Así, pues, ni una palabra más sobre este asunto.

Magdalena.—Pero, explícate, ¿para qué los necesito?

El General.—Para casarte.

Magdalena.—Para nada me sirvieron hasta el presente, puesto que aquí estoy aún sin casar, cerca de los veintiséis años. ¡Soy ya casi una señorita vieja! Y, por otra parte, mientras tú vivas, no me casaré.

El General.—Pero, ¿después?

Magdalena.—¡Oh, menos aún! Hay hermanas de la caridad en Mostaganem, precisamente á un lado del cementerio... Es allí donde iré el día en que no existas.

El General.—Tonterías. Guardarás tu dinero. Está dicho, ¿verdad? Tu hermano es un bribón, y en manera alguna aceptarías que te sacrificaras por él. Además, podría saberse. ¿Y qué pensaría de mí todo el mundo?

Magdalena.—Así lo quiero y así lo haré, á pesar tuyo. ¡Tu hijo, el bribón de tu hijo! ¡Pero si le adoras! ¡Y yo también, compadeciéndolo y censurándole, hasta

maldiciéndole! Además, estoy en el deber de ser buena para con él hasta la debilidad y la indulgencia, hasta el extremo. Debo de excusarle siempre, pelear por su causa. No tiene á mamá, y yo soy quien la reemplazo. Mamá te diría todo esto si estuviese aquí. Te recordaría su nacimiento, vuestras alegrías cuando habló, muy niño, de ser soldado; porque ella no tenía miedo á la guerra, y su alma era militar, aunque tierna... Y tus lágrimas más tarde, cuando viste por primera vez del uniforme á tu Pablo en Saint-Cyr. Perdona... perdona y desembarázame de ese dinero que me fastidia... No tendría gusto en guardarlo ahora, te lo juro. Envíaselo, ó llévaselo mejor... Vete esta noche... ¿Verdad que sí? ¡Dime que sí!

El General.—(Emocionado). No... Es un error tuyo...

Magdalena.—(Prosiguiendo). Sólo con una condición: que él no sepa de dónde le viene. ¡Le dirás que uno de tus amigos!..

El General.—¡Oh, no! ¡Si á ello me resignase, quiero que sepa la verdad... Yo le diría: "Te traigo estos veinte mil francos; tu hermana no tiene ya dote. Así le curaría quizás.

Magdalena.—Entonces, dícelo, si crees que le haga cambiar y le impida jugar en lo porvenir. Dícelo.

El General.—(Que no puede más). Veremos... Charlaremos luego de esto. (Cogiéndole la cabeza entre sus manos). ¡Cómo eres bella, y buena, y perfecta! Eres mi consuelo. Si los muertos nos vieran... Ella estaría orgullosa... Coge tus flores... (Se aleja precipitadamente).

Magdalena.—(Sola). ¡Pablo deshonrado ú obligado á presentar su dimisión! Moriría papá.

E. LAVEDAN



CUADRO DE PEDRO LIRA



EL MILAGRO DE LA ROSA.—(Vida de Santa Isabel).

Cuadro de Moritz Schwind

LAS BLANCURAS SAGRADAS

ARIAS, DAFNIS Y CLOE

En el desenvolvimiento de la vida, los seres—¿y por qué no las cosas?—van de lo alegre á lo doloroso, del florecer al deshojarse, de lo idílico á lo trágico. La clarividencia instintiva de los artistas los ha hecho seguir muchas veces, en la elaboración de sus obras, esta ley serena y medrosa. Virginio Arias, que desde sus primeros ensayos sintió la obsesión deslumbradora de la obra magna, modeló el plácido grupo "Dafnis y Cloe" como un preludio de la magestuosa armonía "El Descendimiento de la Cruz." En estos dos momentos de vida erótica están los caracteres esenciales de su espíritu de artista; están la delicadeza y la grandiosidad, la frescura del idilio y la angustia de la tragedia. Su pensamiento ha seguido el camino del sol... Antes del poema cristiano, el poema griego. ¿Qué sitio de la tierra podía contraponerse mejor á una cumbre áspera, batida por el viento, que un valle melodioso, adormido por la brisa? ¿Dónde sino en Longo hallar las almas que fueran por su frescura la blanca mañana de las almas consumidas con fervorosas de crepúsculo en los versículos de Lucas?

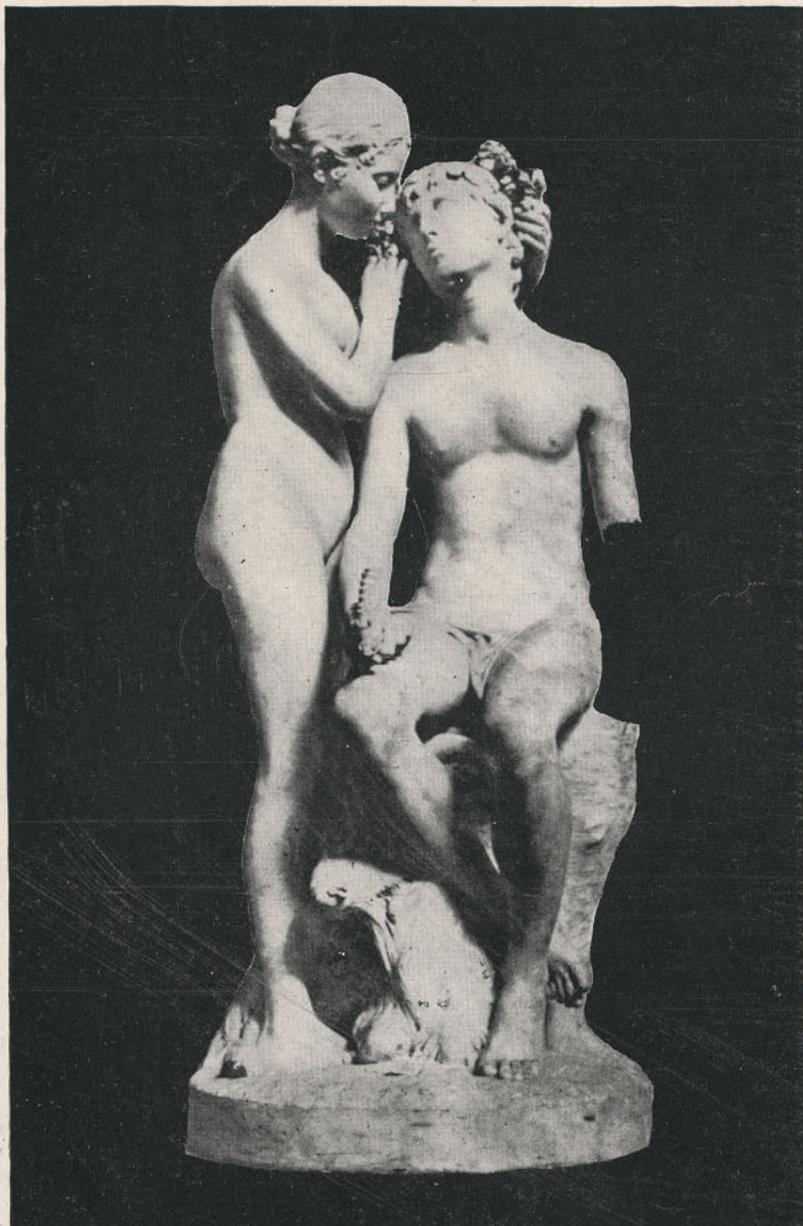
El artista cinceló el idilio inocente. Dafnis, sentado en un tronco de árbol, deja caer sobre la rodilla la mano derecha, en la que tiene la flauta de siete cañas líricas, y vuelve su cabeza lánguida de dulzura, hacia Cloe que, de pie junto á él lo mira á los ojos y lo corona de rosas silvestres. Completando la visión del idilio y de los horizontes pastoriles, un cabro de barba caída y cuernos encorvados rumia hojas de encina, echado á las plantas del grupo helénicamente desnudo.

La modelación de los niños pastores es irreprochable. Suave, blanda, de casi perdidas ondulaciones en las formas virginales de Cloe y decidida, robusta pero sin rudeza, en las nacientes virilidades de Dafnis. Bajo los planos cuidadosamente armonizados se siente el equilibrio de la construcción ósea. La obra está tratada clásicamente, en armonía con el tema; tiene un punto de vista, un punto desde el que se muestra en toda su hermosura. Desde él se aprecia mejor el conjunto de las delicadezas: las curvas del cuerpo de Cloe están en capullo; son las de los botones florales que se abren temerosos de entregar su desnudez á los caprichos del sol y del viento; son las de la ola inocente que ríe y juega embriagada en su alegría de espuma, sin nada de la ola temblorosa de gérmenes, plétora de vida que se precipita á la playa en un anhelo de transformación... Las líneas de Dafnis son tranquilas, su actitud es la de la dicha pastoril, vivida en el sereno olvido del mundo. Su ensueño es Cloe. Vuelto ligeramente hacia ella la ve alzar las manos para coronarlo

de rosas. En ese gesto admiramos la actitud de un alma... El gesto tiene sus raíces en el fondo del sér y lo podemos seguir desde el estremecimiento iniciador á los intentos últimos, acumulados para la revelación; el gesto es el punto en que la idea que lo anima se muestra, después de haber recorrido todas las fibras como una savia ascendente que de latido en latido llega á ser flor. El gesto es la fugacidad que revela la esencia. El alma de la pastora está en sus manos temblorosas; parece encenderse en esos dedos transparentes como pétalos de lirio. Ante sus blancuras idílicas, evocamos el horizonte que las envolviera. Es una necesidad del espíritu esa visión complementaria de ciertos mármoles. Hay obras que despliegan é imponen su grandeza en el aislamiento; están completas en sí mismas; no piden la lejanía de un horizonte. Al verlas, no pensamos en nada que vaya más allá de sus líneas, de sus contornos modeladores, como, entre otras, la diosa de Milo. La sencillez de los planos, la ausencia de todo detalle y la serenidad del rostro y de la actitud reveladora del reposo interior, nos muestran la belleza en un momento tan unidamente tranquilo que el gesto del alma y el gesto del cuerpo se confunden y viven una armonía única

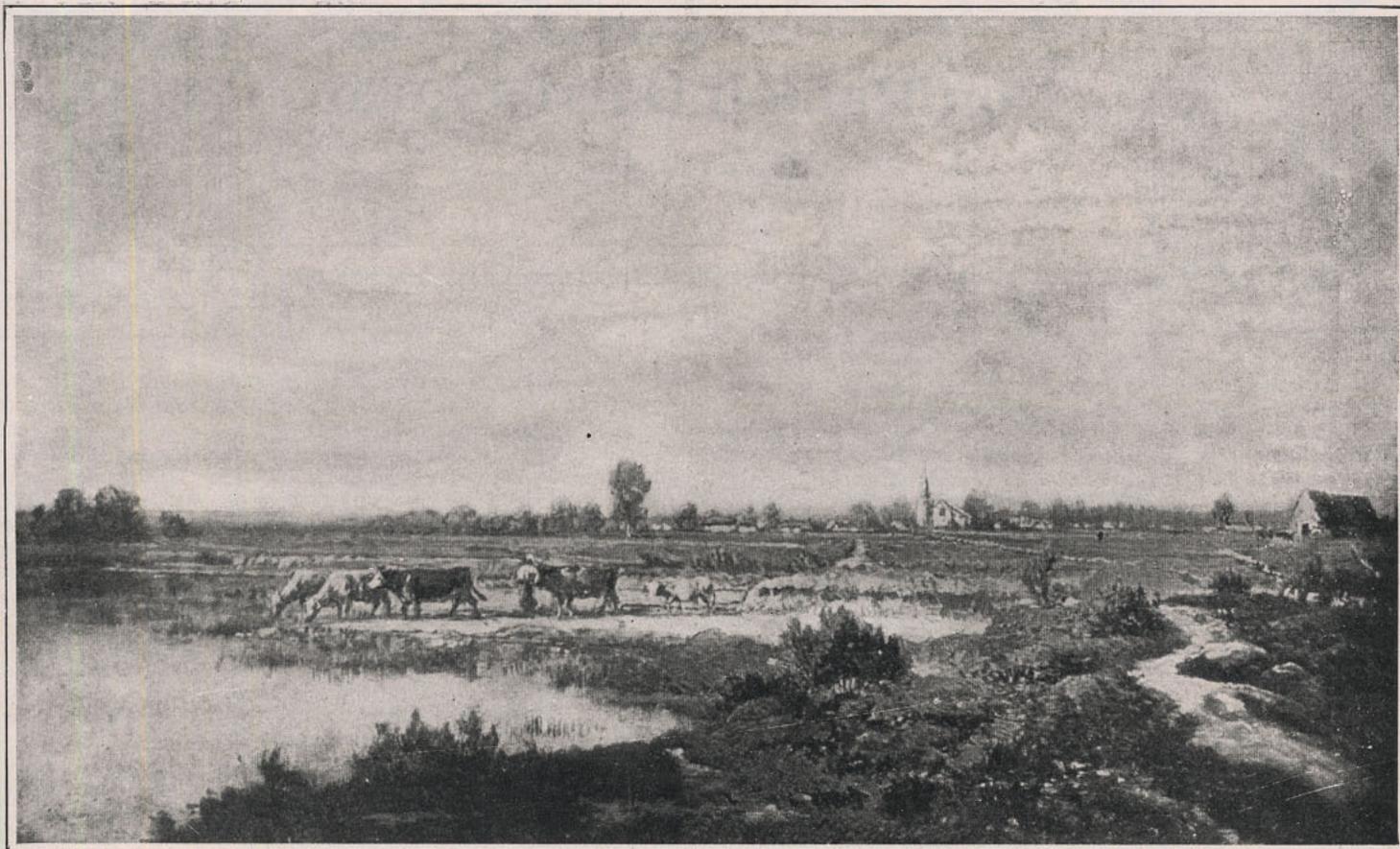
dentro de los serenos relieves del mármol. ¿Para qué necesitaríamos evocar la atmósfera que envolvió esas blancuras? ¿Qué curva de lejanía podría dar más valor á la curva de sus caderas? ¿Qué perfil de cumbre nevada podría vigorizar con la pureza de sus cortes la pureza de sus líneas frontales? ¿Qué vértice de ola espumante nos haría sentir mejor la gracia temblorosa de sus senos? Las visiones multicolores de la naturaleza perturbarían la calma de las formas divinas. Es preciso quedarse en éstas; no salir de sus proporciones, impregnarse de ellas hasta sentir como propia la inmortalidad que las anima; vivir su vida de piedra, seguir sus divagaciones de relieves. Toda línea es un mundo. Pero no en todas las obras es superflua la evocación de un ambiente ó de un paisaje que les sirva de fondo. Hay mármoles que, pasando los límites estrictos de la escultura, nos sugieren, entre otras, las armonías del claro obscuro pictórico. En todas, es cierto, se puede detener el pensamiento en la simple apreciación de las bellezas temáticas, en el meditado aquilatamiento de los méritos formales, en la ordenada estimación del equilibrio de las masas en movimiento; pero, para esto mismo, es útil conocer la naturaleza de los horizontes circunstantes. Las

esculturas tienen algo así como un ligerísimo halo de alma, en el que vemos intenciones, recuerdos y ensueños, que parecen vestidos de una luz de miradas... Un reflejo que se enciende, una penumbra que se hace ó una sombra que se desvía son rasgos expresivos que asoman y mueren sobre los rasgos del mármol, cuando damos vuelta en torno de sus blancuras; son rasgos que no están en la piedra, que no labró el cincel, que no están sujetos por ninguna línea; pero que viven, se agitan, resplandecen y se apagan unidos al ritmo de las plasticidades esculturales. Basta que un rasgo de esta super-expresión se nos revele, para que veamos abrirse perspectivas de recuerdos ó de ilusiones y no podamos, aunque intentemos, seguir en la simple apreciación de las formas. Desde el instante mismo en que ese rasgo excita nuestra imaginación, la obra cambia de aspecto; sus relieves y proporciones adquieren una vida distinta, se espiritualizan, salen de sus contornos precisos é inmóviles y llenan el molde creado en nuestra mente por el rasgo evocador. Este es, á veces, producido por el azar de la luz ó por el capricho de la sombra; otras, por la mano misma del artista. El procedimiento de la vivificación de la parte que debe llevar la más alta nota de claridad, de la que debe regir el despliegue de las expresiones concordantes, es un procedimiento antiguo, que fué conocido de los griegos y aún de los egipcios. Al emplearlo, el



DAFNIS Y CLOE

ESCULTURA DE ARIAS



PAISAJE

TH. ROUSSEAU.

artista lo hace paradójicamente: desnaturaliza para hacer más natural, desproporciona para obtener más armonía, concentra para dispersar y localiza para universalizar. La expresión, sintetizada en un punto determinado, se impone vigorosamente al ánimo; da la tónica é inicia el ritmo expresivo que sin ella no se vería vagar tan distintamente por los relieves del mármol. La vida interior de la obra alcanza, así, una superioridad definitiva sobre la virtuosidad del modelado. Es la victoria de la intención sobre la ejecución.

En Dafnis y Cloe el artista no ha querido ir más allá de las formas. Su horizonte es la línea. Pero si él se ha detenido allí, si respetuoso de la estética escolástica su cincel no ha intentado ni una gallardía, ni un plano audazmente luminoso que esfume el contorno en el aire ambiente, que una el mármol al cielo, el pensamiento va más allá y envuelve las figuras en el fondo de paisaje rústico que les diera Longo. La piedra entra á vivir la vida de la leyenda. Vemos colinas cubiertas de vides, tan bajas que los racimos tocan la tierra; valles abiertos, ahondados para recibir la luz del cielo que los inunda de claridad azulada; montes lejanos, empenachados de encinas, y por todas partes los confines del mar Egeo que desenvuelve sus olas espumosas sobre las playas de la isla célebre por su vino oliente á flores, sobre las playas de Lesbos. Y allí la égloga inocente. En el estío, cuando los boscajes aparecían salpicados de flores como si hubiera caído sobre sus hojas un puñado de las frescas estrellas matutinas; cuando los valles dorados de luz resonaban adormecedoramente con el susurro de las abejas y las cigarras; cuando el aroma de la tierra y la llama del sol encendían la savia y la sangre. Dafnis y Cloe, dejando sus ovejas y cabras, dormidas en el lado sombrío de las colinas, se enguinaldaban de hojas de pino y se bañaban en las aguas celestes y frescas, sin que su inocencia paradisíaca se alarmara por el esplendor de sus cuerpos desnudos. Al través de las mañanas de azucena y de las tardes de amapola, los pastores vivían gozosamente trepando los picachos tras una cabra extraviada ó tocando á la sombra de un árbol la flauta pánica que imitaba el balido de las ovejas, el rumor de los vientos y el murmullo de los arroyuelos. La línea de sus actitudes, inocentes y amorosas, se desenvolvían en

perfecta armonía con la línea del valle, de la colina, del horizonte. La naturaleza circunstante no era sino el comentario del grupo idílico, el fondo de dos almas.

El escultor, que piensa en relieves como el músico en ritmos, armonizó las figuras en una forma absolutamente clásica. Pero ¿de qué modo entiende Arias la escultura clásica? ¿Tiende á la imitación de sus obras ó á la imitación de su técnica? Lo primero, que es lo impuesto por las academias en la enseñanza escolar, toma de los griegos—los clásicos por antonomasia—el tipo, copia las figuras y llega á inspirarse en las mismas leyendas que dieron á los helenos el mundo maravilloso de sus obras artísticas. Este modo de apreciación ha sido el modo oficial en las academias. Sólo últimamente, después de unos cuantos precursores que no lograron completar una teoría, el cerebro vigoroso de un artista ciclópeo ha demostrado que en los mármoles griegos hay más que lo visto por la interpretación escolástica. Rodin, que había vivido en la obscuridad, incubadora de las grandes ideas, empezó á exponer obras potentes, pletóricas de sabia, en las que la miopía mental del público de ahora treinta años, no vió ó no quiso ver sino las rarezas de un temperamento caprichoso y audaz. Seducido, como sus antecesores Lisipo, Miguel Angel y Carpeaux, por el movimiento en la escultura y creyendo que el arte no debe interrumpir ni un momento el ritmo continuado de la vida, expuso un desnudo trabajado de acuerdo con sus ideas reformadoras. En él no imitaba las obras de los griegos sino su técnica, su manera de modelar. Queriendo obtener en sus mármoles para animarlos y fundirlos en el aire ambiente, algo de lo que se obtiene en pintura con los tonos intermediarios; estudió fragmentos de estatuas clásicas, las modificó y alargando aquí una línea ó reduciendo allá un plano, notó que la luz cambiaba y que en determinados aspectos los envolvía mejor, los hacía radiar, los unía á la atmósfera vibrante. De estas inquisiciones en la expresión luminosa y sombría de las formas, nació su teoría de la amplificación deliberada de ciertos planos de la obra para obtener la envoltura aérea. Aunque Rodin, en su segunda manera, ha vuelto al reposo de los primitivos, sus reformas en el sentido enunciado, perduran victoriosamente.

Arias ha permanecido, respecto á estos

dos modos de ver la escultura clásica, imperturbablemente adepto al primero. Las ideas nuevas le merecen respeto, pero no adhesión. Ama la forma por la forma misma y no ha intentado nunca dirigir sus energías creadoras por ninguna de las tendencias diferentes del clasicismo, ni por las que han hecho triunfar el cincel democrático en obras dignificadoras de la fuerza y el trabajo, simbolizados en el obrero de hoy; ni por las que cincelan la gracia elegante, la alegría voluptuosa del vértigo moderno; ni por las que envuelven una filosofía, una especie de revelación de las ideas que pasan por la humanidad de hoy y que venidas de atrás, van á perderse en los horizontes futuros... Arias es escultor, no pensador. Por eso al tratar el amor en lo idílico griego y en lo épico cristiano lo ha hecho sencillamente. El amor no es para él ni místico, ni panteísta, ni mitológico: es humano, sin reminiscencias ni trascendencias, es la savia de la vida, el florecimiento del sér, la alegría y el dolor, Dafnis y Jesús, Cloe y Magdalena. Sanaamente clásico, en su cincel no han vibrado las complicaciones de la sensibilidad de hoy. La vehemencia creadora de la naturaleza, que auna las obras de los escultores neo-paganos, el vasto soplo de transcendentalismo que surge como un efluvio de algunas esculturas modernas, no han conmovido su espíritu. Sus obras serían enormes si á la belleza de sus formas, si á la euritmia de sus volúmenes se uniera una idea. Pero si Arias no tiene un punto de vista artístico propio, si no da á sus trabajos un estilo personal, si no lucha por imponer líneas nuevas, sabe, como los más grandes artistas de todas las épocas, ver y modelar la forma exacta y bella. Esculpido un trozo de vida, lo deja ante el pensamiento del que lo admira y se va en busca de nuevas armonías escultóricas. Si otros hacen divagar bellamente con la idea, él lo hace con la forma. No ignora que todo está logrado cuando se ha podido dar el movimiento inicial de una emoción estética. Quien en una nota no ha sentido desplegarse una melodía entera y quién ha recogido de la playa una amonita, un caracol de voluta vertiginosa y lo ha dejado caer sin admirar en sus líneas todos los enroscamientos de las olas del mar, no sentirá nunca el placer de las divagaciones infinitas... De toda forma se levanta un ensueño.

MIGUEL LUIS ROCUANT



Don Ramon Barros Luco

EL FUTURO PRESIDENTE

La elección de Presidente de la República de Chile, presentará en las elecciones de Noviembre una faz enteramente nueva en los anales de nuestra historia, veremos elevado á la suprema magistratura del país un jefe supremo designado por todos los partidos políticos, como la clara expresión de la esperanza general. Ha sido como un arco iris que se hubiera levantado en el horizonte nacional, un emblema de concordia y de paz bien raro en los países que se rigen por el régimen representativo y particularmente en las Repúblicas hispano-americanas. Un escritor español dijo, hace algunos años, que tres cosas caracterizaban propiamente á nuestras jóvenes repúblicas: la fiebre amarilla, las revoluciones y los temblores. Felizmente, nos vemos libres de las dos primeras, si bien de tarde en tarde, algún recio sacudimiento viene á recordarnos que no estamos enteramente libres de la última. Los beneficios de una elección pacífica, bien compensan los daños causados por un terremoto, por grande que fuere, máxime si se ha evitado los gastos considerables que demanda la emisión libre del sufragio popular.

Se dice generalmente que el señor Barros Luco es un hombre de buena estrella, de una estrella que jamás se ha eclipsado, al considerar que en la vida ha sido constantemente feliz y que ha desempeñado constantemente los más elevados cargos en medio del aplauso general. Pero, en esto, si bien se mira, hay un verdadero espejismo, pues el éxito de su larguísima carrera se debe, ante todo, á las condiciones notabilísimas de su carácter y de su personalidad, á la elevación de miras de su espíritu, á la bondad de su corazón, á su patriotismo sano, á su criterio admirablemente equilibrado. Por eso, con razón, Isidoro Errázuriz, hablando del señor Barros Luco, dijo que se parecía al péndulo en que jamás perdía el compás. Si algo le caracteriza, efectivamente, como político, es la calma extraordinaria, la admirable ponderación de sus facultades, la serenidad de su criterio para contemplar los hombres y las cosas, practicando siempre la sabia máxima del derecho romano: la justicia consiste en dar á cada uno lo que es suyo. Y si el arte de la política consiste en penetrar al fondo mismo de los caracteres, en conocer á los hombres y á las cosas, nadie como el señor Barros Luco entiende los hombres y las cosas de Chile, pocos han penetrado más hondamente en los pliegues y repliegues del carácter nacional, en las peculiaridades que distinguen nuestra raza movable y entusiasta, paciente y altiva, que tiene mucho del carácter español modificado por el sol de nuestro continente. Pocos también conocen como él todas las necesidades y los problemas varios de un país en formación, lleno de bríos, de actividad, de inteligencia y de espíritu de trabajo, pero falto aún de la experiencia y de la educación práctica de naciones más adelantadas y de mayor cultura como las del viejo continente.

El futuro Presidente ha sido agricultor durante largos años, y conoce la vida de los negocios de muy cerca, en las intimidades de los Bancos é instituciones de crédito. Desde la Sociedad Nacional de Agricultura ha podido seguir de cerca los progresos y estudiar las exigencias de nuestras más importantes industrias en su aspecto verdaderamente práctico, lejos de todo idealismo más ó menos utópico. Y como es un hombre de Estado que vive siempre en la realidad y lejos de las apreciaciones de una fantasía seductora á veces, pero siempre insana y peligrosa, sus actos forzosamente habrán de ajustarse á las necesidades del país. Ha sido siempre el hombre de la paz, convencido íntimamente como se halla de que sólo en medio de la paz se desarrolla el comercio y toma vuelo la industria, mas al mismo tiempo sabrá mantenerse con el oído atento á las imprescindibles exigencias del honor y de los derechos nacionales.

Don Ramón Barros Luco pertenece á una de las más ilustres familias de la época colonial, emigrada en la época de aventuras en que se consideraba á la América como la tierra fantástica del oro y de los honores, y se soñaba con la ciudad de los Césares. Tiene, pues, un nombre honroso, de añejas tradiciones, que ha sabido engrandecer con su talento, su patriotismo sano y su vasta é importante labor de hombre de Estado, consagrando al país su vida entera y exponiendo en ocasiones hasta su propia existencia y su fortuna en aras del cumplimiento de las leyes y de la Constitución de la República.

El futuro Presidente nació en Santiago en el año de 1835 y fueron sus padres don Ramón Barros y Fernández y doña Dolores Luco y Fernández de Leiva, sobrina del célebre don Joaquín Fernández de Leiva, representante de Chile en las Cortes de Cádiz y uno de los redactores de la primera Constitución española de 1812. El señor Barros se educó en el Instituto Nacional, dedicándose á la carrera de leyes, graduándose de abogado el 20 de Diciembre de 1858. El tema escogido para su memoria de prueba revela por sí solo las tendencias de su carácter; versaba sobre "La Importancia de un Código Rural". Es decir, hace ya más de medio siglo veía la necesidad de dar á la agricultura el lugar que le corresponde en la vida nacional. Sus primeros artículos, publicados en "El Ferrocarril" fueron dedicados á la defensa del empréstito contratado en Londres por don Manuel Montt para la construcción de ferrocarriles como el de Santiago á Valparaíso que dió tan considerable empuje á la riqueza nacional.

Poco después entraba á figurar en la escena política como diputado de Casablanca, en 1861. Pertenecía al Partido Liberal, en el cual ha figurado siempre con tanto brillo. Entraba á la política en la época de la coalición liberal-conservadora que siguió inmediatamente al gobierno de don Manuel Montt y que vino como una reacción contra el gobierno de éste. En el año de 1864, fué nombrado oficial mayor del Ministerio de lo Interior, puesto que desempeñó durante largo número de años, familiarizándose con todos los detalles de la administración pública, hasta adquirir el profundo conocimiento de la administración que le permite seguir con extraordinaria facilidad y precisión las distintas fases de los más variados y difíciles asuntos públicos: de aquí ha nacido, sin duda, la facilidad de solución inmediata que tiene para toda clase de negocios administrativos. Es el suyo un golpe de vista de tal manera rápido, que sorprende aún á los oficinistas más avezados, á los más entendidos en el océano de leyes y decretos del mar insondable de nuestras disposiciones legales y de nuestros decretos á menudo contradictorios.

Durante la administración Errázuriz, en 1872, el señor Barros era designado como Ministro de Hacienda, y entraba á formar parte de una de las administraciones más gloriosas é importantes que haya tenido Chile. Hacía sus primeras armas como hombre de gobierno, al lado de un gran conocedor de hombres y de cosas, para quien la política no tenía arcanos ni la ciencia repliegues que no le fueran conocidos.

El señor Barros Luco prosiguió prestando importantísimos servicios en política, figurando con brillo durante la administración Santa María, en la cual desempeñó la cartera de Hacienda, en el año de 1884. Formó parte entonces del Gabinete que dirigió las más importantes reformas liberales, y resolvió gravísimos asuntos en las materias relativas al estado civil. En 1889, presidió el Gabinete, en el Ministerio de lo Interior, y en varias ocasiones la Cámara de Diputados.

Pero la hora más grave é importante, en la vida política del señor Barros Luco, fué su actuación durante la revolución de 1891, en la cual desempeñó un papel importantísimo, embarcándose á bordo de la escuadra sublevada para correr en ella la suerte de su causa durante una larga, difícil y peligrosa campaña militar, en la cual expuso, en más de una ocasión, su propia vida con la abnegación más rara, escapando milagrosamente á la granada que estalló sobre su propio camarote, en Valparaíso, y más tarde durante el trágico episodio del hundimiento del "Blanco Encalada" en la rada de Caldera. Como miembro de la Junta de Gobierno de Iquique, dirige las operaciones hasta el momento de entrar en la campaña decisiva que condujo al triunfo de las armas constitucionales.

Durante la administración del señor Riesco, el señor Barros Luco desempeñó la cartera de lo Interior y de la Vicepresidencia de la República en momentos excepcionalmente difíciles, contribuyendo poderosamente á resolver en las mejores condiciones las cuestiones de límites pendientes con la República Argentina.

El señor Barros Luco subirá al poder rodado del prestigio de relevantes servicios prestados al país en todos los órdenes de la administración pública, después de haber escrito su nombre en las páginas más importantes de la historia nacional.

FERNAN RUIZ



DON RAMON BARROS LUCO

LA CADENA...

Para Armando Lorca Barceló

(Notas aisladas de una novela en preparación que se llamará "Los esclavos")



ARLOS despertó sobresaltado en su asiento con el ruido que hacían en el piso del estudio los cadetes que desfilaban á los encierros. Entreabrió los párpados con lentitud, y siguiéndolos con la vista empañada aún por la modorra de la siesta. Marchaban en silencio, desordenadamente, á lo largo de los corredores asoleados y solitarios. Había

en sus rostros y en sus actitudes desmayadas algo de la triste y desconsoladora mansedumbre de los ajusticiados.

Un grito del brigadier de servicio lo hizo enderezarse:

—¡Cadete Reñaca!... Si sigue *bartoleando* va á hacerle compañía á los encerrados...

Inclinó el rostro sobre el libro aparentando que leía, mientras su pensamiento se acurrucaba en las profundidades del cerebro, haciendo revivir en su imaginación la escena íntima que hubo de provocar en el hogar la carta que escribiera á su padre noches pasadas. Era ésa una costumbre suya que le producía una sensación de voluptuosidad enfermiza; volver á revivir de nuevo, en su mundo interno, la vida real, desarrollando las escenas con curiosa lentitud, prolongando los detalles como si los saborease con minuciosidad de observador hondo.

Empezó por seguir su carta á través de la distancia hasta que llegaba á Santiago, después al correo, luego á su casa y por último á las manos de su padre. Evocó entonces la figura grave de don Antonio,—leyendo de soslayo con el papel muy cerca de los ojos semicerrados, en esa actitud de los miopes que no usan lentes,—imponiéndose de su tímido ruego para que lo *sacara* de esa Escuela donde le estaban matando el alma; después presentía la escena que tuvo lugar durante el almuerzo, la hora predilecta de la familia para tratar los asuntos más trascendentales. Veía á su padre sentado á la cabecera de la mesa, desdoblado la servilleta ante el plato de sopa humeante, que decía:

—Carlos escribío...

La señora interrogaba á su marido con una mirada ansiosa cargada de ternura para el hijo ausente.

—Está bueno...

Luego continuaba disertando contra los deseos del muchacho, con voz ronca, irritada, que la cólera hacía fallar en entonaciones falsas de clarinete:

—¡Dice que quiere retirarse... que no le agrada la carrera!... ¡Dejar una profesión tan brillante como la de marino!... ¿Y sabes tú por qué?... Porque sufre... Todos hemos sufrido al empezar la vida; pero... ¿y después?... Todos esos pequeños sinsabores retribuidos espléndidamente, en viajes á Europa, en grandes recepciones, en paseos, agasajados por toda la sociedad de un país, hasta por los reyes en sus palacios. En seguida una carrera rápida entre honores y saraos para llegar á Almirante, á Ministro... ¿y por qué no decirlo?... hasta Presidente... ya tenemos la prueba! En sus vidas todo honores... y aún en la muerte, bien atendidos, exequias reales dignas de príncipes...

—Si tu supieras lo que Carlos ha contado otras veces... ¡Lo que sufren!...—interrumpía la señora tibiamente, seducida también por el cuadro esplendoroso que bosquejaba su marido. Y en su orgullo de madre deseaba que aquello se cumpliera; y veía ya á su Carlos de bracero de una reina auténtica paseando su esbelta figura por regios salones artesonados, seguidos de una guirnalda de damas de honor.

—¡Sufrimientos!... Esas tonterías de chiquillos... Alguna *china* que le dieron en el baño ó un compañero que le llamó *cuñado*. ¡Ahora le contesto y le digo que no se imagine que le voy á permitir que se retire!...

Y la carta,—repleta de frases huecas é impregnada de un burgués delirio de grandeza,—había venido rotunda en su negativa. Solo al pensar en ésto sentía el pobre niño una angustia acongojada en el corazón, un vacío inmenso en torno de sí, como si lo hubiesen abandonado los suyos en medio del mar en una noche tempestuosa.

De pronto sintió algo cálido y suave que se escurría serpenteando por las mejillas, humedeciéndole las manos y el libro. Miró hacia abajo y en la página blanca vió algunas lágrimas. Entonces le pareció sentir en los labios un sabor acre y salado y en el alma uno amargo, muy amargo...

Instintivamente ocultó el rostro tras el libro para esconder su llanto avergonzado. ¿Qué dirían los compañeros si sabían que él se había permitido llorar, tener un dolor, en medio de ese ambiente de helada y cruel indiferencia?

Llorar un cadete... ¡Un futuro héroe!...

gadier Reyler. Era este un muchacho flaco, de rostro lampiño y tan extraordinariamente alargado que sus compañeros lo apodaban Tolomiro, por la sorprendente semejanza con esos primitivos ídolos de piedra de los indios pequeños.

La brigada inmóvil y en silencio esperaba que el brigadier leyese la lista de castigados.

—De plantón... cadetes Chávez, Marcoleta, Jiménez... Romero, González, Marín... Y los demás... ¡Réééé!... Sino se ponen firmes no retiro la brigada. ¡Retiiiiii... rarse!...

Era este recreo la única entretención de los cadetes que se quedaban sin salida los Domingos. Cada uno empleaba ese tiempo en sus aficiones favoritas. Unos se marchaban á jugar foot-ball; otros á la sala de gimnástica; los más al patio del buque; los menos formaban *choclonos* de charla caldeada por el humo de un cigarrillo de papel, que rodaba de boca en boca con nombres que iban marcando precisamente el estado del consumo; uno pedía la *cola*, el otro la *contra*, el de más allá la *recontra*, etc.

Carlos se marchó á los dormitorios. Aunque el "Manual del Cadete" lo prohibía de una manera categórica, él arriesgaba el castigo por darse esa satisfacción. Le agradaba ese recogimiento de claustro, augusto y profundo que reinaba en las salas, interrumpido sólo por el chillido de las veletas que el viento hacía girar en el tejado. Las larguísimas filas de lechos angostos y castos dentro de sus fundas blancas, iluminadas por franjas de sol, le recordaban escenas de la infancia en el hogar lejano, cuando él y sus hermanos correteaban desnudos por el cuarto haciendo *cabriolas* en las camas, dándose de almohadazos. Ahí se sentía más contento en la soledad interna de su mundo personal, alejado de las envidias de los compañeros, de sus bromas, de sus desordenadas griterías.

Atravesó los lavatorios y se dirigió al baño de ducha que estaba en un suplemento del cuerpo del edificio. Al abrir la portezuela una ráfaga de freseura salida de la sombra del baño le azotó el rostro delicadamente. De una válvula se escapaba un chorrillo de agua fluctuante con un gorgoriteo húmedo y metálico. Tuvo recelo. Todas las mañanas al levantarse lo invadía la misma desconfianza, el mismo temor vago que la plataforma que sostenía el baño, allá arriba, suspendido colgado como jaula en el alto muro, cediera con el peso de sus compañeros, hundiéndose con un estrépito formidable de fierros y maderas. Entró con cuidado y trepando por la improvisada escala que formaba el juego de surtidores,—que á manera de serpentín circundaba las paredes,—alcanzó la ventanilla cuadrada y pequeña. Fué asomando el rostro con cautela, temeroso de que lo viera alguien desde el patio de la casa del director. Como no había nadie observó el puerto.

Al principio fué una sensación violenta y confusa de color y de sol que se le metió por los ojos, emborrachándole el cerebro. Luego su vista más habituada empezó á distinguir detalles, borrosos algunos, otros intensos y precisos.

La bahía luminosa y azul bajo el sol parecía adormecida en la calma silenciosa del día de fiesta. Por entre el bosquejo de mástiles y cuerdas de los grandes navíos fondeados, se veía la mancha parda de los cerros lejanos blanqueando aquí y allá de casitas agrupadas y dispersas como un rebaño que se pastorea. Más acá el puerto con su hacinamiento mudo de techumbres grises de torres y de cúpulas; los malecones solitarios, repletos de mercaderías; los pescentes inmóviles; las flotillas de remolcadores con los fuegos apagados y en continuo cabeceo; los diques, todo estaba quieto, callado, sumido en una tranquila paz de descanso. Sólo allá al fondo las chimeneas de uno que otro transatlántico, arrojaban columnas de humo de sepia, que subían retorciéndose lentamente á disolverse en la inmensidad infinita del espacio. Hacia el lado de "El Membrillo" y casi al pie del cerro,—tan, cerca le pareció,—reconoció al "O'Higgins", al "Zenteno" y á la "Esmeralda".

Por la vereda junto á la verja de la Escuela pasaban familias de obreros endomingados, siguiendo la estrecha línea de sombra que proyectaban los tejados en la calle. ¡Cómo envidiaba á esas pobres gentes! Esos eran felices en su miseria... ¡eran libres! Si querían trabajar, trabajaban; si querían pasear, paseaban; si querían dormir, dormían. Y para alcanzar esa suprema dicha no tenían que quemarse las pestañas ante libros pesados y tediosos, ni atiborrarse el cerebro de cálculo integral y geometría analítica, ni comer cuando se le antojaba al reloj, ni dormir cuando le mandaba la corneta, ni pasear cuando no tenían de-aos...

Sí. Odiaba rencorosamente á todos los que habían contribuido á hacerle perder su libertad, esa concepción sublime de la vida, para transformarlo en una *cosa*, en *esclavo* de un prejuicio pomposamente estúpido que él no comprendía. A su edad,—quince años—todos los niños estaban en el hogar aprendiendo á amar á sus padres, á sus hermanos, templando el alma al calor de las tiernas caricias maternas, para vivir después armoniosamente con sus

—¡Brigada!... ¡Alt... 666!...

Un golpe seco y uniforme contestó á la voz de mando del bri-

semejantes; mientras que á él, cuando tenía el cuerpo todavía tibio por el calor del regazo, le llevaron á ese establecimiento frío y hostil, rodeado de altos muros enjalbegados de ocre, que no le permitían ver, sin infringir el reglamento, más que el pedazo de cielo encastrado por el patio, donde junto con vestirlo como *groom* de gran almacén, le mataron el sagrado cariño por la familia, los ideales puros de su corazón de niño, fomentándole la envidia y la enulación, haciéndole vanidoso y servil, escudados con el disfraz hipócrita de incubar un futuro héroe...

De súbito los acordes de una banda militar lo hicieron volver la cabeza. En la cubierta del "O'Higgins" brillaba con reflejos dorados de espejo al sol el bronce de los instrumentos. Tocaban una marcha viva y ligera, que vibraba con sonoridades metálicas en la claridad risueña y apacible de la tarde.

¡Cuántas veces había oído esta misma marcha ejecutada al piano por Georgina en casa de su apoderado! ¡Ah, Georgina!... Recordó á la rubilla gentil, que lo recibía en el jardín, los raros Domingos que salía, con sus bromas adorables de ingenua hostilidad:

—Mamá,—gritaba, mirándole con las pupilas de oro agrandadas por un fingido asombro,—llegó el flojonazo!—Y continuaba interrogándolo burlonamente:—¿Y cómo dió con la casa?... ¡Ah, le prestaron un plano de la ciudad... Así sí, pues...

El entraba en la casa, mohino y cortado, dando vueltas la gorriilla entre las manos, seguido de Georgina que no concluía de reír, y no salía de allí en todo el día.

Habituado á las decoraciones desnudas y heladas de la Escuela, que tenían mucho de cárcel ó convento, ese hogar que no era el suyo, parecía reservar para él tibiezas de nido, ternuras femeninas, acariciadoras suavidades de terciopelo, que lo seducían reteniéndolo. Y en la noche mientras esperaban en el salón la hora de recogida, la señora María tocaba al piano antiguas sonatas sentimentales de Haydn ó de Mendelssohn. Georgina pedía un vals que tuviera buen compás para que Carlos le enseñara. Se enlazaban tímidamente al principio, tratando de seguir el ritmo de la música; pero poco á poco á medida que aumentaba la rapidez de los giros, la música tornábase más arrulladora, el perfume de Georgina flotaba en vahos cálidos, que los envolvía amorosamente y en las pupilas brillantes de ambos había abandonos secretos é ignorados.

Era ese el momento más delicioso de la triste vida del pobre niño. Sentía una sensación confusa y vaga producida por algo que le lamía el pecho interiormente, secándole la garganta y que despertaba en él un deseo violento de beber, pero no agua, sino algo muy dulce y embriagador, que se le antojaba humedecía la seda roja y húmeda de los labios de la niña.

Adentro, en el comedor, el reloj ganguera una hora, destilando las campanadas implacablemente. ¡Las ocho!... El piano enmudecía. Era la hora de partida. Carlos marchaba entonces de prisa por las calles oscuras y solitarias, llevando en el cerebro todas las emociones del día barajadas en confuso desorden. Cruzaba los barrios comerciales desiertos á esa hora del Domingo. Los tranvías pasaban hacia el Almendral, veloces entre la niebla, con un campanilleo nervioso y opaco, repletos de gente elegante, que sonreían, bajo la claridad de las amovoletas, ante la perspectiva agradable de una noche de paseo. Llegaba después á la Plaza Echáurren. En la obscuridad borrosa y blanquecina de la bruma tomaba un aspecto de feria nocturna, poblada de sombras misteriosas. Del interior de los bares iluminados salían ráfagas cálidas, impregnadas de alcohol, mezcladas con un rurnuceo de colmena, donde imperaba el golpe seco de las *cocktaileras* batidas furiosamente. Por las veredas húmedas pasaban transeuntes apurados en compañía de mujeres que reían sin motivo alguno. Un coche cruzaba á la carrera haciendo retemblar las piedras de la calzada. Y allá lejos, perdido en la profundidad de la noche, un pianillo callejero degranaba las notas sentimentales del "Che gelida manina" de *Bohème*.

En medio de todos esos ruidos, al respirar esa atmósfera saturada de vieiosa complicidad, el niño recordaba á Georgina, el vals... Y sentía un anhelo desconocido que lo empujaba á cambiar de ruta, á no ir á la Escuela, á huir y á entrar en uno de esos bares resplandecientes, donde talvez le revelarían el secreto de ese hondo misterio que parecía despertar bulliendo en su sangre, en su naturaleza... Pero, ¿dónde iría tan niño, sin dinero y además trajeado de uniforme: la librea que lo denunciaría entre mil, como la marca á los antiguos esclavos? ¡No; no podía! Había que continuar andando hacia la Escuela, trepar ese calvario moderno para ir á vivir una vida oscura tejida de bajezas vulgares y prosaicos egoísmos...

Abajo en la bahía la banda había enmudecido hacía tiempo, pero empezaba de nuevo. Ahora era un vals lento de ritmo frísimo, que se vejeaba los arpeggios de un arpa modulada con languidez.

Una brisa ligera rizaba el mar dulcemente dispersando la armonía en otra dirección. Y esos claros de silencio, eran llevados por ruidos aislados que chocaban desagradablemente en los oídos del muchacho: la gotera del estanque continuaba con su gorgoriteo monótono, de la casa del director subían voces interrogadoras y el tambor del cable del ascensor chirriaba desesperadamente.

La brisa volvía á traer en su seno retazos musicales y Carlos

continuaba acodado en la ventanilla. En la lejanía diáfana y azulada del horizonte, bordeaba á un largo, con todo el trapo desplegado al viento, una fragata, cuyo velamen blanqueaba en la claridad refulgente del día con reflejos niveos de espuma. A la simple vista se notaban detalles distintos. La gente subía por alto talvez á cargar una vela.

¡Ah, la augusta inmensidad del mar! Pronto tendría él que embarcarse también. Y en su sed de cosas misteriosas y desconocidas, llegaba hasta reconocer que aquella maldita carrera tenía sus atractivos francamente hermosos.

¿Por qué cada vez que pensaba en esto, recordaba la tarde aquella que admirando en compañía de Rossi la sublime belleza de la mar inmensa y serena, sureada allá lejos por el perfil rígido de un acorazado, éste le dijera:

—Verdaderamente, todo esto es muy bello, pero nosotros debemos odiarlo!... ¿Y sabes tú, por qué? Porque somos las víctimas inocentes de ésta sublimidad del océano... No hay ninguna profesión en la vida que se preste más, con su sentimentalismo poético, á mistificar la opinión de los profanos, que no ven en ella más que el lado artístico, atrayente, la decoración teatral, sin comprender jamás lo que pasa entre bastidores... Tu padre, el mío, tus amigos, el mundo todo, juzga nuestra profesión á través de esas gafas ahumadas, que lo falsean todo, y que anda por ahí rondando de boca en boca en esta frase cursi é inconciente: *¡Qué carrera más bonita, la de marino!*... Sí, Carlos—había continuado Rossi,—toda la belleza y la poesía del mundo, no alcanzan á aliviar de peso LA CADENA moral que arrastramos como condenados...

La fragata había enfilado hacia el norte el rumbo, empujada por la brisa sud-este, que la mecía gallardamente sobre las olas.

El punto agudo del toque de rancho lo hizo salir bruscamente. Iba á llegar tarde á las filas. Atravesó corriendo la galería y bajó las escaleras á grandes saltos. Pero Tolomiro ya lo había visto.

—¿De dónde viene ese cadete?

Carlos se acercó temblando sin responder á las coléricas preguntas del brigadier, que lo esperaba de pie en medio del patio con las manos á la espalda. Cuando estuvo á un paso de distancia le descargó traidoramente una bofetada brutal en esa mejilla tierna, casi femenina. El niño tuvo un movimiento de rebelión desesperado; buscó con la vista en el suelo un guijarro algo con qué atacar al brigadier, pero el piso estaba limpio como un tapiz; entonces, en medio de su rabiosa impotencia, sintió una palabra, dura, cortante, como navaja, que le subió á los labios, con la que escupió la cara de Tolomiro; y antes que la mano cayese de nuevo echó á correr hacia la sala del oficial de guardia, seguido del brigadier. Y ahí, mientras las palabras salían de su boca empapadas de lágrimas y de sangre lo dijo todo, de un tirón, en un afán loco de vengarse de las infamias de Tolomiro.

El oficial administró justicia salomónica: el cadete Reñaca iría al encierro por subir al dormitorio sin permiso y el brigadier Reyter sería dado de baja por maltratar á un cadete. Y satisfecho de su acto contemporizador volvió á la lectura interrumpida.

Cuando Carlos pasó hacia los encierros, vió tras los cristales de la ventana del estudio, el rostro amarillo y seco de Tolomiro que lo amenazaba con los puños cerrados, murmurando quién sabe qué insultos groseros y torpes...



El ambiente de la Escuela parecía alterado. Desde el acto de la degradación del brigadier Reyter, que había tenido lugar en la mañana del Lunes, soplaban brisotes de revuelta. Los del *octavo* habían tenido reuniones secretas. Todos temblaban de terror ante las represalias. Rossi, con el talento fogoso que lo caracterizaba, había improvisado una catilinaria demoledora y subversiva, en la que atacaba los principios de la omnipotente autoridad brigadieril, y concluía pidiendo á los compañeros,—si había venganzas,—una actitud de franca insurrección.

Carlos, en la soledad del encierro había sentido destilar lentamente en su alma toda la amargura de su acción. Se veía perdido. Si Tolomiro no se vengaba no escaparía á la inquisidora justicia del cuerpo de brigadieres.

En la última reunión debieron acordar éstos algo muy gordo dada su tiránica actitud para con los cadetes. La borrasea se venía encima.

.....
¿Qué pasaba mientras la brigada se retiraba á los dormitorios? Nadie lo sabía. De la profundidad del patio, que debía estar á esa hora de la noche solitario y negro como un abismo, salió un alarido de espanto, un grito desgarrador; en seguida unos golpes que semejaban el aletear desesperado de un ave gigantesca y luego un silencio largo, inquietante, misterioso. Después la voz indignada del oficial de guardia rasga la quietud tenebrosa de la sombra:

—¡Cobardes!... ¡Asesinos!...

Un cadete pálido, asustado, llega corriendo al dormitorio con el rostro descompuesto, los ojos inquietos, febriles, con la voz trémula por la agitación de la carrera y el espanto:

—Los del *octavo* (curso)... han muerto... á Reñaca...

Todos se sorprenden al reconocer á Rossi, que continúa relatando su milagrosa escapada:

—Según parece los del *octavo* habían resuelto darles un *cacheo* á Reñaca y á él. Haciéndolos aparecer como encerrados los hicieron desfilar para el patio de la primera; al cruzar el pasillo apagaron la luz y los empujaron violentamente hacia el zaguán donde guardaban las piezas de artillería. En la obscuridad el empujón lo hizo chocar con el rócalo del muro y cayó al suelo. Reñaca, más desgraciado que él, se sumergió en la negrura del pasadizo, donde le dieron un garrotazo feroz con una palanca de dirección. Después él no sabía más... Agazapándose contra el muro y golpeándose con los bancos llegó hasta la escalera... La infame lucha, en la sombra, debió ser desesperada y cobarde; Carlos al primer golpe hubo de perder el sentido... En seguida toda la cólera de esa venganza vergonzosa, cebándose en el cuerpo débil y pequeño del niño con ferocidades de chacales hambrientos que profanan un cadáver á dentelladas...

—¿Y qué dijo hoy día el doctor?—preguntó el oficial á media voz.
—Yo no sé... hoy acompañé al doctor el farmacéutico,—contestó el enfermero con indiferencia, mientras ordenaba los frascos en el velador.

—Vaya á buscar á Romero...

Salió el enfermero arrastrando las zapatillas trabajosamente por el piso encerado y brillante.

El oficial quedó escuchando el ruido de los pasos que se alejaban por la galería exterior, hasta que se perdieron apagados por el rumor de la lluvia, que caía con fuerza, semejando el rodar lejano y opaco de un tren en marcha en medio de la noche.

Se hizo un silencio penoso. De cuando en cuando rachas de viento norte hacían chirriar las veletas arriba en el tejado y cuando todo se sumía de nuevo en una tranquilidad adormecedora, se oía distintamente el tamborileo discontinuo de las gotas de lluvia en los cristales de las ventanas. De repente, allá lejos, mar afuera, la sirena de un vapor que capiaba el temporal, bramó broncea, quejumbrosa, tristemente, como un anuncio fatídico y cruel...

La luz de la bombilla, desviada por la pantalla hacia el techo, dejaba la sala en una penumbra incierta y vaga, que esfumaba los muebles en la sombra. Reinaba allí una atmósfera de helado abandono. Las camas vacías con los cobertores doblados á los pies hacían pensar en muertos ó en idos.

Mientras Carlos parecía dormir bajo la influencia de un sopor angustioso, el oficial evocaba al niño tal como lo viera en el primer momento después de la catástrofe, con las facciones borradas, desfiguradas monstruosamente por las contusiones. Los belfos hinchados con brutalidad semejabán los de un hotentote. En la frente y en la nariz tenía la huella del tacón de un zapato, que le había arrollado la piel hasta dejarle los cartílagos descubiertos y blanqueando. De la herida profunda producida por el palancazo en la cabeza, emanaba la sangre con un *cloc-cloc* de botella escanciada y se excurría silenciosamente entre los manojos del cabello, destilando después en los hombros y en la espalda con lentitud trágica y desesperante.

De pronto, en la obscuridad encuadrada por el marco de la puerta, apareció el farmacéutico, llenándola con su gordura grasosa y fofa de cerdo.

—¿Es usted, Romero?... Pase...

Se acercó. En la tiniebla de la sala no se le distinguían las facciones. Pisaba recio, como hombre que se halla en casa propia, sin importarle nada del enfermo.

—Dígame, Romero... ¿cómo sigue el cadete?...

—Mal,—respondió secamente.

El oficial hizo un signo de extrañeza.

—En mi guardia anterior, hace ocho días, estaba muy bien de las heridas...

—Es que ahora, una infección ha complicado el asunto...

—¿Gangrenosa?

—¡Oh, nó!... Peor que eso... el tétano.

—¿Es posible?...

—Fíjese, usted...

Se acercó á la cabecera y abrió el *cierra circuito* de la luz eléctrica, iluminando de golpe toda la sala. En el lecho, bajo los cobertores, apareció la figura exigua del pobre niño de espaldas, rígida é inmóvil. Tenía los ojos abiertos; por las pupilas delatadas y fijas, pasaba un destello mortecino, dijérase que la mirada venía de muy lejos, como si el cerebro se fuera extinguiendo, apagándose pausadamente, como un crepúsculo invadido por las sombras de la noche. Parecía muerto, solo denotaba la vida un temblorillo convulsivo del cuerpo y el vagido estertórico de la respiración que se iba haciéndose difícilísima.

El oficial volvió el rostro sin poder disimular un vivo gesto de repulsión. Luego, algo repuesto preguntó:

—¿No cree usted conveniente avisar al doctor?...

—¿Y para qué molestarlo?—contestó el otro,—estirando el labio inferior con musulman pesimismo.—Sería inútil..., ya han empezado las convulsiones, pronto vendrá la parálisis general y sobrevendrá la parálisis general y sobrevendrá la asfixia... Esta es una infección fatal...

—De modo que no tiene...

Ahogó la frase en los labios, como temeroso de que sus palabras precipitaran el desenlace. Pero el farmacéutico, con esa fría indiferencia que crea el hábito con el dolor, agregó tranquilamente:

—¡Sí, señor... este niño es *hombre al agua!*...

Carlos á pesar del estado de semi-inconciencia, pareció comprender la cruda brutalidad de la frase que dijera Romero. Y en un acceso de fiebre, se incorporó en el lecho con los brazos enflaquecidos hacia adelante y con los puños cerrados, como tratando de libertar, con un esfuerzo supremo las muñecas de algo pesado y férreo que se las agarrotaba. Tenía las mandíbulas fuertemente apretadas, los dientes superiores le blanqueaban entre los labios secos y exangües, dándole un aspecto feroz de lobo pronto á devorar. La vista perdida en la negrura del vacío, parecía anegada en un fulgor de amargura infinita y desconsoladora. Dijérase que esos puños débiles y temblorosos, que se alzaban amenazadores, maldecían un fantasma fatídico, que lo atormentaba hasta en el supremo instante de la muerte. Después respiró con fuerza, separó los brazos violentamente y cayó de espaldas en la cama, mientras su rostro se iluminaba con el reflejo leve de una sonrisa grave, resignada, beatífica de mártir ó de héroe anónimo.

El pobre niño en su delirio, acababa de romper para siempre, el grillete, *la cadena*, que arrastrara durante toda la corta etapa de su vida de *octavo!*...

MARTIN ESCOBAR



Mozo??

Una BENEDICTINE

SEDLITZ
 Charles CHANTEAUD
 de PARIS
 El Mejor de los Purgantes
 Depósito en todas las Buenas Boticas



Los Perfumes Concentrados

"STILLI FLORE"
 de la Perfumería Oriza

Son los más exquisitos y los más persistentes.

Una sola gota basta para perfumarse durante varios días

Probarlos es adoptarlos

Se encuentran en venta en las siguientes casas del centro:

Sauveur Brun
 Moutier y Cía.
 Peluquería Jardel
 Houssaye
 Arm. Dumas



CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON
 SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.

CASA MOZARD

Amoblados

DECORACIONES Y TAPICES

Mandamos presupuestos por instalaciones completas de casa

Salud, Fuerza y Vigor



No te olvides de traer al campo unos cajones de esta famosa Menta Verde Secrestat que tan bien te prueba.....!

